MOLLY BLACK

VEN A POR MÍ



UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE CAITLIN DARE - LIBRO 1

VEN A POR MÍ

(UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE CAITLIN DARE - LIBRO 1)

MOLLY BLACK

Molly Black

La exitosa autora Molly Black es autora de la serie de suspenso y suspenso del FBI MAYA GREY, que comprende nueve libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso del FBI RYLIE WOLF, que consta de seis libros; de la serie de suspenso y suspenso del FBI de TAYLOR SAGE, que consta de ocho libros; de la serie de suspenso y suspenso del FBI KATIE WINTER, que comprende once libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso del FBI RUBY HUNTER, que comprende cinco libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso CAITLIN DARE FBI, que comprende cinco libros (y contando); y de la serie de misterio REESE LINK, que comprende cinco libros (y contando).

A Molly, una ávida lectora y fanática de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.mollyblackauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Copyright © 2023 por Molly Black. Reservados todos los derechos. Excepto lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ni almacenarse en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la portada Copyright Lario Tus utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Frank Rafter estaba impaciente por que terminase el trabajo de esta noche. El fuerte viento hacía que el trabajo de todos fuese peligroso. Este tiempo traía más riesgos; como conductor experimentado que había trabajado en trenes durante más de una década, sabía que significaba cables eléctricos derribados, chisporroteando y soltando chispas sobre las vías. Significaba ramas de árboles caídas, oscuras y mortales, atravesadas en las vías con el potencial de causar un descarrilamiento. Su peor pesadilla era pensar en el tren saliendo de las vías de esa manera, cientos de toneladas de metal a alta velocidad, con toda la fuerza de su movimiento detrás, abriéndose paso hacia el caos y la destrucción.

Solo quedaban dos paradas más, pensó aliviado, mientras el tren entraba en la estación del pequeño pueblo de Bridgeford, California. Las puertas se abrieron con un silbido y una ráfaga de viento gélido entró, haciéndole estremecerse. Al oír un grito desde el andén, giró la cabeza bruscamente.

Frank había observado que el tiempo salvaje tenía un efecto sobre los pasajeros. Se comportaban de manera diferente. Algunos se cerraban, retrayéndose en sus caparazones. Pero para otros, era como si el viento sacase lo peor de ellos, haciendo que su comportamiento fuese tan impredecible y destructivo como los elementos.

Esta noche había problemas en ciernes; lo presentía.

El grupo de jóvenes en el vagón tres era un problema potencial, y había estado vigilando a los cinco adolescentes desde que subieron hace dos paradas. Eran escandalosos, y sospechaba que habían estado bebiendo, aunque no habían traído alcohol a bordo. Podía oír sus voces ahora, fuertes y despectivas mientras se reían de algo, o alguien, que no era tan guay como ellos. Solo había unos pocos pasajeros más a bordo de este tren tardío. En ese vagón, solo estaba el grupo. Había habido un par de personas más, que rápidamente se habían ido a otra parte cuando esos tipos subieron.

Ahora estaban solos, pero le preocupaba que pudieran descontrolarse y extenderse a otros vagones. Había vislumbrado, en uno de los otros vagones, a una joven sola, dormida. No quería que la molestaran y sabía por experiencia que una confrontación así podía volverse extremadamente desagradable para una pasajera solitaria.

Frank sabía que él —cuarenta y cuatro años, estatura media, aspecto discreto— no tendría ninguna posibilidad de controlarlos si se desmadraban seriamente. Estaba en forma y era fuerte gracias a las exigencias físicas de su trabajo, pero no podía controlar a un grupo de cinco jóvenes borrachos que decidieran desmadrarse.

Tendría que llamar a la policía ferroviaria, pensó, y estaba preparado para hacerlo. La única cuestión era si llegarían a tiempo, si las cosas empezaban a ponerse violentas.

Ahora, se dirigió al vagón tres, donde estaba el grupo.

Estaban desparramados sobre los asientos, con los pies en alto, manchando con sus zapatos embarrados las fundas de vinilo y el cristal de la ventana, y uno de ellos —un joven alto y desgarbado con una mata de pelo oscuro y una chaqueta de cuero desgastada— tenía un cigarrillo sin encender en la mano. Miró a Frank desafiante, con el mechero en la otra mano.

—No se puede fumar en el tren —dijo Frank con severidad, señalando el cartel, esperando el torrente de insultos que sabía que sus palabras desencadenarían, junto con la visión de su uniforme, un recordatorio de una autoridad contra la que este grupo se estaba rebelando.

—Eh, abuelo, ¿crees que puedes detenernos? —dijo el adolescente, y Frank pudo leer los signos de problemas en su postura.

—Las normas son para todos —dijo Frank, y se sintió aliviado de que sus palabras fueran tranquilas y mesuradas.

—¿Vas a arrestarnos, viejo? ¿Qué te crees que eres, un poli? —se burló, mientras se ponía de pie, tensando los músculos.

—Si vas a encender el cigarrillo, hazlo fuera del tren —insistió Frank.

—¿O qué? —preguntó el hombre, sonriendo, y Frank sintió que se le revolvía el estómago. Esto iba a escalar.

Pero entonces, otro de los jóvenes tiró del brazo de su amigo.

—Venga. Vámonos.

Con una profunda sensación de alivio, Frank se dio cuenta de que esta era su parada. Se iban.

Volvería cuando se hubieran ido, a buscar lo que esperaba encontrar: rasgaduras y cortes en la tapicería de los asientos, grafitis garabateados o tallados en las barras metálicas. La experiencia le había enseñado que vería esto, y los daños tendrían que ser informados, creando más papeleo, más costes.

Pero por ahora, al menos, se iban, desfilando, arrastrando los pies y empujándose contra los asientos. El fumador encendió su mechero al llegar a la puerta, otro de ellos lanzó una envoltura de comida hecha una bola en dirección a Frank, lo que hizo que todos se rieran a carcajadas, sus voces resonando en el andén desierto.

Apretando los labios, Frank la recogió y la tiró a la basura. Al menos se habían ido, y con ellos, su mayor temor de que el viaje de esta noche pudiera terminar en problemas, violencia o delitos. Ahora no tendría que llamar a la policía.

Se movió para comprobar el vagón dos, que estaba desocupado, y luego al vagón uno, donde había notado a la mujer unas paradas atrás, con una falda y chaqueta azules, su abrigo echado sobre los hombros. Tenía la cabeza inclinada y ladeada, su bolso olvidado a su lado.

¿Aún aquí? ¿Y todavía dormida? Debió de haber sido una semana dura y ahora el balanceo repetitivo del tren la había arrullado hasta el sueño. La próxima parada estaba en una zona industrial donde no se bajaban muchos oficinistas, y la siguiente era en la parte deteriorada del centro, donde terminaría su viaje.

Se preguntó si esta era su parada. No quería que se la perdiera.

—Señora —dijo, con una voz calculada para ser lo suficientemente fuerte y clara como para despertarla. La experiencia le había enseñado el tono y volumen necesarios.

Pero ella no se movió. Ni un ápice.

Había algo en su inmovilidad que hacía sonar las alarmas en el fondo de su mente; había visto a gente morir en trenes antes, por enfermedad, problemas de salud o sobredosis, incluso una vez por asfixia.

Se acercó, su corazón acelerándose al notar lo pálida que estaba su cara, lo flácidas que estaban sus manos cruzadas.

—Señora —tocó su hombro y soltó un jadeo horrorizado cuando ella se desplomó de lado, cayendo sobre el asiento, con la cabeza hacia atrás y los ojos fijos, sin vida.

—¡No! —La palabra brotó de sus labios mientras Frank la miraba fijamente. Los problemas habían llegado, pero no en el vagón que esperaba.

No era una muerte natural; no era una enfermedad, ni una sobredosis. Los moratones lívidos en su cuello quedaban ahora expuestos, las marcas de dedos claras y visibles.

La habían estrangulado.

CAPÍTULO UNO

No era culpa de nadie que esta persecución hubiera terminado en una situación de rehenes.

La agente del FBI Caitlin Dare se agachó en el vestíbulo del edificio abandonado, mirando fijamente a través del marco de la ventana en ruinas hacia el bloque de apartamentos condenado que tenía enfrente.

Su mano aferraba la pistola. Llevaba el pelo castaño rojizo recogido en una trenza apretada que resaltaba sus pómulos definidos y su mandíbula decidida. Sus ojos azul claro estaban entrecerrados contra el resplandor de la tarde, mientras observaba el sombrío caparazón de ladrillo.

Echó un vistazo alrededor, viendo las caras tensas del equipo SWAT detrás de ella. Eran buenos agentes, los cuatro, al igual que su compañero, Fitch, que esperaba, tenso y alerta, a su lado. Eran hombres con los que había trabajado durante un año desde que la trasladaron a la sucursal del FBI en Atlanta.

—¡Alejaos! ¡O le disparo! ¡Lo juro!

La voz del asesino rugió desde la ventana, profunda y amenazante a través del cristal roto.

Tenía la pistola presionada contra el cuello de la mujer, y se escondía detrás de ella, burlándose de ellos a través del hueco astillado en el cristal mugriento. Esta rehén era joven, quizás de solo veinte años, con piel aceitunada y grandes ojos marrones asustados. Había estado caminando inocentemente por la calle, llevando bolsas de la compra, cuando él huyó.

Lugar equivocado, momento equivocado.

Ahora, las bolsas estaban esparcidas por la calle, que había sido acordonada. Los comestibles estaban derramados y destrozados. Y él la había cogido, la había agarrado mientras huía, y luego se había refugiado en este refugio en ruinas.

—Tenemos que asaltar el edificio —murmuró a Caitlin el alto y competente agente Fitch—. Los refuerzos están llegando. El helicóptero estará aquí en cinco minutos. Entonces, estaremos listos. Lo embestimos, lo agarramos, lo derribamos.

—Si lo hacemos, le disparará —susurró ella en respuesta.

Con casi diez años de experiencia en la aplicación de la ley, Caitlin reconocía la intención asesina cuando la veía. Este asesino no solo estaba haciendo amenazas vacías, y su historial hasta ahora lo respaldaba.

Lo habían estado siguiendo durante una semana. Había estado trabajando como parte de una banda de robo a mano armada, pero cuando la policía había desarticulado al grupo, él había huido y se había embarcado en una matanza en sus esfuerzos por escapar.

Un movimiento en falso ahora, y la chica moriría. Había hecho actos similares antes.

Miró de nuevo a la casa, negándose a aceptar que esto se había convertido en un punto muerto, buscando otra salida. Cuando se trataba de salvar vidas y ayudar a compañeros o civiles a salir de una situación peligrosa, Caitlin hacía todo lo posible por buscar otras formas, en lugar de enfrentarse al desastre.

Su apodo, en la academia del FBI, rápidamente se había convertido en Rebel Dare, gracias a su reputación de encontrar formas —incluso si significaba doblar las reglas— para sacar a su equipo y a los civiles inocentes del peligro.

No había cambiado mucho en los años desde entonces, aunque esa propensión a ir por libre le había valido más amonestaciones de las que podía contar.

Ahora, su atención se dirigió de nuevo a la entrada lateral del edificio. No era más que un estrecho hueco con una puerta inclinada sobre bisagras oxidadas. Fitch había rechazado inmediatamente su sugerencia de entrar por allí, diciendo que era demasiado peligroso, demasiado estrecho, y que le daba al asesino la oportunidad de tenderles una emboscada.

Pero era una oportunidad de entrar por detrás de él.

Claro, había un elemento de peligro, pero la rehén estaba en mucho más peligro. No podía permitir que este hombre matara de nuevo. No bajo su vigilancia. No a una mujer inocente, que tenía hijos en casa. Había visto los artículos derramados en las bolsas de la compra. No estaba dispuesta a poner en peligro la vida de una madre. El plan necesitaba cambiar.

La sombría foto de identificación del asesino había mostrado su rostro con ojos crueles y una boca retorcida, una larga cicatriz que le recorría el lado derecho de la mejilla. No podía ver la cicatriz ahora, no podía ver su cara en absoluto. Todo lo que podía ver era a la mujer aterrorizada, su mano agarrándole el brazo y el cuello, sosteniéndola frente a él.

La entrada lateral solo funcionaría si usaba el sigilo y la sorpresa para llegar allí. Iba a ser, tácticamente, lo opuesto a asaltar el edificio.

—¿Y si voy yo sola? —susurró.

—No es lo que acordamos.

—Si voy yo, entonces soy la única que corre el riesgo. Fitch, hay una madre retenida ahí dentro que va a morir. Te suplico que cambies de opinión. Personalmente, acepto el peligro.

Era como si Fitch no la hubiera escuchado. La estaba ignorando ahora, y Caitlin sabía que se estaba acabando el tiempo. De repente se sintió desesperada y enfadada porque la vida de esta mujer no era tan importante para el equipo como para ella.

—Voy a entrar por el lateral. No me verá si soy rápida. Tú quédate aquí —le siseó a Fitch. Le oyó inspirar bruscamente ante sus palabras.

—Tenemos que permanecer juntos, y esperamos al helicóptero. Entonces entramos y lo sometemos. ¡Tenemos que seguir el plan!

—No podemos hacer eso. El plan estaba establecido antes de que cogiera a la rehén. Tenemos que entrar ahí antes de que la lastime. Puedo leerlo, y está a punto de quedarse sin paciencia.

No actuaría así solo por desafío. Eso era lo que muchos de sus superiores no entendían. Probablemente era la razón por la que, a los treinta y dos años, no estaba más arriba en el escalafón, como sabía que podría estar.

Pero, por otro lado, cuando había vidas en juego, había logrado salvar la situación en muchas ocasiones como esta, pensando unos pasos por delante.

Ahora, ya se estaba moviendo hacia la puerta, más rápido de lo que los demás podían reaccionar.

—¡Dare! Si te vas por tu cuenta, habrá graves consecuencias —escuchó gritar a Fitch detrás de ella.

Dudó, sintiéndose dividida. De ninguna manera quería desobedecer órdenes, pero pensaba que la decisión de Fitch de abandonar la entrada lateral había sido errónea y demasiado precavida. No había querido arriesgarse a lesionarse, pero aquí había una vida en juego, y ella se ofrecía a ir. Negarse a permitirlo era la decisión equivocada.

No, tenía que intentarlo. Dando la espalda a su voz enfadada, manteniéndose agachada, se escabulló de su refugio improvisado y se movió alrededor, manteniéndose bien fuera de la línea de visión del asesino. Podía oírle, gritando a su equipo desde el otro lado del callejón. Les estaba

provocando, incitándoles, pero también se estaba alterando hasta alcanzar un estado violento, y el tono de agresividad en su voz cada vez más alta la convenció de que no tenían otros cinco minutos para esperar.

Quería huir y quería matar. El equipo SWAT podría tener un plan lógico, pero el asesino no seguía esa línea temporal. Ahora actuaba por instinto y pánico combinados, lo que llevaba a una mezcla impredecible y explosiva de reacciones.

Mientras Caitlin se acercaba sigilosamente a la puerta medio rota, lo único que le importaba era salvar a esa mujer. Había visto la mirada en sus ojos cuando él se la había llevado a rastras, escondiéndose detrás de ella como el cobarde despiadado que era. Había visto el paquete de pañales, el biberón, los pequeños juguetes en esa bolsa de la compra.

Por un momento, sus ojos habían mirado directamente a los de Caitlin. Había terror en el rostro de la mujer, y una súplica silenciosa en su mirada.

De ninguna manera iba a dejarla ir; Caitlin estaba segura de ello. Si el equipo SWAT irrumpía ahora, estaría muerta antes de que dispararan un tiro.

Caitlin se agachó y pasó por el hueco. Ahora estaba dentro del otro edificio. Él no la había visto.

Se movió en silencio, con el corazón latiendo con fuerza, las manos frías. Su pistola estaba lista, pero no quería disparar a menos que fuera absolutamente necesario. Era demasiado arriesgado. Había visto lo rápido que podía moverse, y ahora mismo, estaba pegado a su rehén.

Tan rápido como pudo, corrió por el pasillo, que estaba revestido de viejos ladrillos y madera astillada. El techo sobre su cabeza se estaba desprendiendo, las tablas colgaban, un cable suelto sobresalía como un dedo huesudo.

Caitlin llegó a la pared, pegándose a ella. El asesino estaba justo allí al otro lado. Solo una puerta rota los separaba ahora. Él tenía la espalda hacia la puerta porque su atención estaba en la ventana, y eso significaba que, si era lo suficientemente rápida, podría entrar y agarrarlo mientras su atención aún estaba distraída por los agentes de fuera.

Tendría que ser muy rápida. Y estar muy preparada para que las cosas salieran mal. No se hacía ilusiones sobre el nivel de riesgo que traerían los próximos momentos. El siguiente paso era crucial. Era ahora o nunca.

Si tardaba demasiado en hacer esto, ella también estaría muerta. O, como mínimo, él dispararía a la rehén. Pero de todos modos iba a dispararle

si no lo detenía ahora, así que la única persona que corría más peligro en este momento era ella misma.

Conteniendo la respiración, Caitlin derribó la puerta de una patada, con toda la fuerza que tenía.

CAPÍTULO DOS

—¡Ahora! ¡Ve!

Las palabras urgentes resonaron en la mente de Caitlin mientras la puerta lateral se abría de golpe, saltando astillas. Había usado la fuerza suficiente para romperla, pero no había tiempo ni siquiera para un momento de alivio. Entró como una tromba, esperando que su plan hubiera funcionado, lista para enfrentarse al asesino y salvar a su rehén con la ventaja que había ganado.

El asesino ya se estaba girando, con el rostro horrorizado, pero con el peso del rehén en sus brazos, era demasiado lento. Este era su momento, y tenía una estrecha ventana para actuar.

Lanzándose a través del suelo polvoriento, lo agarró, rodeándolo con sus brazos y arrastrándolo al suelo. Él rugió de rabia, el arma cayendo de su mano, sus piernas cediendo. Caitlin apartó el arma de una patada antes de que pudiera recuperarla.

—¡Fuera! —gritó a la mujer conmocionada. Lo primero era alejarla del peligro—. ¡Sal de aquí!

La rehén retrocedió, jadeando de miedo, y luego se dio la vuelta y corrió hacia la salida.

El asesino estaba contraatacando, intentando agarrar los brazos de Caitlin. Sus manos eran ásperas, y la agarraba con fuerza, con furia y violencia en sus ojos.

Ella había esperado someterlo antes de que pudiera reaccionar, pero él era fuerte y despiadado, pateándola con todas sus fuerzas, alcanzándola en las costillas, dejándola sin aliento.

El dolor explotó en su interior, pero se negó a soltarlo. Girándose, evitó la siguiente patada y golpeó con fuerza su propio pie contra el tobillo de él.

Caitlin tenía que esposarlo, pero no podía hacerlo mientras él se retorcía y luchaba, intentando coger su arma, al ver que la suya estaba fuera de su alcance. El asesino contraatacaba, pero ella era una agente entrenada, y aunque él era más grande y fuerte, ella tenía la ventaja de la sorpresa y la experiencia de su lado.

Mientras él se debatía conmocionado, como una anguila resbaladiza, ella usó su mano libre para agarrarle la muñeca. Él la apartó de un tirón.

Apretando los dientes, Caitlin le clavó la rodilla encima.

Con la otra rodilla sobre su pecho, se inclinó hacia delante, usando su peso para empujarlo hacia abajo y inmovilizarlo contra el suelo. Sus dedos cerraron una esposa de golpe, sus músculos bloqueados en un torno de esfuerzo y tensión, mientras él jadeaba y luchaba por respirar.

Entonces, consiguió cerrar la otra esposa.

Con los dientes apretados, Caitlin se puso de pie de un salto, arrastrándolo hacia arriba. Lo empujó y se dirigió hacia la puerta, guiada por los últimos rayos tenues del sol de la tarde.

Antes de llegar, Fitch y el resto de su equipo llegaron, irrumpiendo por la puerta con las armas desenfundadas.

—Lo he cogido —jadeó, sin aliento, mientras rodeaban al asesino esposado—. Lo he cogido, y ella está a salvo. Se acabó.

Pero aunque ahora sentía un profundo alivio por haber logrado salvar a esa rehén aterrorizada, Caitlin sabía que más tarde tendría que responder a preguntas difíciles. Desesperada por salvar la vida de esa madre, había roto el protocolo y desafiado el plan del equipo.

Y le preocupaba haberlo hecho una vez demasiadas.

*

Dos horas más tarde, cansada y dolorida, Caitlin había terminado el papeleo y llegado a casa. La reunión con su equipo había sido difícil. Había sido más acalorada de lo que esperaba. Aunque estaba dispuesta a aceptar que se había puesto en riesgo, defendió sus acciones, diciendo que había actuado basándose en nueva información y una situación cambiante, y que mientras la rehén estuviera a salvo y el asesino bajo custodia, había valido la pena.

Pero el equipo no lo veía así, y había recibido una andanada de reproches y críticas.

—Tienes que dejar de romper las reglas y el protocolo —le había dicho Fitch, con palabras duras—. Haces quedar mal a todo el equipo; nos haces parecer una unidad rebelde con una cazadora de gloria.

Eso le dolió, y pensó que era injusto.

—No me importa la gloria, y lo sabes —había respondido—. Necesitaba salvar una vida. ¿No se trata de eso la aplicación de la ley? ¿Mantener a la gente a salvo? Entrar por la entrada lateral funcionó. Evitarlo fue la decisión equivocada. Él cambió la situación, así que necesitábamos cambiar nuestro enfoque.

—¡El equipo tomó una decisión. Esto demuestra que no eres una jugadora de equipo!

—Si el equipo solo se preocupa por su propia seguridad, ¡yo no puedo hacerlo! Esa no debería ser la prioridad.

Pero sus palabras no habían llegado a él. Eso podía verlo. Todavía no tenía idea de si este asunto estaba zanjado o si podría resultar en más problemas. Pero iba a mantenerse firme, especialmente porque la decisión original habría resultado en la muerte de una rehén. ¿Cómo podría vivir consigo misma si esa mujer hubiera muerto?

Por ahora, "casa" era el quinto piso de un edificio de apartamentos, justo a las afueras del centro de Atlanta, a un kilómetro y medio del edificio del FBI de Atlanta en línea recta, y a dos kilómetros y medio de la Universidad Mercer de Atlanta.

Le gustaba el anonimato del edificio de apartamentos —no tan austero y sombrío como el edificio del FBI— y, por el contrario, disfrutaba del ambiente estudiantil de su zona, con sus restaurantes baratos, los estudios de tatuajes y piercings, las librerías y cafeterías. La zona tenía una energía divertida y juvenil que ella apreciaba.

—Hola Caitlin —la saludó el portero.

—Hola, Bruce. ¿Qué tal está Laura? —Caitlin sonrió al mencionar a la hija delgada de dieciocho años del portero, que se había convertido en una buena amiga.

—Ha aprobado el examen y me pidió que te diera las gracias de nuevo —respondió él con una sonrisa.

Ella había ayudado a Laura con sus estudios el fin de semana pasado. No es que las matemáticas fueran su fuerte tampoco, pero dos cabezas pensaban mejor que una, y juntas habían resuelto el problema. Les había costado varios intentos fallidos, muchas risas y bromas, y una bolsa entera de Cheez-Its, pero al final lo habían conseguido.

Ser servicial, ir más allá por su comunidad, era algo muy importante para ella. No tardó mucho en ponerse en contacto con la universidad después de mudarse a Atlanta y ofrecer ayuda a los estudiantes: clases de autodefensa, tutorías sobre cómo evitar ser agarrado y secuestrado. La asistencia había sido recibida con gratitud, y sus clases gratuitas de fin de semana abiertas a todos se habían vuelto populares. Se sentía agradecida de poder marcar la diferencia para que esos felices estudiantes pudieran mantenerse a salvo.

Ella también había sido una despreocupada veinteañera, hasta que ocurrió lo peor y recibió la noticia de que su hermana menor había desaparecido. Después de eso, su vida había tomado una dirección diferente a la que había planeado originalmente. Caitlin aún recordaba el momento en que se enteró de aquel desastre que la había cambiado a ella y a su futuro para siempre.

Frunciendo el ceño ante el recuerdo, Caitlin subió en el ascensor, abrió la puerta y suspiró aliviada al cerrarla de nuevo, sabiendo que, por fin, el duro día había terminado.

Estaba agotada y hambrienta, y necesitaba una ducha caliente y unas horas de sueño.

Su salón era pequeño y funcional, pero tenía vistas a las luces de la ciudad, que le encantaban. Se sentó en el sofá de cuero negro, desatándose las botas y quitándoselas. Puso música, eligiendo un álbum de Lady Gaga. Era la música favorita de su hermana cuando desapareció, y Caitlin siempre encontraba las canciones reconfortantes, una forma de desestresarse después de enfrentarse al peligro.

Luego, poniéndose de pie, se dirigió a la nevera.

Le dolían las piernas, le dolían las costillas y tenía los ojos irritados cuando abrió una cerveza y dio un largo trago fresco.

Caitlin dejó la bebida y su mirada se dirigió a la foto que guardaba en la puerta de la nevera. Ella y Ella, tomada unos meses antes de que desapareciera.

Ella tenía dieciocho años. Guapa, siempre más delicada que Caitlin, siempre más amistosa y extrovertida. Caitlin había sido la hermana mayor dura y protectora que luchaba por la justicia y las causas. Ella había sido la que hacía amigos fácilmente, la divertida a la que la gente se acercaba.

Ahora se había ido, y sentía como si le hubieran arrancado parte de su alma.

—¿Qué te pasó ese día? —preguntó Caitlin con tristeza—. Ojalá pudieras decírmelo. No saber es lo más duro.

La implosión de las relaciones familiares que siguió había sido otro factor que había puesto su vida patas arriba. Estaba a punto de graduarse la primera de su clase después de completar su licenciatura en recursos humanos en la Universidad Estatal de California en Sacramento. Después de esa bomba, apenas había conseguido terminar la carrera, destrozadas sus esperanzas de graduarse con distinción.

Y nunca había utilizado el título. En un mundo donde las jóvenes inocentes podían desaparecer y no ser encontradas nunca, había cambiado sus planes y se había unido a la policía, y dos años después había aprobado con nota sus exámenes de ingreso en la Academia del FBI.

Desde entonces, había pasado tiempo en cuatro estados diferentes en todos los rincones del país. Había llegado a apreciar el estilo de vida nómada de un agente del FBI.

Caitlin tenía que admitir, sin embargo, que le estaba encantando Atlanta, y mientras estaba aquí, se había sentido preparada para echar raíces. Incluso había conocido a alguien, hace unos meses. Aún no se estaba poniendo serio, y no sabía si lo haría, pero al menos se sentía como un paso de vuelta a la normalidad, tener una relación real después del giro devastador que había dado su vida.

De hecho, su teléfono empezó a sonar en ese momento. Era Mike Blair, su novio, llamando como si sus pensamientos lo hubieran invocado.

Abrió el teléfono.

—Hola, Mike —dijo, y sonrió, contenta de oír a este hombre de pelo rubio y sonriente que nunca estaba de mal humor.

—Hola —dijo él—. Solo me preguntaba cómo había ido el día.

—Estuvo bien —dijo ella—. He cerrado el caso.

—Suenas muy cansada —dijo él—. ¿Está todo bien?

—Todo está bien —esquivó hábilmente la pregunta, sin querer que se preocupara, pero tampoco sintiéndose preparada para la discusión sobre si se había extralimitado en su mandato como agente—. Solo más papeleo del que esperaba.

Mike se rio. Como profesor, sabía que podía simpatizar en esa dirección. Odiaba la parte burocrática de su trabajo.

—¿Quieres salir a tomar algo? —preguntó ella. Aunque estaba agotada, sentía que le vendría bien la compañía. Sentía la necesidad de estar cara a cara con él, de abrirse sobre lo que había pasado, y tal vez compartir algo del trauma y la incertidumbre que este difícil enfrentamiento había desencadenado.

Pero escuchó a Mike suspirar.

—Desgraciadamente, mañana tengo que madrugar mucho. Tengo que llevar a un autobús lleno de niños a una jornada deportiva. ¿Lo dejamos para el domingo?

El domingo no era ideal para ella, ya que el lunes probablemente sería un día de mucha presión con las consecuencias de su operación de rescate, pero Caitlin controló su frustración. A veces parecía que, entre sus diversos compromisos laborales, nunca iban a avanzar más en esta relación y que estaba dando vueltas en círculo.

Se preguntó, una vez más, si merecía la pena. Logísticamente, parecía que sí, incluso con la perspectiva de citas solo ocasionales.

Quizás eso era mejor, se preguntó, aunque a veces anhelaba la sinergia de un alma gemela, con quien pudiera compartir sus sueños, miedos y sentimientos más profundos.

—Hablemos el domingo —decidió—. Que te diviertas con el autobús lleno de niños.

Su teléfono pitó, indicándole que entraba otra llamada. Se le revolvió el estómago al ver que era su jefe al teléfono. Caitlin tuvo la fuerte sensación de que esto indicaba problemas.

—Tengo que irme. Me llaman del trabajo —dijo.

Rápidamente, deslizó el dedo para atender la nueva llamada.

—¿Caitlin? —La voz del agente especial Harry Hume era cortante y afilada, pero detectó una nota de tensin que la hizo fruncir el ceño.

—Buenas noches, Hume —dijo.

—Acabamos de terminar una reunión de emergencia. Significa cambios para ti. Me gustaría que vinieras mañana a primera hora para que podamos hablar de ellos. ¿Nos vemos en la sala de juntas a las siete?

—Allí estaré —aceptó Caitlin—. Pero qué...

Estaba hablando al aire. Su jefe, que nunca perdía el tiempo, había cortado la llamada tras una breve despedida.

Caitlin se quedó con una sensación de angustia: por los acontecimientos del día, las decisiones que había tomado y los cambios que traería esta reunión.

No sonaban bien, y esta vez no parecía que fuera a tener elección.

CAPÍTULO TRES

A la mañana siguiente, Caitlin llegó a las oficinas del FBI quince minutos antes, sintiéndose nerviosa por lo que esta reunión podría implicar y preocupada por el ultimátum que Hume había insinuado.

A esa hora de un sábado por la mañana, las calles estaban tranquilas. Solo corredores entusiastas, barrenderos y paseadores de perros poblaban su trayecto hasta la oficina, un trayecto que, ahora se daba cuenta, había llegado a apreciar. Especialmente porque ahora temía que pudiera estar llegando a su fin.

¿Se había pasado de la raya?

Caitlin sabía que pronto descubriría si sus jefes lo pensaban así. Entró rápidamente en el edificio, saludando con un gesto al guardia de seguridad, y se dirigió a la oficina de Hume en el segundo piso. Las reuniones se celebraban en la sala de juntas contigua a su despacho, que tenía una mesa para seis personas. Las paredes estaban cubiertas de mapas de la zona, de Estados Unidos y de los países vecinos, un recordatorio del alcance que tenía el FBI más allá de las fronteras estatales.

No iba a rendirse sin luchar, decidió Caitlin. Si querían trasladarla, degradarla o penalizarla de alguna manera por lo que había ocurrido ayer, les recordaría que sus acciones habían salvado una vida sin causar daños y habían resultado en el arresto exitoso de un peligroso criminal.

El FBI siempre había fomentado el pensamiento independiente entre sus agentes. Ella siempre lo había adoptado y valoraba el hecho de tener un trabajo donde podía hacerlo. Pero ahora que lo pensaba, parecía que en los últimos meses su capacidad para actuar de forma independiente se había visto más limitada por sus compañeros de equipo. Habían estado reestructurando su enfoque para este tipo de operaciones.

¿Por qué había cambiado esto? Con un escalofrío, se preguntó si debería haberse planteado esta cuestión antes.

—Solo puedo decir que mis acciones fueron para preservar la vida y evitar más pérdidas —murmuró para sí misma, preparando la defensa que quizás tendría que presentar, mientras caminaba rápidamente por el pasillo y llamaba a la puerta de la sala de juntas.

—Adelante —dijo Hume.

Caitlin abrió la puerta y entró. Se detuvo, mirando sorprendida.

Esperaba ver a su jefe, con su rostro delgado y bronceado y su pelo oscuro salpicado de canas, en su asiento habitual frente a la puerta, y allí estaba. Pero no estaba solo. Había otros dos hombres con él, sentados a su izquierda y derecha en la mesa circular.

Mientras se acercaba para saludarlos, Caitlin los analizó mentalmente antes de que hubieran dicho una palabra.

El hombre a la derecha de Hume era del FBI, sin duda. Ocupaba un alto cargo en la organización. No recordaba su nombre, pero había visto su cara antes, en la parte superior de anuncios importantes y en fotos con políticos destacados. Definitivamente no era un agente de campo, sino alguien más importante. Las cicatrices en sus manos y una pequeña cicatriz en su mandíbula, junto con la mirada seria de sus ojos, le indicaron que aunque estaba en sus cincuenta y ahora llevaba traje, había cumplido su tiempo en el campo.

—Director Ejecutivo Adjunto Knight —lo presentó Hume.

Knight, ese era el nombre que recordaba. Había acertado, se dio cuenta Caitlin. Era un alto cargo. Muy alto.

Levantó la barbilla. Podría ser un alto cargo, pero había estado en las trincheras. Con esas cicatrices, supuso que también se había enfrentado al peligro.

—Agente Especial Caitlin Dare —se presentó. Él la miraba de forma evaluadora, como si no encajara del todo con la imagen que se había hecho de ella.

—Y este es Nathan Bridges. Nathan es un agente de policía destinado en Union Pacific.

¿Un policía ferroviario? Eso puso a Caitlin a la defensiva. Miró al hombre alto y de hombros anchos, con el rostro bronceado y el pelo rubio despeinado, sintiéndose instantáneamente a la defensiva. Parecía un surfista, no un policía. Como alguien que debería estar en la playa en lugar de luchando contra el crimen. Probablemente era uno de esos típicos policías que van tirando, que pueden manejar los asuntos pequeños, pero que no son capaces de lidiar con los temas serios.

Sabía que su reacción instintiva era injusta, pero no podía evitarlo. No sentía ningún aprecio por la policía ferroviaria y eso se debía a su propia experiencia amarga del pasado.

Ella había desaparecido después de subir a un tren. En su opinión, la policía no había hecho lo suficiente, ni mucho menos, para encontrarla. Y eso había sido culpa de los propios policías ferroviarios.

—Buenos días —dijo, sin revelar nada, manteniéndose fríamente profesional mientras lo saludaba. Por la expresión de su cara, tampoco parecía que él estuviera muy entusiasmado con ella mientras le estrechaba la mano.

—Tenemos una situación urgente —dijo Hume, y Caitlin supo que ahora estaban llegando a la razón de esta reunión. Ya había adivinado que, de hecho, no se trataba de su conducta en la operación de ayer. Era algo diferente, pero no sabía qué.

—¿De qué se trata? —preguntó, tomando asiento frente a los tres hombres, de modo que tenía uno vacío a cada lado. La dinámica seguía pareciendo extrañamente confrontacional.

—Hemos tenido dos asesinatos recientes a bordo de trenes de cercanías. Parece que se trata de un asesino en serie.

Caitlin sintió que su inquietud disminuía un poco. Esto sonaba como un caso serio, y sabía que la Oficina tenía los recursos para manejarlo. Lo más probable es que se tratara de eso. Un nuevo caso. Eso era todo.

Se relajó un poco. Prematuramente, como resultó ser.

—¿Es definitivamente obra de un asesino en serie? ¿Uno o ambos asesinatos ocurrieron en esta zona? —preguntó, queriendo tener una visión general.

Hume negó con la cabeza.

—Uno fue en California. El otro en Arizona.

El asesino estaba cruzando fronteras estatales. Fácil de hacer, supuso Caitlin, cuando estabas cometiendo asesinatos a bordo de un tren.

—¿Voy a estar involucrada? —preguntó, porque esto estaba muy fuera de su área actual de enfoque. Desde que la habían trasladado aquí, apenas había manejado crímenes fuera de Atlanta. Había más que suficiente en esta gran ciudad para mantenerla ocupada a ella y al equipo SWAT.

Hume dudó, como si sopesara sus palabras.

—Vas a estar involucrada —dijo después de un momento—. Pero hay más.

Caitlin se puso inmediatamente en guardia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Hume juntó las manos, mirándola con calma.

—Desde hace un tiempo, el FBI ha estado en contacto con la policía local, en muchos estados, sobre el creciente problema de los delitos ferroviarios. Es difícil de controlar, los criminales frecuentemente cruzan fronteras estatales, las distancias suelen ser enormes, y es complicado vigilar eficazmente. Como sabes.

Ahora, su mirada mostraba cierta compasión. Su jefe, de hecho, conocía la pérdida que había sufrido. Sabía las circunstancias de la desaparición de su hermana, hace mucho tiempo.

—Entiendo —dijo ella.

—Hemos decidido asignar a dos investigadores a un grupo de trabajo especial que se centrará únicamente en delitos relacionados con el ferrocarril, ya sean delitos que cruzan fronteras estatales o delitos graves que simplemente requieren experiencia adicional. Me pidieron que asignara a un agente capaz de trabajar de forma independiente, capaz de tomar la iniciativa y con mucha experiencia. Tu nombre me vino inmediatamente a la mente.

Caitlin vio hacia dónde iba esto. No le gustaba. En absoluto. No era algo con lo que se sintiera cómoda.

—¿Me quieres en ello, a tiempo completo? —preguntó, para aclarar.

Hume asintió.

—Esto supondrá un traslado, al menos sobre el papel, porque trabajarás donde ocurran los crímenes. Te moverás de estado en estado, de un lugar a otro, según se te necesite. Probablemente tendrás que reubicarte permanentemente en algún lugar más céntrico.

Caitlin asintió. Frente a los otros hombres, iba a mantenerse rígidamente profesional, pasara lo que pasara.

—¿Quién más está en el grupo de trabajo? —preguntó.

—Serás tú y el oficial Bridges. Vosotros dos formaréis el núcleo del grupo de trabajo.

Sorprendida, Caitlin se volvió de nuevo y vio a Bridges mirándola con una expresión de duda. Parecía tan infeliz como ella con esta nueva asociación.

Era hora de atajar esta idea de raíz, decidió Caitlin. Era una mala idea. Se sentía... bueno, se sentía como una degradación. Su unidad SWAT del FBI se había convertido en su familia, o eso pensaba. Sabía que trabajaba bien con su actual compañero, Fitch. Claro, tenían desacuerdos ocasionales, pero ¿no los tenían todas las parejas? No quería este cambio, y

definitivamente no quería estar en el entorno ferroviario a tiempo completo, con todas sus malas asociaciones.

Ahora tenía que asegurarse de que su jefe lo entendiera.

—Gracias por considerarme. Aprecio que fuera la primera en tu lista —hizo una pausa—. ¿Puedo hablar contigo en privado? —le preguntó a Hume.

Sin decir palabra, él se levantó y pasó por la puerta de comunicación a su despacho. Caitlin le siguió, cerrando la puerta tras ella. Se volvió y le miró, dejando finalmente que se notara su desesperación.

—Hume, me alegro de que me hayan considerado para esto. Pero no quiero aceptarlo. No me hace feliz ir a trabajar a tiempo completo en crímenes ferroviarios. Preferiría quedarme aquí con mi equipo.

Hume frunció el ceño.

—Necesito que aceptes este nuevo trabajo, Caitlin. Eres la única agente que puedo prescindir, y la única que encaja en el perfil de lo que creemos que esta unidad necesita para tener éxito.

—Dijiste que era la primera de la lista. Seguramente hay otros —argumentó.

Hume frunció el ceño.

—No quería traer nada negativo a esto, Caitlin —dijo en voz baja.

Ella le miró con preocupación.

—¿Pero? —preguntó.

—Pero hemos estado recibiendo demasiadas quejas sobre tu conducta en la situación actual del equipo. Has estado actuando como una rebelde, yendo por tu cuenta, y potencialmente comprometiendo el éxito de los casos.

—Garanticé el éxito del caso de ayer —argumentó Caitlin, ahora sintiéndose herida por las palabras críticas.

Hume negó con la cabeza.

—No, no estoy de acuerdo. Rompiste el protocolo de la unidad SWAT y corriste un riesgo innecesario. Pero ese no es el punto. El punto es que no puedo tener una agente trabajando en esta situación de equipo que actúe como tú lo haces. Necesito que cada individuo sea parte del equipo. Necesito que todos trabajen con los demás, no contra ellos.

—He sido una buena miembro del equipo. Pero ayer vi una oportunidad y la aproveché. Salvó una vida.

—Y las acciones del equipo podrían haber hecho lo mismo —Hume suspiró—. Mira, Caitlin, Fitch habló conmigo en privado anoche.

¿Fitch? ¿Su compañero actual de investigación? Caitlin tuvo un mal presentimiento sobre esto.

—¿Qué dijo?

—Quiere trabajar con alguien diferente. Ya no está contento contigo como compañera, por todas estas razones. Ha presentado un informe oficial sobre tu conducta y tu capacidad para trabajar en equipo. Así que me deja en una situación difícil porque tengo que encontrar a alguien más para que sea tu compañero, basándome en este informe desfavorable. Me alegré cuando Knight se puso en contacto conmigo. Parece una buena solución.

Caitlin jadeó sorprendida, sintiendo el amargo sabor de la traición. ¿Por qué Fitch no se lo había dicho él mismo? ¿Por qué no lo había hablado con ella, en lugar de quejarse directamente a su jefe?

Ahora, sabía que era demasiado tarde. Esas palabras de queja sobre ella no podían retirarse. Ahora estaban en el expediente. En su expediente, como una mancha sucia, pensó, sintiéndose horrorizada.

Le habían dado un ultimátum. Y sabía que si no lo aceptaba, Hume podría no tener otras alternativas para ella. Eso podría significar un traslado por todas las razones equivocadas.

Nunca pensó que la reunión terminaría así. Se sentía vergonzoso, como un descenso de categoría. Se iba a convertir en una nómada, haciendo equipo con un policía ferroviario, investigando crímenes en trenes que presumiblemente los otros policías ferroviarios no eran lo suficientemente competentes para manejar.

Y no había elección.

Una breve reunión había dado la vuelta a sus expectativas y a su futuro de la peor manera posible. No había nada que pudiera hacer, ni más argumentos que intentar. Lo vio claramente en la cara de Hume.

—En ese caso, acepto —dijo en voz baja.

Él asintió.

—Ve a hacer las maletas. Voy a fletarte un avión para que llegues al lugar rápidamente. Cuanto antes podamos resolver esto, mejor. Recuerda, esta es una nueva unidad especial, es experimental, y necesitamos resultados.

Caitlin no pasó por alto el mensaje implícito.

Si este crimen no se resolvía rápido, la nueva unidad no existiría por mucho tiempo, y tampoco su salvavidas temporal.

CAPÍTULO CUATRO

Caitlin miró por la ventanilla del avión mientras el paisaje pasaba, pero apenas se fijó en la vista cambiante, el terreno más seco y árido que había reemplazado los árboles y el paisaje ondulado durante las cuatro horas de vuelo.

Sentía como si el puñal de la traición de su equipo SWAT en Atlanta aún estuviera clavado firmemente en su espalda. Ahora, tenía un solo objetivo en mente, y era salir de esta situación imposible en la que de alguna manera se había metido.

Solo parecía haber una forma de hacerlo, razonó Caitlin. Tendría que resolver este caso ella misma, y rápido. Y luego, con ese logro bajo el brazo, lucharía por su puesto en la oficina del FBI de Atlanta, habiéndose probado a sí misma en esta crisis. Solicitaría un compañero diferente, aunque eso significara que ya no formara parte del equipo SWAT. Como agente especial, había otros sectores del FBI a los que podría trasladarse dentro de esta oficina. No quería verse obligada a salir de Atlanta cuando estaba construyendo una vida, integrándose en su comunidad e iniciando una relación romántica en la que se sentía comprometida.

Sin duda, este iba a ser el mayor desafío de su carrera, pero si lo lograba, sería el caso que podría salvar todo lo que valoraba.

Había estado examinando la información en su portátil durante el vuelo, con la esperanza de tener un avance temprano o ver un hilo conductor. Pero el problema era que había muy poca información sobre las víctimas: Bridget Hanover, de Nevada, y Vicky Ford, de California. Ambas habían estado viajando por la noche. Ambas habían viajado solas. Ambas habían sido encontradas en un vagón, solas, mucho después de su punto de desembarque programado.

El primer asesinato había ocurrido hace tres días, y el segundo, ayer por la noche.

Caitlin notó que las víctimas eran similares en edad –mediados de los veinte– y en apariencia, ambas siendo mujeres rubias de ojos azules. Pero eso podría no significar mucho.

Había una clara falta de evidencia, siendo ambas escenas muy limpias. Según los informes, la policía científica no había encontrado nada hasta

ahora. Caitlin esperaba poder encontrar más, o tal vez algo que vinculara a las dos víctimas.

El avión se inclinó bruscamente, aterrizando en el Aeropuerto de Bridgeford, donde comenzarían la investigación.

Y por "ellos", se refería a este policía ferroviario con el que la habían emparejado. Nathan Bridges.

Nathan estaba absorto en la pantalla de su portátil, sentado a dos asientos de ella en el pequeño avión. Ella le echó un vistazo.

Nathan no levantó la vista de su portátil.

El hombre rubio y desgarbado había estado en silencio durante la mayor parte del vuelo, y la única vez que habían hablado fue cuando estaban subiendo al avión. Había sido bastante amable, pero de una manera muy reservada que le indicaba que claramente sentía lo mismo que ella sobre esta asociación.

Caitlin se dio cuenta de que no tenía idea si este era el estado natal de Nathan o si era de otro lugar. No había querido preguntar, aunque los detalles sobre el caso eran muy escasos y en algún momento, lo sabía, necesitarían discutirlos e intercambiar algunas ideas.

Caitlin no se sentía amistosa. Había estado tensa toda la mañana, desde que Hume le había hablado de su nuevo papel. Sentía como si su vida hubiera dado un vuelco de la peor manera posible.

Se sentía avergonzada y enojada por lo que percibía como una degradación, y todo era peor por el hecho de que su compañero de confianza básicamente lo había solicitado y había forzado la mano de Hume.

No era como si Fitch siempre hubiera jugado según las reglas. Ocasionalmente también se había desviado de su mandato, y ella lo había aceptado. De hecho, había tenido tan poco impacto en su vida que apenas lo había notado.

De repente se preguntó si las maniobras políticas habían estado en juego dentro de su departamento. Recientemente, dos nuevos agentes habían sido transferidos al departamento del FBI de Atlanta de manera "temporal". Recordó que Fitch había mencionado que uno era un tipo con el que había trabajado en el pasado, y que iba a presionar para que se convirtiera en parte permanente del equipo.

Tal vez Fitch había usado sus acciones de ayer como excusa para tratar de conseguirse un nuevo compañero de caso y asegurarse de que su antiguo

colega pudiera quedarse en ese departamento.

A Caitlin no le gustaba nada esa idea. Pero ahora, se preguntaba si eso era lo que estaba pasando. No había otra explicación lógica. Y si fuera cierto, no sabía si estar enojada o triste.

Había construido una confianza con su equipo. Estaba orgullosa de su capacidad para trabajar eficazmente como miembro de un equipo SWAT, y siempre había sentido que estaba haciendo una contribución importante. Se había sentido orgullosa del equipo y de sí misma.

Pero ellos no habían sentido lo mismo por ella, y ahora estaba siendo exiliada para trabajar con un policía ferroviario que apenas conocía.

Era buena en lo que hacía; lo sabía. Pero le resultaba difícil dar lo mejor de sí cuando sentía que la estaban castigando y su futuro estaba en entredicho. Sin embargo, no tenía elección. Realmente era ahora o nunca para ella. Necesitaría recuperar algo de credibilidad, superar la queja que Fitch había presentado, y luego solicitar un nuevo destino dentro de la oficina de Atlanta, con su reputación restablecida.

Ahora, como si sintiera sus pensamientos, Nathan miró alrededor.

—Parece que hemos hecho buen tiempo en este vuelo. Deberíamos aterrizar en quince minutos.

Caitlin miró por la ventana.

—¿Conoces la zona? ¿Eres de aquí? —preguntó.

Para su sorpresa, Nathan negó con la cabeza.

—Trabajé aquí durante un año, pero eso fue hace casi una década. Me he movido desde entonces. Me han trasladado varias veces, pero he pasado más tiempo en el norte y el este que en la costa oeste.

Así que ni siquiera tenía conocimiento local. ¿Qué tenía entonces?

—¿Tienes experiencia resolviendo crímenes graves? ¿Has trabajado en casos de asesinato antes?

Mientras las palabras salían de su boca, pudo ver que él las estaba interpretando mal. Las había preguntado porque ahora estaba ansiosa por lo que ambos podían aportar a este caso. Podría haberlas formulado con un tono diferente, o haber expresado sus preguntas de otra manera, y ahora se daba cuenta de que había sido demasiado brusca. Y él las había tomado como una crítica.

Pudo ver cómo su rostro se contraía en líneas de enfado.

—Si tanto te interesa mi currículum y mi historial, estoy seguro de que puedes obtenerlos —dijo a la defensiva—. Ya que estás en el FBI.

—Sí, estoy en el FBI y nos encargamos de crímenes graves —dijo ella entre dientes—. Por eso me gustaría asegurarme de que mi nuevo compañero está a la altura de ese nivel de experiencia.

—¿Le preguntaste eso a tu último compañero de caso? Me pregunto por qué ya no estás con ese equipo —le lanzó una mirada fulminante.

Genial. Ahora la tensión en este avión era palpable. Y lo que era peor, no le gustaba el tono que había usado. Parecía como si supiera que su carrera estaba bajo sospecha. O tal vez solo estaba haciendo una suposición acertada; pero en cualquier caso, las palabras le dolieron.

Cerró la boca, sin querer discutir más sobre esto. Básicamente había descubierto que su compañero probablemente no tenía experiencia en casos de asesinato, porque si la tuviera lo habría dicho. ¿No?

Y él sabía, o intuía, que su carrera estaba en problemas. Eso no la ponía en una buena posición. Ahora, se sentía incluso peor que antes. No estaba sobre una base sólida ahora.

—Vayamos directamente a la escena cuando aterricemos —espetó Caitlin.

—Ya lo he organizado con la policía local —respondió él bruscamente —. Es el lugar lógico al que ir. Pero si se te ocurre algo que pueda ser realmente útil, por favor compártelo.

En otras palabras, ya lo había pensado y no necesitaba que ella pensara por él. Esto iba cuesta abajo rápidamente. Una mala primera impresión y un comentario equivocado por su parte, y ahora era como estar en un caso con un enemigo.

Bueno, de acuerdo. Veamos hasta dónde llegas con esto, hervía de rabia.

Si había alguna prueba, ella la iba a encontrar. Y se iba a asegurar de demostrarlo, a cada paso del camino.

Ahora estaba en un caso con alguien que la detestaba activamente, y no quería que le apuñalaran por la espalda por segunda vez. Era imperativo tomar la iniciativa en esta investigación y hacerla avanzar lo más rápido posible. La velocidad sería una de sus fortalezas aquí, habiendo trabajado en el ambiente de presión del FBI.

El avión comenzó a aterrizar, con ambos aún sin dirigirse la palabra. Hizo todo lo posible por alejar los pensamientos negativos que zumbaban a su alrededor, tan persistentes como moscas. Solo la retendrían. Había un trabajo que hacer aquí, y todo dependía ahora de que lo hiciera lo mejor posible. Al menos tenía un plan en mente, y era simple.

Resolver el caso y recuperar su posición en Atlanta, trabajando en los crímenes graves de esa ciudad. No en crímenes ferroviarios que despertaban todos los monstruos del pasado.

Recogió su equipaje de mano y se aseguró de ser la primera en la fila de la puerta de salida.

Examinar esta escena iba a ser un paso crítico. Le daría la oportunidad de demostrar de qué estaba hecha y de captar cualquier detalle que los policías ferroviarios hubieran pasado por alto.

CAPÍTULO CINCO

Nathan Bridges entró a zancadas en la sala de llegadas del aeropuerto de Bridgeford, buscando al agente que iba a recibirles. Se sentía enfadado y molesto por tener que hacer equipo con esta agente del FBI maleducada y áspera que claramente le despreciaba.

Cuanto antes se resolviera este caso, mejor, pensó. Esperaba poder tomar la iniciativa y desempeñar el papel principal, liderando la investigación.

Entonces, podría solicitar un nuevo compañero. Tenía grandes dudas sobre Caitlin Dare. Por lo que había captado de la conversación que tuvo lugar antes de que ella entrara, estaba disponible no porque fuera la mejor, sino porque era una paria. Había oído que era una renegada, una carta salvaje, y tenía la impresión de que su carrera estaba actualmente bajo una nube.

No quería ni necesitaba hacer equipo con una persona así. Especialmente con su propio historial y lo que actualmente pendía sobre su cabeza. Ella no sabía sobre sus casos recientes y no podía dejar que lo descubriera, o lo usaría en su contra. De eso estaba seguro.

—Será mejor que no vuelvas a hacer eso —Como un recuerdo inoportuno, las palabras de advertencia de su jefe aún resonaban en sus oídos.

Si era sincero consigo mismo, hubo momentos en el reciente caso de asesinato que había manejado en los que se había extralimitado, y se había visto obligado a asistir a una audiencia disciplinaria después.

—Te arriesgaste innecesariamente. Podrías haber muerto durante esa persecución —le había reprendido su superior.

—Lo siento —Se había disculpado, sinceramente, por lo que había hecho. Había sido totalmente impropio de él, porque era un investigador que normalmente hacía las cosas según las normas—. Tuve que disparar porque existía la posibilidad de que el asesino escapara —había razonado.

—Te arriesgaste demasiado. Podrías haber puesto en peligro otras vidas.

—¡No le habría perseguido por esa estación, disparándole, si hubiera habido alguien allí! —protestó—. ¡La única persona en riesgo era yo!

—En esas circunstancias no estabas en condiciones de tomar esa decisión —había dicho su jefe con dureza.

Se estaba haciendo un nombre y no quería que su trabajo estuviera en peligro. Pero después de correr un riesgo inaceptable, su expediente se había manchado y su reputación se había visto empañada.

La reprimenda, la advertencia, todo había sido pronunciado en un tono preocupado, como si su jefe se hubiera preguntado cómo se había librado de aquella y ahora quisiera frenarle un poco antes de que las cosas empeoraran.

La experiencia había sido dolorosa. Había sido una advertencia, una llamada de atención.

—No lo vuelvas a hacer —le había advertido su superior—. Y en el futuro, no actúes precipitadamente. Espera los refuerzos. Deja que tu equipo se encargue de la persecución.

—Lo haré, señor.

Sintiéndose avergonzado, Nathan se había dado cuenta de que sus valientes acciones al atrapar a este asesino habían jugado en su contra, porque todo lo que sus jefes veían eran las reglas que había roto esa vez.

Ahora, le preocupaba no tener lo necesario y no ser suficientemente un jugador de equipo. Luego, al día siguiente, le habían llamado a una reunión y le habían dicho que formaba parte de este grupo de trabajo.

Le preocupaba que fuera un castigo, aunque sus jefes habían dicho que le enviaban por su experiencia y capacidad. Ahora, la presión estaba en demostrar que era un jugador de equipo, pero no podía hacerlo cuando le emparejaban con alguien que claramente le resentía y que luchaba sus propias batallas.

Lo que no podía entender era por qué el FBI no había enviado a su mejor persona para formar parte de este equipo.

Se preguntaba si se lo estaban tomando en serio. Quizás estaban enviando a alguien que consideraban prescindible, y eso le hacía preocuparse de nuevo de que a él también le estuvieran dejando de lado y que este puesto fuera más una degradación que un honor.

Su mejor apuesta era resolver este caso con éxito y luego, aprovechando la credibilidad que eso le daría, solicitar un compañero diferente con el que tuviera esperanzas de trabajar de forma más cooperativa.

El primer paso sería ir a la escena del crimen reciente, y un agente especial de la policía ferroviaria se reuniría con ellos para llevarlos allí. Buscando a esa persona en la sala de llegadas, Nathan reconoció

inmediatamente el uniforme negro con su placa e insignia, y se dirigió en esa dirección.

No había conocido a este agente antes, pero diez años era mucho tiempo. El hombre, con un bigote canoso y una expresión sabia en su rostro ligeramente regordete, les saludó profesionalmente.

Notó el momento de sorpresa cuando el agente les observó a ambos. Irónicamente, supuso que hacían una pareja bastante inusual. Con suerte, no por mucho tiempo.

Allí estaba Dare, de aproximadamente un metro sesenta y cinco y esbelta, con su cabello castaño rojizo y piel de porcelana, y una estructura ósea casi digna de una modelo. Y luego estaba él, un desgarbado de un metro ochenta, con un aspecto rubio que hacía que la mayoría de la gente asumiera que era un surfista, y no un policía ferroviario. Menos mal que el uniforme ayudaba a que se dieran cuenta.

—Agente Bridges —dijo a modo de presentación mientras se acercaban.

—Agente especial Dare, del FBI —dijo Caitlin, adelantándose rápidamente para estrechar la mano primero.

—Soy el agente O'Donnell —dijo el policía—. Estoy aquí para llevaros a la escena y responder a cualquier pregunta que tengáis.

—Gracias —dijo Nathan, estrechándole la mano en segundo lugar. Mentalmente, añadió "ultra competitiva" a la lista de atributos que preferiría no tener en una compañera de investigación y de los que estaba deseoso de prescindir.

—¿Tenéis un coche esperando? —preguntó Caitlin.

—Claro que sí. Por aquí. Os lo asignaré, y cuando hayamos terminado en la escena, podréis utilizarlo todo el tiempo que necesitéis.

Se apresuraron a salir del aeropuerto hacia la brillante luz de la tarde.

—Nos han dicho que el tren fue trasladado a una vía muerta —dijo Caitlin mientras caminaban por el asfalto hacia el aparcamiento.

—Así es. El personal del tren se encargó de ello, con la ayuda de la policía local. El revisor que estaba en ese viaje también se ha puesto a disposición esta tarde. Podréis hablar con él.

Se apresuraron a atravesar el aeropuerto, se dirigieron al aparcamiento, subieron al coche y salieron.

—La vía muerta no está lejos de aquí —explicó el agente O'Donnell—. Probablemente a unos diez minutos en coche.

Se puso en contacto por radio y empezó a confirmar que todo y todos estaban en su sitio esperando su llegada. Nathan escuchó el familiar intercambio de bromas entre los miembros del equipo, que sonaba organizado y profesional. Le dio esperanzas de poder trabajar algún día con un miembro del equipo cooperativo y asegurarse de que esta nueva unidad fuera un éxito a largo plazo.

Cuando O'Donnell terminó de hablar por radio, ya estaban llegando a la vía muerta.

Bajaron del coche y, mientras caminaban hacia la estación y se acercaban al vagón del tren, Nathan se sorprendió al ver que Caitlin vacilaba, mirando la escena como si no solo le resultara desconocida, sino activamente incómoda.

Percibió que había algo en este papel, o quizás en el entorno, que realmente molestaba a su nueva compañera. Tal vez era de lo que le había estado hablando a su superior aquella mañana temprano cuando había pedido esa reunión privada. Sin duda había un problema o una complicación.

No quería estar allí en absoluto. No solo no quería trabajar con él, sino que no le gustaba este entorno. Podía verlo claramente.

Pero entonces cuadró los hombros y siguió adelante.

Se dirigieron al tren, donde las puertas estaban abiertas y un revisor uniformado esperaba en la entrada.

—Este es el testigo que encontró a la segunda víctima —lo presentó O'Donnell.

—Frank Rafter —dijo el hombre de aspecto serio—. Me alegro de que estén destinando más recursos a esto. Ha sido la peor experiencia de mi carrera. Saber que forma parte de una serie, que un asesino en serie está actuando en los trenes, lo hace extremadamente inquietante.

—Totalmente. Esperamos poder resolverlo lo más rápido posible —coincidió Nathan.

—He recopilado algunas fotos para vosotros en mi portátil. Hay imágenes de la víctima, Vicky Ford, entrando en el tren, y hay grabaciones de cámaras de algunas de las estaciones de la ruta. Desafortunadamente, al ser viernes por la tarde, el tren iba muy lleno. Pero con suerte algo de esto podrá ayudar.

—Me gustaría ver las imágenes de la víctima subiendo al tren —dijo Nathan inmediatamente, antes de que Caitlin pudiera preguntar lo mismo—.

Quizás el asesino la siguió directamente al tren, o hay algunas otras pistas que puedan ayudarnos.

—Tengo esas imágenes —dijo Frank, guiándolos al interior del tren.

CAPÍTULO SEIS

¿Imágenes de la víctima subiendo al tren? Caitlin se sintió animada de que estuvieran disponibles. Podría ser una mina de oro de información. Incluso podrían mostrar el rostro del asesino, si la hubiera estado siguiendo de cerca.

Pero al subir al tren, dudó. Una vez más, esto se sentía mucho más personal de lo que había pensado.

Se dio cuenta, con intensidad, de cómo había sido la experiencia de Ella y lo que había pasado por la mente de su hermana ese día cuando subió inocentemente. Subir a ese tren, intentar elegir un compartimento vacío, escoger un asiento, acomodarse. Y luego la pregunta que Caitlin siempre se había hecho y nunca había obtenido respuesta.

¿Había estado en ese tren también el hombre que formaba parte de su familia, ese hombre espeluznante que la asustaba?

Sabía que como revisor de tren, podía viajar con su pase de personal cuando quisiera, y había estado trabajando en esa ruta. Simplemente no sabía sobre ese día en particular. Habiéndolo conocido durante años, siempre le había dado escalofríos a Caitlin, porque era una de esas personas que parecían estar pensando cosas que no decían. Uno de esos cuyos ojos decían más que su rostro. Y sospechaba que había tenido algún tipo de problema con la policía años atrás. Algo relacionado con una agresión, con una paliza.

De niña había oído susurros sobre eso, o más bien, los había escuchado a escondidas, cuando se suponía que no debía estar escuchando. Pero como nunca lo habían arrestado por ningún delito, se preguntaba si alguien de la familia lo había protegido.

¿Y si su tío Josh fuera el monstruo que había secuestrado a Ella?

Sin pruebas, su familia se había indignado ante esta sugerencia. Su padre le había gritado que estaba equivocada, que Josh era un buen hombre, que tenía derecho a su privacidad y que les había dicho que no había estado en ese tren. ¿Como si su palabra significara algo? Por supuesto que mentiría si hubiera estado allí, pensó enfadada.

¿Y si hubiera estado en ese tren, hubiera visto a Ella, la hubiera seguido al salir y la hubiera agarrado? Siempre le había parecido una posibilidad a

Caitlin, pero cuando se había atrevido a mencionarlo, había causado una pelea familiar tan grande que se había retirado conmocionada y avergonzada, creyendo que debía haberse equivocado.

Desde entonces, nunca había parecido el momento adecuado para volver a seguir esta línea de pensamiento. Su mente se había apartado de ello y se había llenado de dudas. Porque, después de todo, la policía lo había exculpado.

Caitlin siempre había creído que cuando se uniera al FBI, algún día, usaría sus habilidades para investigar ese caso de nuevo, pero nunca había habido tiempo, y nunca había estado lista para enfrentar la cantidad de conflicto que causaría. Quizás ahora era el momento, pensó, mientras estaba de pie en el tren, absorbiendo la sensación, respirando el olor.

No había viajado en tren desde esta tragedia. No había querido poner un pie en uno y, de hecho, había decidido que nunca lo haría.

Pero ahora, aquí estaba, siguiendo un crimen urgente que necesitaba ser resuelto por el bien de su carrera.

Forzando su mente a volver al presente, consciente de que Nathan la miraba de forma extraña, Caitlin subió al tren. No podía permitirse mostrar debilidad ahora. Con las cosas como estaban entre ellos, lo usaría en su contra.

Ahí estaba el asiento, delante, el que tenía el aviso oficial encima con un trozo roto en el lateral. Lo reconoció inmediatamente de las fotos de la escena del crimen que había mirado durante el vuelo.

—¿Estaba lleno este vagón? —preguntó al revisor.

—Sí, al principio —dijo él—. Había cinco vagones y todos estaban llenos al principio de la noche. Había muchos oficinistas en ese viaje.

—¿Hubo algún problema en el tren? —preguntó.

—Siempre hay problemas un viernes por la noche. Tuvimos nuestra parte de pasajeros alborotadores. Había un grupo en particular al que tenía echado el ojo, un grupo de adolescentes borrachos que buscaban causar problemas. Pero solo estuvieron en el tren durante tres paradas y se quedaron en el vagón tres todo el tiempo.

—¿Recuerda a alguien que estuviera molesto por lo que estaba pasando? ¿Alguien que cambiara de vagón para evitar algo? —preguntó Nathan.

—Hubo mucha gente que se movió —Frank hizo una pausa—. Lo que sí recuerdo es que las primeras veces que pasé por aquí, no la vi. Estoy casi

seguro de que no estaba en este asiento justo después de subir, que veo por el billete y las imágenes que fue ocho paradas antes de que la encontráramos. Se suponía que debía quedarse en el tren solo cuatro paradas, creo. Y en cambio, terminó sola en este vagón.

Así que se había movido.

O bien, pensó Caitlin con un escalofrío, alguien la había movido.

—Podría haber sido agarrada, mantenida en algún lugar fuera de la vista. En uno de los baños del tren o en otro compartimento apartado —sugirió.

—¿Podemos ver cómo sube? —preguntó Caitlin.

—Claro —Los portátiles estaban instalados en una de las mesas de un asiento cercano. Se acercó a ellos y pulsó Play.

Caitlin dio un paso adelante, observando atentamente, reprimiendo un escalofrío al ver a la mujer entre la multitud, esperando su turno para subir al tren. Su chaqueta azul destacaba en el mar de gente y la observó cuidadosamente mientras subía a bordo.

—Definitivamente estaba un par de vagones más adelante —dijo sorprendida—. Parece que subió en el medio y acabó cerca de la parte trasera.

Pensando de manera lógica, Caitlin no creía que una mujer pudiera haber sido llevada a través de todo un vagón sin que la gente se diera cuenta. Así que quizás se había levantado de su asiento, ya fuera para moverse, ir al baño o comprar algo, y en algún lugar de ese mar de gente había un hombre que la siguió y aprovechó esa oportunidad para atacar.

Caitlin iba a suponer que era un hombre, porque si esta mujer había sido sometida y trasladada, habría requerido fuerza. Era una mujer alta.

Sin embargo, su asesino podría haber estado ya en el tren, o podría haber subido más tarde. Y había grandes multitudes. No sería fácil identificar a nadie en esta muchedumbre sin una descripción.

—Aquí hay otro ángulo de cámara —dijo Frank.

De nuevo, miró atentamente. Esta mostraba a la mujer caminando directamente hacia la cámara antes de desaparecer de la imagen justo después de subir a bordo.

Y fue entonces cuando Caitlin vio algo. O más bien, no vio algo que debería haber estado allí.

—¿Puedes mostrar las fotos de la escena del crimen? —preguntó, y Nathan miró alrededor, obviamente notando la intensidad en su voz.

—Claro. Lo haré en la otra máquina —dijo Frank.

En unos momentos, las fotos de primer plano que Caitlin había examinado tan cuidadosamente en el avión eran visibles en la pantalla del otro portátil. Vio de nuevo esos moratones lívidos, esas marcas violentas y purpúreas en la piel. Y algo más también. Algo que no había estado allí cuando la mujer subió al tren.

—Ese broche en la solapa de su chaqueta —dijo, señalándolo.

Lo había notado en las fotos porque su color rojo brillante destacaba. Era un broche alegre, en forma de mariquita, con una forma redonda y roja brillante y patas doradas.

Miró de nuevo las imágenes y no pudo ver ese broche en absoluto. La víctima no lo llevaba puesto cuando subió al tren. No había señal alguna de él.

—Podría haberlo tenido consigo y ponérselo después —dijo Nathan, con una voz que advertía a Caitlin que necesitaban considerar todas las posibilidades.

—O podría ser una firma, y en ese caso, debe tener algún significado para el asesino —argumentó Caitlin—. Necesitamos ver si la otra víctima llevaba el mismo broche.

—Podemos hacer eso, pero probablemente necesitaremos ir al laboratorio de patología de Nevada para confirmarlo, o al menos llamarles, porque esa muerte ocurrió en un estado diferente —dijo Nathan.

Esto era cierto, y le hizo ver a Caitlin el alcance completo de la logística para resolver estos crímenes. El tiempo, la distancia y las fronteras estatales no estaban de su lado.

En ese momento, el agente O'Donnell entró apresuradamente en el tren.

—El novio de Vicky Ford ha llegado a la comisaría. Acaba de terminar de identificar su cuerpo. Está bastante conmocionado, pero dijo que está dispuesto a responder cualquier pregunta que tengáis.

—Vamos allá —dijo Caitlin.

Hablar con alguien que conocía bien a Vicky le permitiría averiguar si había algún problema en su vida. El asesino podría tener una conexión personal con sus víctimas. Esto podría no ser un crimen aleatorio, y Caitlin sabía que era posible que hubiera sido deliberadamente elegida como objetivo.

Era hora de averiguar qué había ido mal en la vida de Vicky.

CAPÍTULO SIETE

En la cruda luz del departamento de policía local, Will Brooks parecía demacrado por el impacto. El hombre alto, con una melena de pelo castaño parcialmente controlada por una coleta, estaba desplomado en una silla, devastado por lo ocurrido.

—Siento mucho tu pérdida, Will —dijo Caitlin con suavidad. En momentos como este, su impaciencia natural parecía desvanecerse por completo. Sentía verdadera empatía por él. Especialmente recordando que cuando Ella desapareció y trató de hacer preguntas, algunos oficiales la habían tratado con brusquedad e impaciencia, y cada palabra poco amable había dejado una cicatriz.

—Estoy investigando este caso y estoy aquí para averiguar quién le hizo esto a tu novia. Entiendo lo difícil que es esto para ti, pero necesito hacerte algunas preguntas —se sentó a su lado, cerrando todo excepto él, incluso Nathan, que estaba detrás de ella, luciendo preocupado y ansioso.

—¿Qué? —la voz de Will sonaba ronca—. ¿Qué quieres saber?

—¿Sabías de algún problema en la vida de Vicky? ¿Algo que pudiera haber causado esto? —preguntó Caitlin—. ¿Alguien que quisiera hacerle daño, algún ex vengativo, algún problema? ¿Habló de alguien o algo que le molestara?

Él negó con la cabeza.

—No. Para ser honesto, no nos habíamos visto mucho en los últimos días.

—¿Por qué? —preguntó Caitlin.

—Ella había estado ocupada con el trabajo, haciendo horas extras. Yo soy músico y tenía algunos conciertos programados para los que estaba viajando. Pero no recuerdo que estuviera molesta por nada. Tenía una vida muy normal.

—¿Qué hay de su trabajo? ¿Tenía algún problema allí? —preguntó Nathan.

—No. Era gerente de producto para una empresa de ropa deportiva y disfrutaba de su trabajo. La ascendieron el año pasado. Era feliz allí.

—¿Vicky alguna vez habló de una mujer llamada Bridget Hanover? ¿La conocía? Vivía en Nevada —quería saber si Vicky había conocido a la otra

víctima.

—No recuerdo ese nombre en absoluto —dijo Will—. No conocía a nadie en Nevada, que yo supiera. Llevábamos saliendo un año, así que creo que lo sabría si fuera así. Sus padres viven en el extranjero y su hermana está en Los Ángeles. En ese momento, Vicky viajaba para verla.

—Entonces, ¿no usaba esa ruta de tren regularmente? —preguntó Nathan.

—No, vivía cerca de su trabajo y conducía hasta allí. Solo usaba el tren para visitar a su hermana, una vez cada pocos meses.

Caitlin pensó que eso era interesante. Significaba que este asesinato no podría haber sido planeado de antemano porque Vicky no era una viajera habitual. En contraste, Bridget había estado en su ruta habitual de regreso del trabajo, aunque más tarde de lo normal. Caitlin había esperado lo mismo aquí.

Ahora, empezaba a preguntarse si este asesino estaba buscando un cierto tipo de mujer o simplemente eligiendo un tren y luego seleccionando una víctima.

Esta había sido una entrevista muy valiosa, solo por ese fragmento de información. Les decía mucho sobre el asesino. Y ahora, Caitlin tenía una pregunta más.

—¿Vicky llevaba un broche de mariquita?

Le mostró la foto, con la cara recortada y solo el traje visible.

Él la miró y negó con la cabeza.

—Nunca la vi llevando eso antes.

—Gracias —dijo Caitlin. No se le ocurría nada más que preguntar. Se sentía traumatizada en su nombre después de hablar con él y escuchar su dolor tan de cerca. Nada podía traer a Vicky de vuelta, pero ahora necesitaban investigar la otra escena y víctima.

Ese crimen había ocurrido al otro lado de la frontera estatal, y a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Tenían un coche prestado. En dos horas, podrían estar en las oficinas del patólogo en la ciudad de Boulder, Nevada. Y allí podrían encontrar más respuestas.

*

Dos horas después, Caitlin y Nathan llegaron a las oficinas del patólogo en Nevada. Se estaba haciendo tarde. De hecho, mientras Nathan conducía, con un silencio pétreo entre los dos, Caitlin había empezado a mirar su reloj cada vez con más frecuencia. Esperaba que él captara la indirecta de que

podía ir a ocho kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. No tenía que ceñirse rígidamente al límite real, como estaba haciendo.

Esperaba que al venir aquí, hablar con el patólogo y ver la primera escena del crimen, obtuvieran más información sobre el crimen o el asesino.

Su primera parada fueron las oficinas del patólogo. Debido a la falta de personal y la sobrecarga de trabajo en Nevada, esta autopsia solo se había completado hoy. Caitlin esperaba que pudiera haber algunos nuevos hallazgos para ayudarlos en el caso.

Empezaba a sentirse impaciente. Hasta ahora, no había pistas, y sabía que el tiempo corría si quería probarse a sí misma.

Los edificios parecían un poco cansados aquí, pensó mientras aparcaban fuera de la pequeña oficina donde trabajaban el forense y el patólogo. La ciudad en sí estaba rodeada de montañas y desierto, y aunque probablemente tenía una población de unos cincuenta mil habitantes, parecía aislada en su vasto y vacío entorno.

Entraron y Caitlin se acercó al mostrador, echando un vistazo al informe del caso antes de dar un amistoso asentimiento a la recepcionista.

—Venimos a hablar con la doctora Bennett. Es sobre la autopsia de Bridget Hanover —dijo ella.

La recepcionista cogió el teléfono y habló con alguien. Tenía el rostro tenso y estresado, como si esto fuera una cosa más que atender en este pequeño y claramente escaso personal. Dos paramédicos salieron apresuradamente de una de las salas, empujando una camilla vacía. Desde otro lado del edificio, Caitlin escuchó voces alzadas, como si una discusión estuviera escalando hasta convertirse en una pelea.

—Pueden pasar a la sala dos —les indicó—. Por favor, pónganse las mascarillas. —Señaló las mascarillas. Caitlin y Nathan cogieron una cada uno, y Caitlin se puso la suya inmediatamente, agradecida por cualquier capa adicional entre ella y los inevitables olores de muerte y corrupción que su sensible nariz captaba, incluso por encima de los tonos más fuertes del desinfectante.

Había dos cuerpos en las mesas. Uno estaba cubierto con una sábana, y el otro estaba siendo examinado por la patóloga. La patóloga era una mujer de unos cuarenta años, con un aire enérgico y eficiente, y una mirada cansada en los ojos.

—¿Están aquí por los resultados de la autopsia de Hanover? —preguntó.

Se movió hacia el otro cuerpo y retiró la sábana.

Inmediatamente, Caitlin vio esos moratones lívidos. Vívidos incluso en las fotos de la escena del crimen, eran más impactantes en la vida real, contra la piel blanca como una sábana de la mujer rubia.

Caitlin miró a la mujer, sintiendo una oleada de simpatía, y estaba entrelazada con miedo al recordar a Ella.

—Se parece a la otra víctima —dijo—. Viéndola en persona, esos rasgos, el color de los ojos, es aún más obvio de lo que era en las fotos. —Las primeras fotos de la escena del crimen habían sido demasiado lejanas o demasiado cercanas para que pudiera tener una buena impresión de los rasgos faciales de la víctima.

Se volvió hacia Nathan de nuevo. Iba a parecer mandona, y él iba a resentirlo, pero necesitaba tomar el control de la situación y asegurarse de que se tomaran medidas decisivas.

—Debemos emitir una advertencia a todas las líneas ferroviarias. Hay que avisar a las pasajeras de esta edad y apariencia aproximadas de que están en riesgo —dijo—. ¿Puedes encargarte de eso?

Como esperaba, no parecía muy contento de que ella le dijera qué hacer. —Estaba a punto de hacerlo —dijo.

—Inmediatamente. —Caitlin no cedía.

Parecía que quería responderle bruscamente, pero se contuvo.

Mientras Nathan iba a la puerta para hacer la llamada, ella se adelantó para obtener más información sobre la víctima.

—¿La causa de la muerte es definitivamente estrangulamiento? ¿No hay otras lesiones o posibles complicaciones?

—La causa de la muerte fue estrangulamiento —confirmó la doctora Bennett—. Por las evidencias, parece que luchó contra el asesino durante un tiempo. Hay fibras atrapadas bajo sus uñas, lo que me hace pensar que llevaba guantes de tela o lana cuando la atacó. Es una lástima que no hayamos podido obtener una muestra de ADN. Claramente estaba preparado —dijo la doctora.

Caitlin asintió. Era una lástima, también, que la mayoría de las víctimas fueran directamente a por las manos del asesino cuando las estaban estrangulando. Por su propia formación en el FBI y los casos que había visto, sabía que eso era lo incorrecto casi siempre. Había otras formas mejores de intentar luchar contra un asesino que tenía sus manos firmemente alrededor de tu cuello.

—¿Fue movida después de la muerte? —preguntó Caitlin. Semejante lucha seguramente no podría haber ocurrido en un compartimento de tren.

—Sí, hay señales de que fue movida, poco después de la muerte.

—¿Y alguna otra información sobre el asesino?

La doctora miró pensativamente a Caitlin.

—Este individuo que la mató es muy fuerte. No solo habría tenido que mover obviamente todo el peso muerto de sus víctimas y colocarlas en estos asientos, sino que además sus manos son fuertes. Hay evidencia de que se usó una fuerza seria en este estrangulamiento. Y fue rápido. —Miró de nuevo sus notas y el cuello de la mujer—. Otra cosa que observé. Veo aquí que aunque la fuerza en ambos lados del cuello es bastante uniforme, en realidad hay un aplastamiento y moretones ligeramente peores en el lado derecho de la víctima.

—¿Así que es posible que el asesino sea zurdo? —preguntó Nathan, volviendo de fuera, y la doctora asintió.

Zurdo. Esa era una pista muy importante, y Caitlin se dio cuenta de que si la presión había sido más intensa en ese lado del cuello, era extremadamente probable. La mano dominante sería más fuerte. Con aproximadamente el diez por ciento de la población siendo zurda, eso reducía significativamente el campo de sospechosos. Era un gran avance, sin duda.

—¿Puedo ver su ropa y pertenencias? —preguntó Caitlin.

La doctora sacó una bolsa de plástico en la que la ropa y las pertenencias de la víctima estaban cuidadosamente dobladas. Caitlin vio que llevaba vaqueros y una camiseta roja.

—¿Había un broche en su camiseta? —preguntó—. ¿Con un diseño de mariquita? No vi nada así en las fotos, pero me pregunto si estaba con ella en algún sitio.

—No. No llevaba ningún broche en absoluto.

Caitlin se sintió sorprendida. Estaba tan segura de que ese broche era una firma.

Vio a Nathan lanzándole una mirada significativa, como si pensara que había estado perdiendo el tiempo con la teoría del alfiler.

La doctora estaba obviamente muy ocupada, así que después de agradecerle, Caitlin se marchó rápidamente. Intentó seguir respirando por la boca, y lo menos posible, durante todo el camino por el pasillo. En cuanto

llegó al vestíbulo, se arrancó la mascarilla, sintiéndose agradecida de estar fuera de ese ambiente.

—Creo que deberíamos ir a ver la escena del crimen —dijo—. Ese vagón sigue en una vía muerta. Puede que haya pruebas allí.

—Estás realmente obsesionada con las pruebas —dijo él, sonando molesto con ella—. ¿No crees que la policía las habría encontrado? ¿O sigues pensando que la policía ferroviaria no puede hacer su trabajo?

—Habría sido la policía local. No intento hacer esto personal —espetó ella—. Y sí, quiero buscar pruebas de nuevo. Te sorprendería la frecuencia con la que se pasan por alto detalles.

Parecía que iba a decir algo, pero se contuvo.

—Vale —dijo, encogiéndose de hombros.

La forma en que lo dijo hizo que Caitlin dudara.

—¿Crees que deberíamos hacer algo diferente? —Se sorprendió al sentirse insegura. ¿Había Nathan pensado un paso por delante?

Esa charla con Hume había minado su confianza, se dio cuenta. Estaba empezando este caso con mal pie, y no se sentía tan capaz en sus habilidades como sabía que debería.

—Vamos a descartar tu teoría —dijo él—. Tengo una idea. Te la diré después. Estoy seguro de que dará resultados.

La forma en que lo decía le indicaba, con certeza, que tenía una idea mejor en mente y pensaba que la suya era patética.

—Por cierto, ha llamado tu jefe —dijo.

Eso sobresaltó a Caitlin. —¿Mi jefe? —preguntó incrédula. ¿Qué hacía hablando con Nathan?

—El agente Knight. Supongo que ahora es el jefe de ambos. Parece que está dirigiendo el grupo de trabajo, en cualquier caso. Quería saber si habíamos hecho algún progreso. Le dije que esperábamos tener algo que informar en las próximas horas y dijo que eso esperaba, porque necesita ver resultados rápidos.

Caitlin respiró hondo. No pensaba que las cosas pudieran empeorar. Ahora, la presión era aún más intensa para que uno de ellos lograra un avance.

Y dado lo que estaba en juego, Caitlin sabía que tenía que ser ella.

CAPÍTULO OCHO

El vagón del tren donde Bridget había sido asesinada, según supo Caitlin, había sido desenganchado de los demás y estaba solo en una vía muerta de la estación del pueblo. Cuando ella y Nathan llegaron allí, era evidente que la estación estaba cerrando sus operaciones por el día. Estaba oscureciendo.

Quería ver cómo había sido esta escena y averiguar qué vagón del tren era, para ver si este asesino tenía preferencia por el mismo asiento en el vagón. ¿Cómo funcionaba su mente?

Esperaba obtener una pista o una mejor perspectiva de esto, porque le preocupaba lo que Nathan tenía preparado. ¿Y si él conseguía el primer avance? ¿Y si lo resolvía por su cuenta? ¿Dónde quedaría ella entonces?

—¿Hola? —llamó Nathan mientras entraban en la propia estación, y un conserje con un chaleco amarillo se apresuró a acercarse, con una expresión inquisitiva.

—Policía —explicó—. Estamos aquí para ver el vagón de la escena del crimen.

—Es por aquí —dijo el conserje con un suspiro, caminando pesadamente lejos de la puerta y mirando su reloj de manera significativa mientras se dirigía hacia allí—. Pero el equipo viene a limpiarlo en unos minutos. Lo necesitan de vuelta en servicio.

Caitlin sintió que un nudo de tensión se apretaba en su interior. Solo tenían unos minutos. ¿Sería suficiente para encontrar pruebas importantes?

—¿Alguien ha revisado el vagón desde que está aquí? —preguntó mientras caminaban, manteniendo un tono educado. Podía estar rebosante de frustración, pero Caitlin sabía por experiencia que ser amable con la gente la llevaría más lejos. Necesitaba que este conserje estuviera de su lado.

—No, señora —respondió él.

—¿Qué vagón era? ¿Estaba en la parte delantera o trasera?

—Que yo recuerde, estaba en el medio del tren. Era un tren largo, de siete u ocho vagones —dijo.

Ahí estaba. Un vagón de aspecto normal, obviamente vacío. Había cinta de la escena del crimen pegada al asiento donde había yacido la víctima.

Caitlin vio inmediatamente que había una similitud.

Este cuerpo también había sido abandonado en un asiento cerca de una puerta de conexión. Eso significaba que el asesino debía haber estado trabajando en uno de los baños, almacenes o áreas solo para personal del tren. Luego había arrastrado el cuerpo, pasado por la puerta después de asegurarse de que no había nadie, y lo había dejado rápidamente en el asiento más cercano.

Mientras miraba, algo atrapado en el pliegue del asiento llamó su atención.

Se inclinó y lo sacó, cuidadosamente, usando la manga de su chaqueta, porque sin duda esto era una prueba.

—¡Mira esto! —Caitlin lo levantó, sintiéndose reivindicada. Era un pin de mariquita, idéntico al anterior.

—Debe haberse caído cuando la movieron —dijo, mostrándoselo a Nathan, que parecía reacio a impresionarse—. Quizás no estaba en un lugar obvio, ya que no llevaba chaqueta. Podría haberlo clavado en el cinturón de sus vaqueros, o en su calcetín, o en algún otro lugar donde no se notara y simplemente se cayó.

En cualquier caso, ahora sabía con seguridad que este asesino estaba usando estos pines como su firma. Su teoría había dado resultados, y no podía estar más aliviada por ello. Ahora, tendrían algo sólido que informar a Knight. Algo que ella había encontrado.

Era un paso, y necesitaban más, pero al menos era un comienzo.

Caitlin sacó el pin cuidadosamente del vagón del tren, sintiéndose profundamente aliviada de haber encontrado la pieza de evidencia que les decía algo sobre la mentalidad del asesino. Ahora, necesitaba llevar esto más allá. ¿Qué significaba este pin de mariquita para él?

Lo colocó en una bolsa de pruebas y lo metió en su bolsa del portátil. Dada la falta de cualquier evidencia de rastros hasta ahora, no tenía muchas esperanzas de encontrar una huella dactilar en este pin, pero quizás pudiera tener suerte.

—Si has terminado aquí, me gustaría seguir adelante con mi teoría —dijo Nathan.

Caitlin sintió que volvía a erizarse. La competencia entre ellos volvía a surgir. Su teoría. ¿Que esperaba que produjera mejores resultados que su corazonada sobre el pin? Su voz se lo decía.

—Ya que estamos aquí, podemos entrar en esta oficina de la estación, si no le importa abrir, señor.

—Puedo hacer eso —dijo el conserje, ahora resignado al hecho de que iba a estar aquí un rato más.

—¿Qué quieres buscar? —preguntó Caitlin.

—Quiero ver si hay algún miembro del personal ferroviario que estuviera en ambos trenes en el momento de los asesinatos. Quizás alguien trabajó en ambos turnos.

Eso se sintió como un puñetazo en el estómago para Caitlin. Era una maldita buena teoría, y no se le había ocurrido. A él sí. Ella se había centrado en obtener cada pieza de evidencia que pudiera dar una pista sobre la identidad del asesino.

—¿En diferentes estados? —preguntó ella, sin querer mostrar demasiado entusiasmo evidente ante esta idea—. ¿Crees que es posible?

—Las rutas de tren cruzan las fronteras estatales, y probablemente descubrirás que la mayoría del personal suele trabajar un turno completo —respondió él. O bien no había percibido el tono crítico en su voz o lo estaba ignorando.

—¿No crees que la policía ya habría comprobado eso? —Esperaba que lo hubieran hecho.

—No vi ninguna referencia a ello en las notas del caso.

Entró en la pequeña oficina, sacó su portátil de la bolsa y lo abrió.

—Voy a acceder a los registros del personal y echar un vistazo —dijo.

Comenzó a teclear, y ella escuchó el rápido clic del teclado y el zumbido del ventilador del ordenador. Detrás de ella, el conserje se movía inquieto de un pie a otro. Estaba segura de que volvía a mirar su reloj.

—¿Cuánto tiempo puede llevar eso? —preguntó, mientras miraba alrededor de la oficina, sintiéndose inquieta y competitiva. Ella también estaba preocupada por el tiempo, porque sentía que el día se le escapaba. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué otro enfoque se les había escapado?

Nathan estaba inclinado sobre el ordenador, mirando entre dos conjuntos de registros, cambiando de uno a otro, sus dedos volando. Era rápido, Caitlin tenía que admitirlo. Y concentrado. Definitivamente era una persona más motivada de lo que ella había pensado al principio, y supuesto, por esa apariencia de surfista.

Decidió que podía ayudarle, en lugar de ser tan temerosa y negativa sobre su teoría. Con suerte, solo descartaría la posibilidad más rápido.

—¿Una segunda pantalla te lo haría más fácil? —dijo, sacando su propio portátil de la bolsa.

—No —dijo él secamente.

Caitlin le miró fijamente, sintiéndose más desconfiada que nunca por ese rápido rechazo.

—Vale —dijo lentamente. ¿No comprometería la velocidad del caso rechazando ayuda e insistiendo en trabajar solo? ¿O sí lo haría?

—Esta contraseña solo funcionará con un inicio de sesión —explicó—. No es que no quiera la ayuda. Es solo que, logísticamente, no puedo usarla. Puede que no lleve mucho tiempo. Depende de lo rápido que pueda detectar los factores comunes.

Ella guardó su portátil, sintiéndose desanimada. Esta era su idea, y l la estaba ejecutando. Ni siquiera podía ayudar. Las listas parecían largas y complejas. Él miraba de una a otra, tomando notas en su cuaderno de papel que había sacado y colocado sobre el escritorio.

—No creo que haya nadie en común —murmuró, y Caitlin tuvo tiempo para un rápido destello de alivio.

Pero entonces, Nathan contuvo la respiración.

—¡Espera un momento! —dijo, ahora sonando emocionado—. He encontrado a alguien aquí. Es un asistente que opera el servicio de comida y bebida. No se suponía que trabajara el turno en el que murió Vicky. Cambió turnos con un compañero anteayer.

Caitlin inhaló bruscamente. Eso sonaba como una pista muy positiva.

—¿Quién es?

—Se llama Anthony Curry —dijo Nathan—. Es un empleado local. Vive en el pueblo vecino. —Comprobó el mapa en su teléfono—. Veo que hoy tenía el día libre, así que con suerte estará en casa.

Caitlin asintió. Esta era una pista sólida. Necesitaban llegar allí, rápido.

CAPÍTULO NUEVE

El pueblo vecino, donde vivía el sospechoso Anthony Curry, estaba a unos pocos kilómetros más adentro de Nevada y era aún más pequeño, nada más que un puñado de luces a la sombra de una de las escarpadas y áridas colinas. Pero mientras Nathan conducía hacia allí, negándose frustradamente a superar el límite de velocidad, Caitlin sabía que podrían estar entrando en el pueblo natal del asesino.

Enfrentarse a un asesino siempre conllevaba riesgos. Este iba a ser el primer enfrentamiento potencialmente arriesgado que manejarían juntos. Y ella se sentía lejos de estar confiada al respecto.

No eran un equipo. Todavía no trabajaban juntos, y de hecho dudaba que alguna vez lo hicieran. No estaban en la misma sintonía, y Caitlin se preocupaba —tanto por ella como por él— de que no estarían lo suficientemente compenetrados para cubrirse las espaldas mutuamente.

Aun así, esta era su primera pista real, y tenían que seguirla hasta el final. Y más que eso, era su oportunidad de demostrarse a sí misma una vez más, de demostrar que tenía lo necesario para trabajar con un compañero. No tenía que ser armonioso; sabía que eso era pedir demasiado. Solo tenía que ser eficaz y transcurrir sin problemas. Seguramente podía esperar eso, ¿no?

Nathan la miró de reojo, y ella adivinó que él también se sentía incómodo. Se notaba en la tensión de sus hombros, en la forma en que agarraba el volante. Quizás él también pensaba que este primer encuentro con un sospechoso sería un enfrentamiento en más de un sentido.

Caitlin estaba preparada para una confrontación cuando el coche de Nathan crujió sobre la grava frente a la pequeña casa. Era una vivienda pequeña de una sola planta, en un patio árido. La jardinería claramente no era el fuerte de Anthony Curry, aunque la casa en sí estaba bien pintada, el camino barrido y las ventanas limpias.

Y había una luz encendida en una de ellas. Podía ver el resplandor desde el interior. Parecía que estaba en casa.

Respirando hondo, Caitlin salió del coche, inhalando el olor a comida cocinándose que flotaba en la brisa, mirando alrededor de este tranquilo vecindario.

Podía oír el sonido de un perro ladrando en la distancia, y una madre llamando a sus hijos para que entraran de jugar.

Era un vecindario tranquilo. Había una comunidad segura en este pequeño pueblo. Zonas como esta siempre la impresionaban con su sensación de inocencia, y le hacían desear brevemente vivir en un lugar similar. Sabía, sin embargo, que la sensación de seguridad en estos lugares podía ser falsa. Una comunidad pacífica estaba muy bien, hasta que la vida de una joven era arrebatada en un crimen brutal. Los asesinos tenían que esconderse en algún lugar, y no siempre se refugiaban en las grandes y malas ciudades.

Se acercaron a la puerta principal, y Nathan tocó el timbre.

Caitlin esperó tensa, sabiendo que podrían estar a punto de enfrentarse a un hombre que había matado a dos mujeres, y que podría ser peligroso.

Se acercaron pasos.

Se abrió la puerta. A la luz brillante del pasillo vio a un hombre con una expresión sorprendida en su rostro ancho y carnoso. Anthony Curry era un hombre alto y fuerte. Eso lo vio inmediatamente. Probablemente era de la altura de Nathan, de hombros anchos, con manos grandes. Una de ellas sostenía una taza de café. La mano derecha, notó.

—Buenas noches —dijo Nathan—. Somos de la unidad de policía ferroviaria, y necesitamos hablar con usted en relación con los recientes asesinatos.

Anthony los miró horrorizado. La taza en su mano se inclinó y un chapoteo de líquido salpicó sobre las baldosas. Caitlin dio un pequeño respingo al oír el sonido. Así de tensa se sentía. Apresuradamente, Anthony enderezó la taza.

—Será mejor que limpie eso —dijo. Tenía una voz suave y musical que contrastaba sorprendentemente con su apariencia grande y voluminosa.

Ahora aparentemente en pánico, salió corriendo del pasillo, volvió un momento después sin la taza y con un paño en la mano, y limpió rápidamente el derrame antes de hacerles pasar a los dos.

Caitlin siguió a los dos hombres a una pequeña sala de estar, con dos sofás azules que parecían abarrotar la compacta habitación.

Anthony se sentó en uno. Ellos dos se sentaron en el otro.

Caitlin quería tomar la iniciativa, pero antes de que pudiera, Nathan dijo rápidamente:

—Estamos aquí porque usted trabajó en turnos en ambos trenes, en los momentos en que estas mujeres fueron asesinadas. Obviamente, hay algunas preguntas al respecto.

—No... no entiendo —dijo—. Hay cientos de personas que trabajan en los trenes. ¿Por qué querría la policía hablar conmigo?

—Porque usted cambió turnos para estar en el segundo tren en el momento en que Vicky Ford fue asesinada —dijo Nathan.

—Bueno, sí. Pero eso es solo una coincidencia. Estaba trabajando en el quiosco de refrescos ambos días. No maté a nadie. Lo juro. —Su taza de café seguía en su mano derecha, y la sostenía con fuerza, como buscando apoyo—. No hice nada malo. Ni siquiera sabía que había habido otro asesinato en ese tren. Bueno, cuando salí de la estación ayer, vi llegar a la policía y me pregunté si había habido otro... otro incidente.

Observándole, Caitlin decidió que si no le conociera y no fuera un sospechoso, su impresión habría sido la de un hombre amable. Eso era lo que percibía. No sentía violencia en él, y estaba muy acostumbrada a entrevistar a sospechosos violentos.

—¿Cuál es el protocolo cuando haces tus turnos? —preguntó Caitlin, necesitando hacerse una idea de cuáles podrían haber sido sus movimientos —. ¿Trabajas solo o con alguien?

—Trabajo con un compañero. Somos un equipo de dos en el quiosco de refrescos. Uno de nosotros atiende el quiosco a tiempo completo, y el otro es más móvil, yendo y viniendo, trayendo stock adicional, ese tipo de cosas.

—¿Y cuál eras tú? —preguntó ella.

—Yo estaba en el quiosco a tiempo completo. Me gusta tratar con el público, así que siempre elijo hacer eso.

—¿Y con quién trabajaste en esos dos turnos, cuando las dos mujeres fueron asesinadas?

—Trabajé el primero de esos dos turnos con Gracie Edgar, con quien suelo formar pareja. Luego el segundo, cambié porque el otro trabajador quería el día libre. Así que trabajé con Jack Scott ese día.

—¿Y tomaste algún descanso?

—Sí, tenemos tiempos de descanso asignados. Tomé un descanso en el primero de esos dos turnos. Fue de cuatro y cuarto a cuatro y media de la tarde. Volví cinco minutos antes porque el quiosco estaba muy ocupado. Luego el segundo turno fue más largo, así que tomé dos descansos, de tres a tres y cuarto, y luego otra vez de seis y cuarto a seis y media —Abrió su

teléfono y se desplazó por él—. Puedo mostrarte mis horas de entrada y salida aquí.

—¿Y dejas el quiosco en algún otro momento?

—En absoluto. Solo se nos permite tomar los descansos programados cuando atendemos el quiosco. Si lo dejamos en cualquier otro momento, nuestro compañero tiene que sustituirnos. Puedes preguntarle a Jack y a Gracie, no hubo ninguna situación en la que tuvieran que intervenir y hacer mi trabajo por mí —Añadió, con sinceridad—: Estuve en paro un par de años después de que la empresa para la que trabajaba cerrase. Estoy muy agradecido de tener trabajo de nuevo, especialmente uno en el que puedo hacer tantos turnos. No haría nada que pusiera eso en riesgo.

Mientras hablaba, aún con esa voz no agresiva, Caitlin pensaba furiosamente, haciendo cálculos mentales.

Para ella, no parecía que hubiera tenido una ventana de tiempo disponible en el primer tren para matar a la víctima. Ella solo había subido al tren después de que su descanso hubiera terminado.

Nathan la miró. Él también lo había calculado. Parecía ligeramente decepcionado.

—Gracias por tu tiempo —dijo, levantándose—. No tengo más preguntas para ti, y agradezco tu cooperación. La policía local comprobará lo que has dicho en la próxima hora, así que hasta que te den el visto bueno, por favor mantén tu teléfono abierto y no salgas de estas instalaciones.

Mientras salían, ya estaba al teléfono con el equipo local, solicitando que esto se hiciera.

Caitlin se sintió ligeramente aliviada de que la teoría de Nathan no se hubiera confirmado, y luego se enfadó inmediatamente consigo misma por sentirse así. ¿Por qué estaba siendo tan mezquina? ¡Lo importante era que este caso se resolviera!

Pero era tan importante para su carrera, para su futuro, ser ella quien lo resolviera.

Mientras pensaba esto, su mente volvió de nuevo a la situación de su hermana. Ella nunca había estado lejos de sus pensamientos desde que había empezado este nuevo trabajo. Esta vez, sin embargo, Caitlin pensó que había una razón por la que de repente había empezado a pensar en su hermana, y era por la confusión respecto a los turnos de su tío.

Había enturbiado las aguas de la investigación en la desaparición de Ella, y ahora, Caitlin se preguntaba si había paralelismos en este caso.

Había tanta confusión sobre si el tío Josh había estado en el tren, y eso era porque no había estado oficialmente de turno. Simplemente había cogido un viaje, como se permitía a los empleados. Y en aquel entonces, lo sabía, había podido hacerlo —por alguna razón— sin un registro oficial. Desde entonces, estaba segura, había mejores formas digitales de rastrear los movimientos de los empleados.

—¿Se rastrea a todos los empleados que suben a un tren hoy en día? —preguntó mientras subían al coche—. Por ejemplo, ¿si solo están cogiendo un viaje a casa y no están de turno?

—Sí. Serían rastreados y tendrían que pasar su tarjeta de empleado si solo estuvieran usando el tren —dijo Nathan.

—En ese caso, miremos de nuevo. Basándonos en esa teoría, podría haber otros empleados del tren que aún no hayamos considerado y que podrían haber estado en ambos trenes —dijo Caitlin, su determinación ahora endureciéndose, porque pensaba que estaba sobre algo aquí, y Nathan también lo pensaba por la chispa de emoción en sus ojos mientras la miraba fijamente.

—¿Y si alguien estaba fuera de servicio y simplemente usando el tren cuando cometió esos asesinatos?

CAPÍTULO DIEZ

Caminó por el pasillo, pasando del vagón uno al vagón dos, manteniendo una expresión neutral y un lenguaje corporal tranquilo. Nadie debía fijarse en él. Era experto en pasar desapercibido.

Pero por dentro, se sentía alerta y agudo, con todos sus sentidos en tensión. Eso era porque sabía que ella estaba en el tren.

La estaba buscando, aunque quizás "cazando" sería un término más adecuado. Quería cazar y destruir a la mujer que había destrozado su vida.

Sabía que ella estaba en el tren, y sabía que estaba sola. Eso lo entendía instintivamente, porque así era como habían sucedido las cosas. Tenía una imagen de ella en su mente. Su pelo rubio atraería su mirada con su distintivo color dorado pálido. Sus ojos azules, bonitos pero fríos como el hielo, lo atraerían.

Podría estar sentada tranquilamente; y de hecho, probablemente lo estaría. Ese era el tipo de persona que era. Sentarse y no hacer nada. Una mujer fría y despreocupada, con las manos manchadas de sangre.

—Disculpe —dijo una mujer, acercándose a él, desviando su atención de la búsqueda.

Rechoncha, bajita y con una mata de pelo rojo rizado, sus ojos —ese radar interno— pasaron sobre ella sin el menor parpadeo. Era solo otra pasajera y no la mujer que buscaba.

Se apartó para dejarla pasar, educado y cortés. La voz en su mente le advertía: "No montes una escena, no llames la atención. Mantén una conversación educada como ella esperará".

—¿Muchas compras? —dijo, mirando las voluminosas bolsas que llevaba. Por dentro se sentía enfadado, porque ella estaba ralentizando su búsqueda, dificultándole moverse por el tren y ver. ¿Por qué no habría planificado mejor, empaquetado mejor? Le habría encantado darle una dura reprimenda, escaldándola con sus palabras, mostrándole quién era él.

Pero mantuvo su voz calmada y su comportamiento suave. Era un buen actor. Sabía cómo leer a la gente. Ese era su talento, y podía ver que ella era del tipo hablador.

—Sí, estoy haciendo compras para mi madre —dijo la mujer pelirroja, sonriéndole, claramente encantada de estar conversando con un extraño en

este tren abarrotado. Él sabía que tenía un rostro de confianza. La gente automáticamente confiaba en él, creyéndole fiable y atento. Pero sus ojos ya estaban escaneando más allá, por encima de su cabeza, evaluando a los otros pasajeros en su vagón.

En su interior, sintió una punzada de ira, porque estaba siendo retenido en su búsqueda, él que estaba tan ansioso por encontrarla, por verla de nuevo, por agarrar su garganta con sus manos, por finalmente erradicarla de este mundo, como una plaga. La aplastaría. El mundo no la necesitaba y era mejor que desapareciera.

La había perdido en el primer tren, pero estaba seguro de que la vería pronto. Tan pronto como esta pelirroja entrometida pasara de largo.

—Espero que su madre aprecie todas las molestias que se toma por ella —dijo, mientras la mujer seguía caminando, tambaleándose y balanceándose bajo el peso de las bolsas.

—Oh, yo también lo espero. A veces podría ser más agradecida, ¿sabes a qué me refiero?

—Creo que sí sé —dijo, como si compartiera una broma interna con ella.

La mujer puso los ojos en blanco, sonriendo, antes de continuar su camino, dándole espacio de nuevo para reanudar su búsqueda.

Podía verla en su mente. La imagen de ella estaba grabada en su memoria. Todo lo que tenía que hacer ahora era encontrarla. Y lo iba a hacer. De ninguna manera la dejaría salirse con la suya. Ella era la mujer que había arruinado su vida, y por eso tenía que derribarla, destruirla. Así es como lo veía.

—Disculpe, ¿puede decirme si este asiento está libre? —preguntó un hombre, sobresaltándolo. Había estado sumido en sus pensamientos por un minuto. Había perdido la disciplina que normalmente se imponía, y su mente se había adelantado, en pensamientos de venganza.

—Está libre, creo —dijo, apartándose.

—Gracias —dijo el hombre. Al igual que la mujer, sabía que este hombre lo consideraba inmediatamente como alguien de confianza, una persona agradable.

Esperó a que el hombre se sentara, y luego continuó su camino. Este tren estaba muy lleno. Los viajeros de la tarde lo abarrotaban. Eso era bueno, porque le daría más oportunidades de encontrarla. Por supuesto, tendría que ser paciente. Había habido algunas veces, en los últimos días, en

las que la había visto pero no había podido actuar. Aunque era frustrante, sabía que las circunstancias tenían que ser las adecuadas, y no siempre lo eran. El truco era estar preparado, y moverse rápidamente cuando llegara el momento adecuado.

El impulso se hacía cada vez más fuerte, y sentía la presión. De hecho, el impulso era tan fuerte que casi era un dolor físico, y por un momento se sintió aplastante, como si no pudiera respirar. Luego lo apartó, tratando de calmarse.

Necesitaba tener el control. Debía mantener la calma y la convicción de que la encontraría en este tren, y que sería capaz de actuar y hacer lo que fuera necesario, porque ella había sobrevivido demasiado tiempo. Caminó por el pasillo, examinando visualmente a los pasajeros.

Empezaba a sentirse un poco inquieto por su falta de progreso. Había avanzado tanto últimamente... Estaba acostumbrado a tener el control, a decidir su propio destino y el de los demás, a pensar sobre la marcha y hacer que las cosas sucedieran como él quería.

Odiaba cuando las circunstancias no lo permitían. Era una suerte que fuera un hombre paciente, porque en este momento estaba al límite de su paciencia. ¿Dónde estaba ella?

En su mente, evocó una imagen de ella, su pelo rubio pálido y brillante, sus ojos azules resplandecientes, su sonrisa cautelosa. Tenía un rostro hermoso. También la odiaba por eso. Ocultaba su carácter malvado.

Escudriñó a los pasajeros del vagón, obligándose a mantener la calma. Como un cazador, buscaba a su presa. Esta presa mostraría ciertos atributos y cualidades. Sabía que estaría sentada tranquilamente, sin causar problemas, y sospechaba que estaría perdida en sus propios pensamientos.

Después de todo, esta mujer malvada tenía mucho en qué pensar.

De repente, la vio. Su corazón se aceleró. Sintió un destello de esperanza, un hormigueo de emoción.

¡Allí estaba! Sentada tranquilamente, tal como esperaba, revisando su móvil. De vez en cuando, miraba a su alrededor nerviosamente. Lo esperaba. Había visto a la policía ferroviaria antes en el andén, emitiendo sus advertencias. Por supuesto que intentarían alejar a la gente del destino que merecían. Era de esperar. Pero él sabía que ella era lo suficientemente arrogante como para ignorar una advertencia, para pensar que estaría a salvo. Así era ella.

Pero aun así, no mostró nada. Nadie habría sabido que, en unos segundos, su corazón se había acelerado y la esperanza cargada de adrenalina lo había inundado. Era una suerte que fuera tan tranquilo y controlado. Eso le estaba sirviendo de mucho en este momento, especialmente considerando que este era solo el primer paso, después de todo.

Silenciosamente, de manera discreta, encontró un asiento y lo ocupó, observándola por el rabillo del ojo.

Ahora, su presa tendría que hacer un movimiento. Y cuando lo hiciera, él estaría listo y la derribaría.

Sus manos se flexionaron.

Era como si ya pudiera sentir su cuello. Las dos últimas veces, había dejado a sus víctimas durante un tiempo, las había atado y amordazado y las había abandonado en lo profundo del tren antes de volver.

Esta vez, no creía tener la paciencia para eso. Iba a atraparla rápida y brutalmente, a poner sus manos alrededor de su cuello, a asfixiarla. Eso realmente le daría el castigo que merecía.

Pero no podía hacer nada con ella en ese asiento, no en un tren tan lleno. Muévete, pensó, deseando que se inquietara, que necesitara un aperitivo, que usara el baño.

Entonces contuvo la respiración cuando ella se puso de pie. Sentía como si sus deseos se hubieran cumplido. ¡Qué subidón! Sin duda, ahora sería capaz de llevar esto hasta el final.

Él también se levantó, caminando silenciosamente por el tren.

Siguiéndola.

CAPÍTULO ONCE

—Tenemos que hacer exactamente lo que hiciste antes y revisar la lista de empleados que viajaban en esos trenes. Pero esta vez, incluye también a los empleados del tren que no estaban de servicio y que solo se subieron para viajar. Y prestemos especial atención a los revisores —dijo Caitlin a Nathan, con gravedad, mientras los pensamientos sobre el tío Josh ocupaban su mente.

—¿Los revisores? ¿Por qué? ¿Crees que son una opción más probable? —Sonaba dudoso, como si desconfiara automáticamente de su juicio. Pero en este aspecto ella no estaba dispuesta a ceder.

—Sí, lo creo —dijo Caitlin. Podía notar que Nathan percibía el tono de enfado en su voz. No quería que él supiera que este caso se estaba volviendo personal para ella y que recuerdos indeseados inundaban su mente.

No quería que supiera que se sentía furiosa, una vez más, por las respuestas inadecuadas y endebles que su tío había proporcionado. Respuestas que solo provocaban más preguntas. Nunca las habían hecho. Como familia, habían fallado a Ella, y se avergonzaba de pensar en ello.

Ahora, la mirada de Nathan era francamente curiosa. Probablemente pensaba que ella estaba actuando de forma extraña, y así era.

Sin embargo, de ninguna manera iba a decirle por qué. ¿Por qué iba a confiar en él cuando esperaba que solo se conocieran un par de días como mucho? Así que se guardó sus razones personales y le dio la explicación lógica.

—Los revisores son más móviles. Están caminando arriba y abajo del tren todo el tiempo. Los camareros, los maquinistas, son mucho menos móviles.

—Un limpiador también sería móvil —señaló él.

—Los limpiadores se mantienen al margen. Trabajan más entre bastidores. Los revisores tratan con el público. ¿De verdad me estás diciendo que no crees que estas mujeres fueron vigiladas cuidadosamente antes de ser secuestradas? —preguntó, ahora sintiéndose molesta por su falta de voluntad para aceptar su idea.

Él asintió. —Tiene sentido, supongo —dijo con reluctancia.

—¿Supones? —Caitlin le miró molesta—. ¿Qué parte de mi teoría no quieres aceptar?

—No, es una teoría razonable —dijo él.

—¿Entonces? Tiene sentido. Punto.

No podía esperar a salir de esta asociación. Era como si él estuviera resistiéndose activamente a sus ideas ahora.

Por un momento se le ocurrió que ella había estado haciendo exactamente lo mismo con él. Pero eso era porque su trabajo estaba en juego. Necesitaba tener éxito en esto, y no podía evitar sentirse competitiva y ansiosa cuando parecía que estaba fracasando.

Especialmente viendo que ahora estaba completamente oscuro. El día pasaba rápido.

—Podemos volver a la comisaría y comprobarlo allí, supongo —dijo él pensativo.

—¿Por qué perder ese tiempo? —replicó ella, con la frustración surgiendo de nuevo—. No hace falta tener un escritorio delante para revisar una lista. Serán veinte minutos perdidos en volver. Podemos comprobarlo aquí mismo en el coche.

—Vale —dijo él, sorprendido.

Este era realmente el compañero equivocado para ella y para el caso, pensó Caitlin. La policía ferroviaria podría estar acostumbrada a mantener un horario normal, pero su carrera en el FBI le había enseñado que no existía tal cosa como la hora de salida, y que no se necesitaba nada más que lo esencial.

Tan pronto como estuvieron en el coche, abrieron el portátil de nuevo y usaron la consola central como mesa. Caitlin consiguió señal en su teléfono y Nathan conectó su ordenador a él.

Luego, tuvo que esperar los largos y tediosos minutos mientras él volvía a revisar toda la información. Definitivamente era un trabajo para una sola persona, más debido a la falta de espacio en la pantalla que al hecho de que estuvieran trabajando en el coche. También había sido un trabajo para una sola persona en el escritorio.

Esperó, mirando la cara de Nathan, sus facciones fuertes en la luz reflejada, su pelo rubio formando un halo dorado en la oscuridad del coche.

Viéndole trabajar, todas sus preocupaciones se avivaron de nuevo. Esta era una unidad experimental, era solo una idea, podría incluso ser un gesto simbólico para combatir estos crímenes. Ella sabía cómo iban esas cosas.

Tres meses más tarde, y los poderes al mando decidirían que no estaba funcionando y lo cerrarían. O bien habría una reducción en las estadísticas de delincuencia y se disolvería silenciosamente.

Nathan volvería a su trabajo. Ella temía que no lo haría.

—¿Has encontrado algo ya? —preguntó, sintiendo de nuevo la presión sobre ella.

—Dame una oportunidad —dijo él, ahora sonando molesto.

—¿Hay alguna forma en que pueda ayudar?

Él le lanzó una mirada irritada.

—Es un trabajo para una persona. No ha cambiado desde la última vez.

—Supongo —dijo ella, diciéndolo justo como él lo había hecho unos minutos antes, desahogando su molestia en el sarcasmo. Para su sorpresa, él no se ofendió, sino que sonrió brevemente antes de volver a su trabajo.

Menos mal que al menos uno de ellos podía tener sentido del humor cuando las cosas se ponían difíciles, supuso Caitlin, sintiéndose extrañamente aliviada de que él hubiera desactivado la situación en lugar de escalarla a una discusión. Y tenía razón. Era un trabajo para una sola persona.

Aunque no estuvieran en un coche, ella no podía ayudar. Tampoco había podido ayudar la última vez. Una persona mirando una pequeña pantalla de portátil era posible. Cuando lo intentaban dos, significaba que ninguna podía concentrarse adecuadamente en los detalles. Y claramente, se necesitaba concentración para este trabajo, y con una sola contraseña, eso significaba que ella estaba sentada allí jugueteando con sus dedos y esperando a ver si esta idea funcionaba.

Intentó no inquietarse. Era mejor que él trabajara sin distracciones. Lo importante era que acabara encontrando algo útil.

Pensó en los casos que ella y Fitch habían manejado, en las veces que habían pasado juntos sentados en un coche. Había pensado que estaban en sintonía y que había camaradería entre ellos. Resultó que no había habido suficiente. Por su parte, al menos. Ella no había estado a la altura de sus expectativas o estándares, o algo así. No era lo suficientemente jugadora de equipo como para que su equipo la hubiera querido.

Aún le dolía cuando pensaba en ello. Quizás necesitaba cambiar.

Al menos había honestidad en este coche. Si Nathan la exasperaba, como lo estaba haciendo, no iba a ser tímida para decírselo porque no era como si planeara pasar mucho tiempo aquí. Quería volver a la oficina del

FBI de Atlanta, pero ahora no sabía si había un futuro allí para ella en absoluto. La hacía sentir a la deriva, como si el fracaso la amenazara por todos lados.

—Vale —dijo Nathan, y el tono de su voz hizo que todas sus esperanzas se avivaran.

—¿Has encontrado algo?

—Sí. He encontrado a una persona que parece haber estado en ambos trenes. Y es un revisor.

—¿Quién es? —Sus esperanzas se encendieron.

—Se llama Jim Grieg. Estaba de servicio durante la mitad del primer viaje en tren. Fichó la salida media hora después de que Bridget subiera, y se bajó en la siguiente parada.

—Vale. —Eso sonaba bien, pensó—. ¿Y el segundo viaje?

—También hizo la mitad de ese viaje. Parece que subió una parada después de Vicky, y se bajó dos paradas después de donde ella debía bajarse. Así que habría estado en el tren al mismo tiempo durante aproximadamente una hora y media.

Eso era más que suficiente tiempo para que atacara.

—¿Dónde vive? ¿O está en el trabajo?

Rápidamente, Nathan lo buscó.

—Está en un tren ahora. Es el tren nocturno de Los Ángeles, que va hasta Wichita, Kansas. Estoy comprobando la ruta.

Pulsó más teclas en el portátil mientras ella se inquietaba, ahora sintiéndose ansiosa además de impaciente.

—Parece que va a pasar por la estación más cercana a nosotros en aproximadamente una hora. Supongo que podríamos llegar allí en ese tiempo si nos damos prisa.

—¿Una hora? ¿Qué hora es ahora?

—Son las siete de la tarde.

—¿Podemos estar allí a las ocho? Vamos entonces. Tendrás que organizar que el tren se detenga y que podamos subir. En ese caso, yo conduciré.

Cambiaron de asientos, y sintiéndose complacida de estar al volante, Caitlin se puso en marcha en la noche.

Se sentía energizada de nuevo. El momento era perfecto. Este caso podría resolverse, y su reputación redimirse, esta noche.

Todo dependía de lo que sucediera dentro de una hora.

CAPÍTULO DOCE

Jim Grieg iba en un tren. Caitlin sentía una determinación férrea mientras el coche avanzaba por la autopista. Conducía a toda velocidad, treinta kilómetros por encima del límite, con las luces del coche activadas. Así se conducía cuando ibas a atrapar a un sospechoso. Mientras tanto, Nathan estaba en la radio, en contacto con los operarios de la línea y el maquinista. Ella escuchaba la conversación entrecortada, sintiendo esperanza de que iban a obtener resultados.

Al detenerse en un cruce, echó un vistazo a la foto de identificación y la descripción que Nathan había buscado en su portátil.

Varón, pelo castaño, ojos marrones, un metro setenta y ocho de altura. Su rostro parecía delgado y serio. Tenía el pelo pulcramente peinado con raya. Parecía discreto, con la mirada cauta.

—Tendremos que subir al tren en North Downs e interrogar a algunos sospechosos —dijo Nathan, refiriéndose a la pequeña estación más cercana. Ahora estaba al teléfono con el maquinista.

—Normalmente no paramos allí —dijo el maquinista.

—Lo sé, tendrá que ser una parada no programada. Por favor, no informe aún a su personal en el tren. No queremos que haya un aviso previo.

—Entendido —accedió el maquinista.

Nathan cortó la llamada. Delante, Caitlin podía ver los carteles indicadores de North Downs. Giró el coche para salir de la autopista y aceleró por la carretera, dirigiéndose a la estación al pie de la colina. La estación estaba vacía, pero el vigilante nocturno había abierto la barrera, preparado para su llegada. Entró a toda velocidad, frenando rápidamente para mostrar su identificación al vigilante nocturno, que les hizo señas para que pasaran. Aparcando cerca de la entrada principal, salió y corrió hacia el andén.

En solo un minuto, antes incluso de que hubiera recuperado el aliento, pudo ver los faros del tren que se acercaba.

Era un tren largo, de diez vagones, y parecía estar medio lleno. El estómago de Caitlin se retorció al preguntarse si esto habría dado a este asesino la oportunidad de atacar de nuevo.

Era una sensación terrible pensar que podrían haber llegado solo unos minutos tarde. Pero si la gente del tren hubiera sabido antes que las fuerzas del orden iban a subir, le habría dado a este asesino la oportunidad de escapar, y ese habría sido un resultado aún peor.

El tren se detuvo y ella corrió hacia la parte delantera para hablar con el maquinista.

—Gracias por organizar esta parada —dijo, mientras él miraba por la ventanilla. Parecía ansioso, como si esta interrupción estuviera alterando su horario y causando problemas. Bueno, un asesinato solo causaría problemas peores, ella lo sabía.

—¿Tienen un plazo de tiempo? —preguntó él.

—Probablemente media hora como máximo —dijo ella. Si todo iba según lo previsto.

—Creo que primero hacemos una comprobación visual por el tren. Ver dónde está, interrogarle —murmuró a Nathan.

Nathan se encogió de hombros, y ella pudo ver por su cara que él habría hecho las cosas de otra manera, pero que no iba a discutir el punto ahora. En su lugar, supuso, se lo estaba guardando para un "te lo dije".

Apartándose de la ventanilla del maquinista, Caitlin se dirigió a la puerta del primer vagón, y ella y Nathan subieron a bordo. Había una docena de pasajeros allí, y gracias a la parada no programada, ahora estaban en un espectro que iba de la curiosidad al enfado. Los ojos de Caitlin los recorrieron rápidamente, captando todos los detalles que pudo, por si acaso los necesitaba.

—Estamos haciendo una comprobación rutinaria, buscando información sobre un delito —oyó decir a Nathan en voz alta, tranquilizando a los pasajeros—. Deberían volver a ponerse en marcha pronto. Por favor, quédense donde están y no se muevan por el tren.

Nada parecía fuera de lugar. Jim Grieg no estaba en este vagón. Pasaron al segundo vagón, que estaba más vacío. Un hombre uniformado llevaba una bolsa de basura por el pasillo, pero no era Jim, vio ella.

—¿Qué está pasando? ¿Está todo bien? —preguntó una de las mujeres del segundo vagón.

Caitlin repitió lo que Nathan había dicho antes.

—Es una comprobación rutinaria. Estamos recabando información para ayudarnos con una serie de delitos.

No quería que la gente entrara en pánico. Eso no era lo que necesitaban ahora. Pero aun así, escrutó cuidadosamente los rostros de todos los pasajeros, para ver si había alguien que pareciera una víctima potencial. Cualquier mujer rubia que pareciera estar dormida haría saltar todas las alarmas en este momento.

Temía encontrar eso, y tenía una horrible sospecha en la boca del estómago de que podrían acabar enfrentándose a esta exacta y terrible visión.

Al entrar en el cuarto vagón, Caitlin miró a su alrededor de nuevo. El quiosco de catering estaba situado al final de este vagón, y el encargado los miró con curiosidad.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Hay algún problema?

—Comprobación rutinaria, en relación con un delito —dijo ella brevemente.

Pasó al siguiente vagón. Esto empezaba a sentirse como si la tensión estuviera aumentando. Y entonces, su corazón se detuvo.

No vio a Jim Grieg, pero vio algo peor.

Una mujer rubia, con la cabeza ladeada, inclinada hacia delante en su asiento. Parecía inmóvil, como una estatua, con la piel pálida y el pelo caído hacia delante. Caitlin miró hacia atrás para ver a Nathan mirando la misma escena, con el rostro congelado.

—Mierda —susurró. El corazón de Caitlin empezó a acelerarse.

Esto era un desastre absoluto. ¿Había vuelto a atacar, en este mismo tren? ¿Habían subido demasiado tarde? Se abalanzó hacia delante, agarrando el hombro de la mujer, temiendo sentir esa inclinación nauseabunda cuando el cadáver se deslizara hacia un lado, ver esos moratones lívidos.

Por un momento, no hubo movimiento. Se le revolvió el estómago.

Y entonces, la mujer despertó de golpe, incorporándose con un grito de sorpresa, apartándose bruscamente del agarre preocupado de Caitlin.

—¡Eh! —jadeó—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me molestas?

Caitlin se sintió mareada de alivio. Se había estado preparando para los gritos, para el pánico de los pasajeros de alrededor, para la horrible sensación de un cadáver en sus manos. En su lugar, se encontró con la cara confusa de una joven, parpadeando desorientada.

—Lo siento, señora —dijo, pensando rápidamente, porque probablemente a la mujer no le gustaría que le dijeran que parecía muerta

—. Solo quería advertirle que tenga cuidado si viaja sola. Ha habido delitos dirigidos contra mujeres de su apariencia y grupo de edad.

La mujer frunció el ceño.

—Sí, lo sé. Solo estoy aquí sentada, ocupándome de mis asuntos. No pienso ir a ninguna parte hasta que baje del tren.

Su sorpresa se tornó en irritación. No estaba contenta de que la hubieran despertado de su siesta. Pero al menos estaba viva.

Siguieron caminando, Caitlin buscando y mirando mientras avanzaban, por si él se estaba escondiendo. O si alguien más estaba oculto. Miró en todos los rincones y recovecos mientras caminaban, abrió las puertas de la sala de personal y del almacén y comprobó detrás de ellas. Tenía que estar en alguna parte. Pero empezaba a preguntarse dónde. ¿Se estaba escondiendo de ellos?

Caitlin continuó caminando, más despacio ahora, con más cautela, mirando a cada pasajero, comprobando todo y a todos. Empezaba a sospechar que no lo hubieran visto hasta ahora. ¿Cuáles eran las probabilidades de que estuviera justo al final del tren? ¿O había ido allí, por si acaso, cuando se enteró de la parada?

El último vagón de todos estaba delante. Pulsó el botón y las puertas se abrieron con un silbido. Caitlin pasó.

Este vagón estaba ocupado solo por un par de personas, y las puertas de salida estaban abiertas. Caitlin lo registró al instante, las alarmas ya sonando en su cabeza. Había un hombre de pie cerca de ellas.

Las miró fijamente, girando la cabeza, y ella vio el reconocimiento en sus ojos. Vio sus uniformes, se fijó en la chaqueta del FBI de ella. Sabía quiénes eran, y estaba receloso.

—¿Jim Grieg? Grupo especial de ferrocarriles. Necesitamos hablar con usted —llamó Caitlin.

El reconocimiento se convirtió bruscamente en miedo. Lo vio dudar, como si tomara una decisión.

Y entonces, sin decir palabra, salió corriendo, saltando del tren y esprintando por el andén oscuro.

Su sospechoso estaba huyendo.

—¡Atrapadle! —gritó Caitlin, saltando del tren a la oscuridad, sus pies golpeando con fuerza el andén de hormigón. Detrás de ella, oyó los pasos de Nathan lanzándose en persecución.

Entonces estaba corriendo tras el sospechoso que huía, sus piernas martilleando, esperando poder recuperar la ventaja que él llevaba, antes de que desapareciera en la oscuridad.

CAPÍTULO TRECE

El sospechoso huía. Era una señal de culpabilidad, Caitlin lo sabía. Pero ahora tenían que atraparlo, en la oscuridad, a la carrera, y en un entorno que él debía conocer bien y ellos desconocían por completo.

Mientras corría, sacó la linterna de su cinturón. Eran sus pasos, más que la visión de él, lo que la guiaba a través de la entrada lateral que debía haber tomado. Estaba corriendo hacia la parte trasera de la estación, por una entrada de servicio.

Sus pies golpeaban el asfalto. Iba tan rápido como podía, pero para su irritación, se dio cuenta de que Nathan, con sus largas piernas y zancada más amplia, era más veloz.

El haz de su linterna se puso a su altura, y luego se adelantó.

Ahora ella iba en la retaguardia, intentando mantener el ritmo de los dos hombres. Con tenacidad, sin querer ceder terreno, esprintó por el asfalto, con el corazón acelerado y la adrenalina a tope. Grieg era rápido. Y estaba nervioso. Estaba entrando en pánico.

Había una valla de alambre alta delante, y podía ver la luz reflejándose en ella. Giraron a la izquierda y ella les siguió, doblando la esquina para ver una puerta en la valla. Estaba cerrada, pero eso no iba a detener a su sospechoso.

Grieg se impulsó hacia arriba y, aferrándose al borde, balanceó las piernas por encima y cayó al otro lado de la valla.

Nathan le siguió, ganando terreno mientras escalaba la valla y la saltaba con agilidad.

El entrenamiento del FBI de Caitlin volvió a ella. ¿Cuántas veces habían tenido que escalar vallas? Dejó que la memoria muscular se hiciera cargo, agarrando la valla, sintiendo el alambre clavarse en sus manos mientras usaba su impulso para subir. Sus pies tocaron brevemente la parte superior de la valla, y luego balanceó las piernas por encima y cayó, aterrizando en el suelo junto a las vías.

¿Cuánto se había alejado?

Estaba decidida a no perderlo.

Después de unos cien metros, la carretera giraba a la derecha, y Caitlin fue recompensada con un vistazo del sospechoso en fuga. El haz de la

linterna de Nathan lo iluminaba.

Vio la silueta de Grieg, el contorno suave de su pelo, la forma en que corría, sus brazos bombeando. Sus piernas se movían como pistones, su poderosa constitución en tensión.

Corrían hacia el norte, por el asfalto, siguiendo la curva de la carretera de servicio. Aunque este era un territorio desconocido, Caitlin empezó a preguntarse: ¿Adónde va corriendo este hombre? Tenía que tener un destino en mente. Seguramente no corría a ciegas.

Claramente era alguien que pensaba con antelación. Después de todo, se había colocado justo al final del tren y había abierto las puertas, por si esta parada significaba problemas para él. Sin duda se había preparado para la llegada no deseada de la policía.

¿Qué estaría pensando ahora? ¿Qué estaría planeando?

Y entonces Grieg giró a la derecha, desapareciendo por una carretera estrecha y sin iluminar. Vio los contornos voluminosos frente a ella, y se dio cuenta de que se dirigía hacia una hilera de almacenes. Vio la carretera estrecha, los almacenes alzándose, el brillo apagado de sus paredes.

No tenía sentido entrar en un almacén y esconderse. Sería como meterse en una trampa. Sería demasiado fácil para la policía traer refuerzos, sellar las entradas y buscar hasta que lo sacaran. Así que tal vez estaba intentando algo diferente. Tal vez esta era una táctica y planeaba dar la vuelta.

Caitlin había pasado gran parte de su tiempo en Atlanta investigando almacenes. Conocía la lógica y el diseño normal de un área industrial. Habría calles laterales, calles traseras, calles interconectadas. Si fuera él, tomaría una calle lateral, daría la vuelta y luego saldría en ángulo, escapando del área y dejando a la policía confundida y engañada.

Si fuera él, iría a la izquierda.

Podría valer la pena seguir ese presentimiento.

Corrió en esa dirección, girando por la calle estrecha y oscura. Los almacenes estaban ahora a su derecha, bloqueando su vista. Nathan lo estaba persiguiendo y ella había salido por su cuenta, esperando poder anticiparse a él.

No le había contado sus planes a Nathan, pero no había habido tiempo. Estaba demasiado lejos para ayudar, si él lo alcanzaba. Al menos de esta manera les daba una segunda oportunidad.

Caitlin corrió en la oscuridad, dirigiéndose hacia la entrada de la calle lateral que él habría tenido que usar si iba a escapar por ahí. Ella habría

hecho eso si hubiera sido él; había una carretera principal concurrida a solo cien metros, y más allá, las bulliciosas calles del centro de la ciudad. Muy fácil esconderse y desaparecer o subir a un taxi, en esa zona poblada.

Si fuera él, eso es lo que estaría planeando hacer.

Y entonces vio la carretera estrecha más adelante. Ahora a ver si tenía razón. Caitlin se echó hacia atrás, se pegó contra la pared y miró con cautela alrededor.

Allí estaba. Seguía corriendo, pero esta vez, hacia ella. En la tenue luz de la farola, podía ver el sudor brillando en su frente y oír sus jadeos regulares. Era un hombre en forma y fuerte. Sin duda tenía el poder y la fuerza necesarios para haber causado el daño que había visto en las víctimas durante la autopsia.

Caitlin sabía que en unos instantes estaría cara a cara con él y que usaría ese poder y esa fuerza contra ella. La idea no la asustaba. Conocía los riesgos de su trabajo. Estaba dispuesta a ponerse en peligro si eso significaba que podía atrapar a un asesino y salvar vidas.

La posible agresión de este hombre le daba mucho menos miedo que la traición de un compañero. Eso sí que no podía soportarlo. Eso sí que le aterrorizaba. Esto no.

Esperó todo lo que pudo, hasta el último momento posible, y entonces saltó de su escondite.

—¡Alto! —gritó.

Él se detuvo en seco, mirándola con ojos de pánico, mirando a los lados como si pudiera encontrar alguna vía de escape para evitar lo que estaba sucediendo.

Pero incluso mientras miraba alrededor, oyó los pasos de Nathan detrás de él, aún rápidos y fuertes.

Ella le vio dudar y luego tomar la decisión de que, entre los dos, Caitlin era más pequeña y delgada, y tendría más posibilidades de abrirse paso a través de ella y continuar su huida.

Su mandíbula se tensó. Ella le vio prepararse para el ataque. Y entonces, corrió hacia ella, con la cabeza baja, con la intención de usar su velocidad para pasar directamente por encima de ella.

—Hoy no —siseó Caitlin. No había tiempo de sacar su pistola, y en cualquier caso no iba a usar fuerza innecesaria, especialmente porque ahora tenía fama de comportamiento imprudente, que su antigua unidad había exagerado ante los mandos. Usar un arma ahora no sería sensato y podría

meterla en problemas. Además, en la oscuridad y a esta velocidad, una bala podría no dar en el blanco con precisión y podría no detenerle.

La intervención física era la mejor manera de manejar esto.

Iba a placarle y derribarle, y esperaba poder hacerlo de forma eficaz, aunque fuera más pequeña y ligera.

Para tener éxito, tendría que usar su velocidad y su fuerza. Y tendría que usar su experiencia para hacerlo bien.

Al menos podía ver venir el ataque y planear el momento en que haría contacto con él. Vio el pánico, la desesperación, la pura energía en su actitud.

Asegurándose de estar equilibrada, flexionó las rodillas y bajó su peso, y mantuvo los ojos en los pies de él, observando el momento en que necesitaría actuar. Tendría que estar totalmente comprometida en ese momento y no podía permitir que nada más que la intención de ganar cruzara por su mente.

Era ahora o nunca. Cuando oyó el aliento silbando fuera de sus pulmones, cuando estuvo lo bastante cerca como para ver sus ojos, Caitlin se lanzó hacia adelante.

CAPÍTULO CATORCE

Mientras Grieg se abalanzaba sobre ella, Caitlin se lanzó hacia adelante, resbalando en el asfalto. Se arrojó contra sus piernas, usando su propio impulso para obtener ventaja. Se lanzó hacia delante, apuntando a sus tobillos, con la intención de derribarlo y hacerlo caer al suelo.

Agarró sus piernas con toda la intención y ferocidad que poseía, sintiendo el raspón y el doloroso golpe al chocar contra el suelo. Pero con suerte, él también caería si se aferraba con suficiente fuerza.

Él cayó con un grito de sorpresa y entonces quedó de espaldas, agitando los brazos, y ella se apresuró a subirse encima de él, aprovechando la ventaja de la sorpresa que había conseguido, intentando inmovilizar sus extremidades.

Presionó con fuerza, usando todo su peso, usando toda su fuerza. Él forcejeaba, intentando quitársela de encima, pero no iba a ninguna parte. Ella era más fuerte de lo que parecía y tenía un buen agarre en sus brazos. Lo primero era tomar el control, someterlo, y luego podría esposarlo.

Caitlin empujó sus brazos sobre los hombros de él, clavando sus dedos en su carne, usando su peso lo mejor que podía mientras intentaba agarrar una de sus muñecas.

¡A medio camino del éxito! Había logrado ponerle una de las esposas. Pero la siguiente era un desafío mayor.

Él se agitaba, luchando con fuerza para evitar la otra. Su brazo la alcanzó en la mejilla con un golpe salvaje, doloroso y certero, y su cabeza se echó hacia un lado. Por un momento pensó que él iba a levantarse de nuevo y quitársela de encima, y desaparecer con su juego de esposas colgando de su muñeca izquierda.

Entonces, con un golpe de pies, llegó Nathan.

En un instante, su compañero —impresionantemente rápido para actuar, tuvo que admitir— había agarrado la otra muñeca de Jim Grieg. Las esposas se cerraron con un chasquido.

—¿Cómo llegaste aquí? —murmuró él.

Ella se encogió de hombros. —Actué por intuición —murmuró en respuesta.

Esperaba una crítica mordaz, pero para su sorpresa, él jadeó: —Buen trabajo.

Caitlin no pudo evitar sentir un breve destello de alivio y orgullo. Rápidamente, lo suprimió. Esto era temprano. Aún quedaba mucho por hacer.

Arrastraron a su ahora capturado sospechoso hasta ponerlo de pie. Todos respiraban con dificultad, especialmente los hombres. Al menos tomar su atajo le había permitido recuperar el aliento, se dio cuenta Caitlin.

—Te vamos a llevar dentro —dijo secamente, contenta de poder pronunciar las palabras con claridad y en un tono firme—. Intentaste huir cuando tratamos de hablar contigo. Ahora queremos saber por qué. Y mucho más.

—Llevémoslo a la estación —sugirió Nathan—. Me refiero a la estación de tren. Está más cerca.

Caitlin estaba a punto de decir que no, que deberían interrogarlo en una comisaría, cuando se dio cuenta de que había ventajas en tenerlo cerca del tren.

Para empezar, si parecía ser culpable y estaba ocultando algo en ese tren, podrían registrarlo rápidamente. Y quién sabe qué encontrarían.

Su esperanza personal, mientras caminaban por el largo tramo de asfalto de vuelta a la estación, era encontrar un alijo de broches de mariquita.

*

Diez minutos después, tenían a Grieg en una de las sillas de la oficina del encargado. Con ambos presentes y la entrevista siendo grabada, Caitlin estaba satisfecha de que esto cumplía con suficientes casillas del "protocolo correcto".

—¿Por qué corriste cuando nos viste? —preguntó.

La luz aquí era más tenue que en una sala de interrogatorios normal. En su brillo apagado, los ojos de Grieg parecían ensombrecidos y sus pómulos afilados. Miró de uno a otro, y ella vio una nueva capa de sudor en su frente.

Tenía la mirada de alguien que estaba tratando de pensar rápido. O que estaba a punto de mentir.

—Me asusté. No pensé. Por un momento me preocupé de que hubiera secuestradores en el tren, que fuera algún tipo de atraco.

—Nos identificamos como policías.

—¿Un criminal va a decir que es un criminal? —replicó.

—Claramente esto no era un atraco. Era una parada oficial. Se hizo con calma. Nadie más estaba remotamente preocupado. Solo tú. ¿Por qué? —le presionó Caitlin.

—Porque estaba asustado.

—¿De qué?

—De vosotros, por supuesto.

—Estabas asustado —repitió Caitlin en un tono plano—. ¿De nosotros?

—Porque sé cómo sois.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sé que la policía a veces se extralimita en sus poderes. Pensé que ibais a causarme problemas.

Caitlin puso los ojos en blanco y dejó que lo viera. Sabía y respetaba que algunas personas estuvieran nerviosas ante la policía, pero por la falta de miedo de Grieg ahora mismo y también por su posición en los ferrocarriles, no creía que fuera una excusa legítima para él.

—Eres conductor. Trabajas con la policía constantemente y ahora no pareces asustado. Así que si no puedes explicar por qué estabas lo suficientemente atemorizado como para huir, voy a asumir que es porque eres culpable de dos asesinatos, y te acusaremos por ellos. Por cierto, un jurado no verá con buenos ojos tu comportamiento.

—No —espetó Grieg—. ¡No soy un asesino!

—Entonces, ¿por qué huiste? Claramente había una razón. Así que suéltalo, porque a menos que sea peor que un doble asesinato, necesitamos esa razón —dijo Nathan. A Caitlin le impresionó a regañadientes lo intimidantes que sonaban sus palabras.

Podía ver que Grieg estaba flaqueando. Sabía que tendría que admitir sus razones. Ahora, con suerte, averiguarían cuáles eran.

Tomó aire profundamente.

—Mirad, yo... bueno, de vez en cuando, he sido consciente de mercancía de contrabando que otros miembros del personal han tenido en el tren y han transportado. He hecho la vista gorda porque me han amenazado. Hubo una detención la semana pasada. La policía ferroviaria de esta zona detuvo a los dos hombres que lo estaban haciendo, y desde entonces he estado muy preocupado de que intentaran echarme la culpa a mí. Así que sí, por eso huí.

—¿Y no denunciaste este delito? —presionó Caitlin. Esta excusa parecía endeble.

—Como he dicho, me amenazaron. ¿Qué habrías hecho tú? —preguntó —. Estos hombres dijeron que me pillarían cuando bajara del tren y que me darían una paliza. Dijeron que si iba a la policía, habría consecuencias. Estaba asustado. Lo admito, hice lo incorrecto —ahora sonaba traumatizado. Caitlin podía oírlo en su voz. Y tenía que admitir que la excusa que les había dado era plausible. Supuso que no era raro que el personal ferroviario fuera amenazado así si tropezaba con delitos.

Nathan claramente estaba de acuerdo.

—¿Quiénes eran los hombres? —preguntó.

—Costa Loxton y Miles Regan. Ambos trabajaban en el departamento de catering.

Nathan tecleó los nombres, y Caitlin sabía que estaba comprobando lo que les habían dicho. Aun así, se recordó a sí misma, él podría ser el asesino. Nada le impedía hacer la vista gorda mientras cometía asesinatos él mismo. No sabía si se creía su historia, aunque explicaba sus acciones.

Pero entonces sonó su teléfono.

—Caitlin Dare —respondió. Era un hombre con voz agobiada al otro lado de la línea.

—Señora Dare. ¿Está usted a cargo de la nueva unidad especial ferroviaria?

Con un vuelco en el estómago por lo que esta llamada podría significar, respondió:

—Sí, soy una de las dos personas involucradas. ¿Por qué? ¿Hay algún delito que necesite denunciar?

—¡Sí, lo hay! Soy del departamento de policía local. Acabamos de recibir el aviso de un crimen. Una joven ha sido estrangulada en el tren. Está en la penúltima parada antes de Flagstaff, Arizona. ¿Cuánto tardarán en llegar allí?

Con una sensación de malestar, se dio cuenta de que esta era la única información que exculparía a Grieg. Acababa de ocurrir un asesinato en un tren completamente diferente. No era la prueba que quería. Esto era un desastre de proporciones inmensas.

CAPÍTULO QUINCE

Jan Evans estiró las piernas, cansada de estar sentada. Estaba harta de estar en una silla. Estaba muy aburrida de estar en este tren, sintiéndose incómoda y también un poco inquieta porque había varios tipos sospechosos en su vagón, o al menos eso creía.

Había estado en la oficina todo el día, trabajando largas horas. Ahora, en lugar de estar en casa, estaba en el tren hacia Flagstaff, donde tomaría otro tren hacia Tucson, y luego se registraría en un hotel para estar lista para una exposición mañana donde dirigiría un puesto.

Era la tercera exposición en otros tantos meses, y odiaba las exposiciones. Ella era más bien una persona de trato individual. Podía encantar a cualquiera en una reunión cara a cara, y suponía que por eso la habían enviado aquí.

Estaba cansada, pero no tenía elección. Jan tenía veinticinco años y quería progresar en el duro mundo de las ventas de medios. Esto significaba echar largas horas, aunque fuera agotador.

Intentando forzar su actitud más hacia el espectro de la "gratitud", Jan se dijo a sí misma que tenía suerte de tener un trabajo en una de las principales empresas de medios que abarcaba prensa, internet y dos cadenas locales de televisión, aunque nunca pensó que el trabajo sería tan duro.

Se echó hacia atrás el pelo rubio, recogiéndolo de nuevo en la coleta, preguntándose si uno de los tres tipos sospechosos que había identificado sentados cerca de ella la estaba observando. No iba a establecer contacto visual con ellos. Innecesario. ¿Y si le hablaban? Ya había tenido suficiente trato con gente por hoy, y le esperaba mucho más de lo mismo mañana.

Jan miró por la ventana. Era una hermosa noche con luna llena mientras atravesaban Arizona. Las llanuras estaban negras, con alguna gasolinera o casa visible de vez en cuando. El tren avanzaba a toda velocidad, y sabía que llegarían a Tucson en unos cincuenta minutos más o menos, incluso con el cambio en Flagstaff.

No le apetecía nada el día siguiente. Iba a ser largo, con mucha gente. Habría muchos visitantes en su stand, y eso significaba que tendría que actuar con muchas nuevas inscripciones. Iba a tener que mostrarse en su mejor versión, impresionar a la gente con los beneficios de su empresa de

medios, y de alguna manera lograr seguir haciendo esto hora tras hora para captar negocio.

Al menos mañana ya no estaría cansada de estar sentada. Aunque se había traído sus botas más cómodas, estaba bastante segura de que al final del día de mañana haría cualquier cosa por quitarse el peso de los pies y ponerlos en alto.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre sentado frente a ella.

No había podido evitar entablar conversación con él. Era un tipo bajo pero de aspecto fornido, de unos cuarenta años, con cara amable y calvo. Se había subido al tren una parada después que ella, y desde entonces, apenas había dejado de hablar. Era una de esas personas que literalmente no conocían el significado del silencio. Habían hablado del tiempo y del paisaje y de las bondades de los diferentes aperitivos a la venta. Ahora, estaba dirigiendo el tema hacia su destino final.

—Voy a una exposición en Tucson —dijo ella, sonriendo brevemente. No era de las que empezaban a dar la espalda a la gente que estaba siendo amable, y sentía que él lo estaba siendo.

En cualquier caso, desde que la policía ferroviaria la había llamado aparte y le había dicho que tuviera mucho cuidado en este viaje, ya que había mujeres de su edad aproximada y aspecto que estaban siendo el objetivo de asesinos, agradecía la compañía.

Siempre estaba un poco recelosa de viajar sola. Se sentía segura, por supuesto, porque el tren estaba muy bien vigilado. No podía haber un asesino a bordo de este tren; sólo había algunos pasajeros sospechosos, pero aun así era reconfortante saber que si lo necesitaba, podía pedir ayuda.

Era simplemente cansado tener que mantener una conversación cuando lo que quería hacer era mirar su teléfono y desconectar un rato.

—¿Y usted? —preguntó.

—Oh, solo voy a casa en Flagstaff. Vivo allí y quiero acostarme temprano, ya que tengo reuniones mañana por la mañana. Trabajo en el campo farmacéutico. Soy gestor de producto.

—Qué interesante —dijo ella. Y entonces, sintiéndose de repente inquieta y harta de esta conversación, se levantó.

—¿Quiere algo del quiosco? —preguntó, decidiendo comprarse un refresco.

—No, gracias. Estoy bien.

Con las formalidades concluidas, se levantó y caminó por el tren, saliendo de su vagón y entrando en otro.

Era vagamente consciente de que había alguien detrás de ella, que también caminaba lentamente por el pasillo. Sin embargo, no le dio importancia. No hasta que pasó una puerta que decía "Solo personal" y, con brusca repentina, los pasos detrás de ella se aceleraron.

Los instintos de Jan de pronto la pusieron en alerta. Se dio la vuelta e intentó retroceder. Era demasiado tarde. Demasiado tarde para reaccionar, demasiado lenta incluso para pedir ayuda.

¡Era uno de los tipos que había visto antes! El número uno de los raros, el hombre que había notado mirándola en cuanto subió al tren.

No le había dado importancia, pero se había equivocado. Ahora, la agarró del brazo y la arrastró hacia la zona de solo personal. Forcejeando, se dio cuenta de que tenía los brazos inmovilizados. Era fuerte. Este hombre, al que apenas había vislumbrado, la agarraba con brutal intención mientras la empujaba al pequeño espacio. El terror se encendió en su interior. Esto no podía estar pasando. Solo estaba caminando inocentemente entre vagones. ¿Cómo podía haber ocurrido tan rápido, tan de repente?

Era un hombre grande y tremendamente fuerte. Sin esfuerzo alguno, la sujetó, presionándola contra la pared mientras cerraba la puerta de un golpe. Desde detrás, la arrastró más adentro del área de almacenamiento, y se dio cuenta con un sobresalto de horror que iba a matarla.

Iba a morir.

Presa del pánico, intentó gritar, pero tenía la boca cerrada a la fuerza, una mano grande y fuerte aplastándole los labios. Trató de zafarse, dando patadas hacia atrás, pero no había espacio en esta zona pequeña y aislada.

Intentó liberarse retorciéndose, pero sus manos eran fuertes y bloqueaba su escapatoria. Estaban en un espacio oscuro, con solo un resquicio de luz de luna entrando por la ventana. Estaba atrapada y a merced de este loco.

Su corazón latía desbocado, en una mezcla de terror y angustia. No quería ser atacada. No quería esto; quería vivir. Tenía que hacer algo para salvar su vida.

Había spray de pimienta en su bolso. Eso, lo recordaba.

—No te muevas —siseó él—. No digas ni una palabra.

Con violencia, sus manos se movieron hasta su cuello y apretaron.

—¡No! —intentó gritar, pero las palabras quedaron ahogadas y no salían. No podía pronunciarlas, no podía hablar en absoluto.

No quedaba aire en la pequeña habitación y la sangre le martilleaba en la cabeza.

Su mano se movió hacia el bolso en su cinturón y se cerró sobre el spray de pimienta. Hizo todo lo posible por levantarlo, pero sus dedos se sentían tan débiles, tan flácidos. El dolor estalló en su cabeza y su visión se nubló.

—Voy a disfrutar esto —dijo el hombre, y su voz era fría—. Voy a disfrutarlo mucho. Te lo mereces. Sabes que esto es una venganza, ¿verdad? Recuerdas lo que hiciste, ¿no? Espero que ahora te arrepientas.

¡Se había equivocado de persona! ¡Iba a morir porque él pensaba que era otra persona!

Intentó pensar qué más podía hacer, pero era como si sus pensamientos estuvieran sofocados. Podía oír un terrible ruido de ahogo y se dio cuenta, para su consternación, que era ella quien lo hacía.

Aprieta el botón, se urgió a sí misma. ¡Rocíalo! ¡Ahora!

Lo intentó con todas sus fuerzas y escuchó el siseo del bote, pero no tenía fuerza para levantarlo y solo pudo presionarlo por un momento.

Luego no hubo nada más, solo nubes oscuras, precipitándose desde los bordes de su visión para arremolinarse frente a ella y ahogar el mundo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Los kilómetros no podían pasar lo suficientemente rápido para Caitlin. Iba en el asiento del copiloto y Nathan había tomado el volante. Normalmente se habría sentido competitiva por esto, pero ahora mismo solo quería que este caso se resolviera y que el horror de estos asesinatos continuos se detuviera.

Era imposible que hubiera atacado de nuevo. ¿Cómo se mantenía tan por delante de ellos?

Habían hecho buen tiempo, conduciendo hasta bien entrada la noche. Eran casi las diez de la noche cuando Nathan frenó apresuradamente frente a la estación de tren. Había varios coches de policía aparcados fuera, pero Caitlin no vio la furgoneta del forense que esperaba. Quizás ya habían retirado el cuerpo.

Salió del coche y se apresuraron a entrar en la estación, viendo dónde se habían instalado los focos, de dónde venían las ráfagas de comunicación por radio. Parecía que el incidente había ocurrido en o cerca del penúltimo vagón. ¿Qué había pasado? ¿Era idéntico a las escenas anteriores?

Se apresuraron hacia la entrada, viendo que había dos trabajadores forenses dentro y dos policías en la puerta.

—Somos del grupo especial de ferrocarriles —dijo Caitlin—. ¿Quién tiene información sobre lo que ha pasado aquí?

—Ese sería yo —dijo el policía más cercano, acercándose a ella—. Encantado de conocerla, señora. Me alegro de que tengamos un grupo especial dedicado a esto, porque es horrible. La gente está muy preocupada ahora.

—Lo primero es lo primero. ¿Dónde están los pasajeros? ¿Sigue todo el mundo en el tren? —Si era así, el asesino estaría allí, en alguna parte.

Pero el policía negó con la cabeza.

—El tren estaba en una estación cuando la encontraron. El hombre que sospechamos que es el criminal huyó, en la oscuridad. En cuanto llegamos, enviamos un equipo a buscarle por la zona, pero no había rastro de él.

—¿Dónde está la víctima? —preguntó Caitlin, mirando hacia la zona más allá del vagón donde trabajaban los forenses.

—La han llevado urgentemente al hospital —dijo el agente.

Caitlin le miró fijamente, atónita, viendo el mismo asombro en los ojos de Nathan.

—¿Hospital? ¿Sigue viva?

—Sí. Estaba viva cuando la descubrieron, pero en estado crítico. Probablemente necesitará estar conectada a un soporte vital —dijo el policía.

—Pero... pero ¿cómo ha sobrevivido? ¿Alguien sabe qué ha pasado? —Caitlin se sentía aturdida por esta bomba. Si esta mujer sobrevivía, seguramente habría visto a su presunto asesino. Era una gran victoria para ellos. Algo debía haber salido mal. El poder que había visto que podían ejercer sus manos, el daño en las gargantas de las otras víctimas, había sido extenso. Si no había terminado el trabajo, seguramente era porque algo se lo había impedido.

—Sí. Puede hablar con el testigo que la encontró. Se llama Mike Garland y está en el vagón de al lado —el policía hizo un gesto.

Caitlin y Nathan se apresuraron hacia el vagón contiguo. Allí, un hombre bajo y de aspecto afable, de unos cuarenta años, caminaba de un lado a otro, con el teléfono en la mano, claramente excitado y aún con la adrenalina alta por lo que había ocurrido. Ella reconoció inmediatamente eso en su forma apresurada de hablar y en la tensión de su cuerpo. Notó, también, que tenía la voz ronca y nasal y los ojos enrojecidos.

—Sí, sí, lo sé, lo sé. Estoy de camino —dijo al teléfono—. Tengo que irme. Me voy a reunir con la policía, pero volveré a llamarte en cuanto pueda.

Volvió a enganchar el teléfono a su cinturón y se apresuró hacia ellos.

—Ustedes deben de ser los investigadores —dijo.

—Lo somos —dijo Caitlin, mientras se estrechaban las manos—. Me alegro mucho de que la haya encontrado.

—Estoy aliviado de que siga viva —dijo Garland.

—¿Qué pasó? ¿Cómo la encontró?

—Bueno, estaba charlando con ella antes, cuando estábamos en el tren. Estábamos en asientos opuestos y siempre disfruto de una conversación amistosa. Ella se levantó para ir a por una bebida, creo, y unos segundos después, me di cuenta de que un hombre iba en la misma dirección.

Hizo una pausa, entrecerrando los ojos pensativo.

—Diría que me di cuenta inmediatamente de que había algo intencionado en la forma en que la seguía. Era como si... caminara rápido.

Casi como si quisiera alcanzarla.

—¿Cuánto tiempo después de que la mujer se levantara para salir del vagón? —preguntó Caitlin.

—¿Quizás veinte segundos? No estoy seguro. Fue rápido.

—¿Qué aspecto tenía?

—Ojalá lo hubiera visto mejor. Diría que era de mediana edad, no un hombre joven. Alto, de aspecto fuerte, con una chaqueta negra y vaqueros azules. Desgraciadamente, solo vi su espalda. En fin, empecé a pensar que había algo raro en esto, así que decidí comprobarlo.

—Así que le siguió...

—Sí, fui por el mismo camino. De repente, le escuché toser y salió disparado del cuarto de servicio hacia la puerta de salida. Iba con tanta prisa que casi me tira al suelo. Pasó a mi lado como una exhalación y me pregunté qué habría ocurrido. Miré dentro del cuarto de servicio y allí estaba ella, esa joven tan agradable. Creo que había conseguido activar su spray de pimienta porque había un olor en la habitación que casi me ahoga. No pude ver nada durante unos segundos.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Nathan.

—Sabía que estaba gravemente herida. En cuanto pude ver de nuevo, la saqué de esa habitación al aire fresco y luego llamé al 911 antes de hacer cualquier otra cosa. Grité pidiendo ayuda y uno de los empleados del tren me oyó y también llamó a la policía ferroviaria. Ella tosía mucho, y yo también, y parecía que tenía la garganta dañada. Pero estaba viva, me miró e intentó decir algo. Estaba tratando de decir algo, y estoy seguro de que era para que la ayudara, así que lo hice. Hice lo que pude para sostenerle la cabeza y le tomé el pulso. Estaba preparado para hacerle la reanimación cardiopulmonar si era necesario, pero dudaba en hacerlo porque yo no paraba de toser después de inhalar ese spray de pimienta, así que la puse en posición de recuperación al aire libre y controlé su pulso y su respiración. Solo quería ayudarla. Eso es lo que hace la gente, ¿no? Simplemente pensé, alguien está herido, estamos en una emergencia, esto es lo que puedo hacer y eso es lo que hice. Y entonces llegó la ambulancia y los paramédicos se la llevaron —concluyó.

—Ha hecho un trabajo excelente —le elogió Caitlin. Puede que ahora estuviera parloteando, con la adrenalina por las nubes, pero estaba segura de que este hombre había salvado la vida de la mujer.

Ahora sabían mucho más sobre este asesino. Sabían que esperaba en el vagón del tren y que seguía a las víctimas cuando se levantaban; al menos, lo había hecho esta vez.

Luego había intentado dominar y estrangular a esta mujer inmediatamente, pero ella se había defendido. No la había matado. Y puede que ella lo hubiera visto. Puede que recordara los detalles que podrían identificarlo.

Pero Caitlin sabía que la mujer estaría recibiendo tratamiento médico de urgencia y aún no podría contárselo. Por ahora, sabían qué ropa llevaba y que había huido de la estación. Se dio la vuelta, volviendo hacia el agente de policía que había gestionado la escena.

—¿Alguien más pudo ver bien a este asesino? —preguntó.

Él negó con la cabeza. —Señora, hemos interrogado a todas las personas del vagón. Estaba sentado justo al fondo y parecía llevar gafas oscuras y una chaqueta con capucha, el típico pasajero que quiere dormir y que le dejen en paz. Una o dos personas recuerdan haberle echado un vistazo, pero nadie puede darnos más detalles que el testigo que encontró a Jan.

Caitlin asintió. No creía que esto fuera una coincidencia. Estaba segura de que el asesino era un experto en elegir lugares apartados para sentarse y evitar ser notado. Así que la descripción básica era todo lo que tenían.

—¿Han emitido una orden de búsqueda y captura para este hombre? —preguntó. Este parecía un policía competente. Esperaba que hubiera dado este paso esencial.

—Sí, hemos difundido una descripción de su ropa y complexión, y hemos alertado a toda la policía de la zona.

Caitlin miró a Nathan.

—Consigamos una lista completa de los pasajeros de este tren, los que aún estaban en él o los que podrían haber estado en el momento en que ocurrió esto —dijo.

—Probablemente tardará una hora o dos en organizarse, pero me pondré a ello —dijo él.

—Mientras tanto, creo que necesitamos volver a buscar —dijo ella—. Podría haber estado escondido en algún sitio, agazapado, y planeando huir una vez que terminara la búsqueda.

Cogió la linterna de su cinturón y saltó del tren, iluminando la estación. El lugar seguía acordonado, con luces azules y rojas parpadeando, algunos

policías presentes y unos cuantos curiosos observando.

Con suerte, la lista de pasajeros les daría más información, pero por ahora, una búsqueda física aún podría dar resultados.

En algún lugar, se estaba escondiendo. Y si era tan astuto y cuidadoso como parecía ser, bien podría ser que hubiera planeado evitar a todos los curiosos y el riesgo de ser visto, escondiéndose aquí hasta que fuera seguro moverse.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Con todo este alboroto y la policía por aquí, ¿realmente habría intentado huir? ¿O se habría escondido en algún sitio? —preguntó Caitlin en voz baja mientras Nathan la alcanzaba, mirándola con curiosidad como preguntándose por qué se dirigía hacia la oscuridad.

Ella recorría la estación, iluminando con su linterna en todas direcciones, manteniendo en mente la descripción de su complexión y su ropa.

—Además, le rociaron con gas pimienta —añadió Nathan pensativo—. Eso no le habría facilitado la huida. Si recibió algo de ese spray, si le entró en los pulmones, podría estar escondido esperando recuperarse.

Era un excelente punto. Después de todo, el testigo que había descubierto a Jan Evans había dicho que su atacante estaba tosiendo. Podría haber recibido suficiente gas pimienta en los pulmones como para no poder correr. Esa cosa era horrible. Ser rociado con gas pimienta era una de las pruebas que los agentes del FBI tenían que superar antes de cualificar. Caitlin sintió que se le humedecían los ojos por empatía al recordar esos momentos agonizantes y punzantes que parecían una eternidad.

¿Qué podría estar haciendo el asesino ahora? ¿Cómo podrían encontrarlo?

—Podría estar armado —le recordó Nathan.

Eso también era cierto. Caitlin puso su otra mano en la empuñadura de su arma. No quería llevarse una sorpresa de ese tipo. La estrangulación era un método silencioso de matar, porque obviamente no quería llamar la atención sobre lo que estaba haciendo en un tren, pero eso no significaba que no pudiera llevar un arma.

Adoptaron un enfoque plataforma por plataforma, iluminando con las linternas todas las superficies, comprobando cada habitación abierta, mirando en todos los baños, todos los almacenes, probando cada puerta que encontraban y asegurándose de que ninguna estuviera cerrada desde dentro.

Caitlin miró bajo los montones de lonas, detrás de una pila de vigas apiladas, e incluso se subió a la barandilla para comprobar el techo de un cuarto de servicios. Pero no había ni rastro de él.

Luego, ampliaron su búsqueda, saliendo de la estación y comprobando la carretera.

—Podría estar escapando a pie, y me pregunto si alguien habrá visto a un hombre tosiendo —dijo Caitlin, caminando por la carretera. Nathan la seguía el paso. Pero en la oscuridad, la carretera parecía tranquila, y las casas estaban bastante apartadas. Desafortunadamente, si hubiera estado tosiendo, habría podido toser y carraspear durante todo el camino por este pequeño pueblo sin que nadie lo oyera, reconoció.

—Podría haber huido al desierto y estar escondido allí —dijo Nathan.

Ella sabía que esa era una posibilidad muy real. Los caminos laterales conducían a una zona boscosa y escabrosa donde sería fácil para él esconderse. No podían adentrarse en la naturaleza, era simplemente demasiado vasta. Si se estaba escondiendo por aquí, entonces no había nada que pudieran hacer. Tal vez conocía esta estación y había pensado en cómo escapar, o quizás tenía planeado bajarse en esta parada desde el principio. En el peor de los casos, habría tenido un vehículo aparcado cerca y simplemente se habría subido a él. Pero si le habían interrumpido, eso era poco probable, pensó. No había terminado su asesinato y no había montado su escena habitual.

No, reconsiderando su teoría, supuso que había tenido la intención de permanecer en el tren mucho más tiempo.

Pero esta noche no iban a encontrarlo aquí fuera. Eso estaba claro. A regañadientes, Caitlin decidió que tendrían que suspender su búsqueda improvisada.

—Al menos se ha emitido la orden de búsqueda y captura —dijo Nathan—. Si va a pie, esperemos que alguna patrulla lo vea en algún momento. Tendremos cubiertos los aeropuertos y las estaciones de autobuses. No puede haber ido muy lejos.

Ojalá pudiera estar tan segura como él. Después de todo, el hombre ya se les había escurrido entre los dedos dos veces. Podría haber ido más lejos de lo que pensaban. Pero, por ahora, tenía que estar de acuerdo con él.

Volvieron a cruzar la carretera y entraron en la estación. Ahora era el momento de explorar la otra dirección que ella esperaba que diera resultados.

Se le revolvió el estómago al recordar la precaria situación en la que se encontraba la víctima. Viva, pero por poco.

Podría no seguir con vida, pero Caitlin tenía puestas sus esperanzas en ello.

—Vamos al hospital —dijo.

*

El viaje al hospital general de Flagstaff pareció eterno. Los nervios ardían dentro de Caitlin. No tenían ni idea de si el estado de esta víctima habría mejorado o empeorado. Parecía estar muy malherida.

Aun así, albergaba la esperanza de obtener un solo dato vital: la identidad del atacante de la víctima.

Rezaba para que Jan siguiera viva y pudiera decirles lo que necesitaban saber.

Por el camino, echando un vistazo a su teléfono, vio que tenía un mensaje de Mike.

—Me voy a la cama, cariño. ¡Te echo de menos!

Al verlo diez minutos después de que lo enviara, respondió rápidamente: —¡Yo también te echo de menos! ¡Deseando volver a casa cuando este caso termine!

Pero, ¿durante cuánto tiempo más sería Atlanta su hogar?, se preguntó, sabiendo que el grupo de trabajo ferroviario, si tenía éxito, requeriría que se mudara. ¿Qué significaría eso para esta relación en la que estaba intentando trabajar tanto?

No había tiempo para preocuparse por eso, porque ya habían llegado. Nathan aparcó el coche y corrieron al hospital.

Los pies de Caitlin se apresuraron sobre las baldosas. Respiró el olor del hospital, notando que el pequeño hospital local parecía estar a punto de reventar. Vio a dos pacientes esperando en urgencias y a un tercero siendo llevado en camilla. Dos médicos cruzaban el vestíbulo a medio correr, y la recepcionista parecía estar recibiendo un aluvión interminable de llamadas.

Mientras esperaba a que terminara con las llamadas, Caitlin confiaba en recibir buenas noticias, que Jan estuviera consciente y que pudieran obtener información sobre lo sucedido.

Pero parecía que esta vez no iban a tener suerte.

—¿Hay alguna novedad sobre la víctima del intento de asesinato en el tren, Jan Evans? —preguntó Caitlin a la recepcionista—. Somos del grupo especial que investiga estos crímenes.

—Me temo que no puedo dar ninguna información. Es la política de privacidad del hospital. Se supone que debemos mantener la

confidencialidad del paciente en todo momento —la mujer apretó los labios con firmeza.

—Es una investigación de asesinato —suplicó Caitlin.

—La información podría salvar vidas —añadió Nathan—. ¿No hay forma de que al menos podamos hablar con un médico?

Con gesto dubitativo, volvió a coger el teléfono y llamó a la planta. Un momento después, negando con la cabeza en señal de desaprobación, le pasó el teléfono a Caitlin.

—Soy el doctor Lowry —dijo una voz masculina—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy la agente Dare, investigo el caso. Me preguntaba si hay alguna novedad sobre el estado de Jan —dijo Caitlin, temiendo ahora lo peor.

—Está viva, pero aún en estado muy grave —dijo él.

Viva, al menos. Caitlin nunca se había sentido tan aliviada al oír esa palabra. Viva significaba que había esperanza.

—¿Ha dicho algo sobre su atacante?

—Ha estado entrando y saliendo de la consciencia, pero no ha podido hablar ni decirnos quién fue su atacante.

—¿Sería posible hablar con ella, aunque sea brevemente? Lo que sabe podría ser crucial para el caso —dijo Caitlin.

—Lo siento mucho. Está anestesiada. El cirujano tuvo que operarla debido a la gravedad de las lesiones en la garganta.

—¿Sabe cuándo volverá a estar despierta?

El médico hizo una pausa.

—Saldrá del quirófano en una hora más o menos, y quizás despierte en unas horas más. Pero no hay garantía de que esté lo suficientemente bien para hablar cuando lo haga —advirtió.

—Por favor, si habla con ella, pregúntele si recuerda algo, lo que sea. Si puede darnos algunas pistas sobre la identidad de su atacante, podremos avanzar mucho más en este caso. Hasta entonces, todos los demás están en peligro.

—Lo haré —prometió. Caitlin le dio al médico su número de móvil personal. Luego miró a Nathan.

No había ningún otro sitio al que pudieran ir esta noche. Esta era su testigo clave y era imperativo obtener más información sobre el aspecto de este asesino. Podría haber algún rasgo identificativo que Jan hubiera notado, y esa información podría resolver el caso.

La rapidez era imprescindible. Si pudieran hablar con ella mientras el crimen aún estaba fresco en su mente, podrían obtener las respuestas que necesitaban.

—Creo que esperaremos aquí —murmuró a Nathan, sin querer perder ni un minuto estando en otro lugar cuando esta testigo crucial estuviera lista para hablar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Tosía y se ahogaba. El mundo apenas era visible a través de una neblina de lágrimas. Y estaba furioso. ¿Cómo podía haber ocurrido algo así? ¿Cómo se atrevía ese espectador, ese entrometido, a interferir con él en un momento tan crítico?

La había encontrado y la estaba estrangulando. Había planeado dejarla allí, atada y amordazada, ahogándose y muriendo, y esconderse durante un tiempo. Quería que sufriera, que reflexionara sobre lo insensible que había sido, sobre la devastación que había causado con su egoísmo.

Cuando llegara el momento adecuado y el vagón estuviera más vacío, entonces se aseguraría de que estuviera muerta y la trasladaría a su lugar de descanso final en el tren, para que el mundo —o al menos algunos de los transeúntes— la vieran.

Ahora, toda esta cuidadosa planificación se había destruido.

Incluso tenía el broche de mariquita listo para usar, y en el alboroto se había caído al suelo. Era un buen broche, con significado. Ahora, se había desperdiciado. Solo le quedaban unos pocos y quería asegurarse de que cada uno terminara en el lugar correcto, donde sería visto y notado. Este broche había caído al suelo como basura.

Pero no había tiempo para compadecerse, lo sabía, mientras se apresuraba a alejarse, tosiendo incontrolablemente. Los policías eran como ratas, acudirían en masa cuando sintieran que había algo de lo que alimentarse. Necesitaba escapar antes de que llegaran esas ratas.

No conocía esta estación ni el entorno, pero sabía cómo improvisar. Era un pueblo pequeño, por lo que podía ver a través de las dolorosas y punzantes lágrimas. La policía podría patrullarlo eficazmente. Un coche sería la mejor forma de escapar, pero llamar a un taxi dejaría un rastro, un registro.

Sintió una oleada de ira y sacudió la cabeza, tratando de sacarse las lágrimas de los ojos.

En un pueblo pequeño, los extraños eran fácilmente reconocidos, así que no podía quedarse mucho tiempo. Cuanto más tarde se hiciera, mayores serían las posibilidades de que lo vieran.

Y no iba a permitir que eso sucediera.

Tenía que escapar de alguna manera, y tenía que hacerlo rápidamente.

Al menos sus ojos ahora se estaban aclarando lo suficiente como para ver. Solo había recibido un rastro de ese gas pimienta en ellos. Una dosis completa habría sido un desastre. Ahora, mientras recuperaba la visión, vio a un grupo de jóvenes dirigiéndose hacia la salida.

Mezclándose con el grupo, con la cabeza gacha, salió rápidamente de la estación. Caminó al mismo ritmo que ellos, y de la misma manera, ligeramente encorvado, casual, moviendo los hombros de forma despreocupada. Salió sin ser notado. Había sido lo suficientemente rápido. Ese había sido su primer objetivo: huir mientras hubiera tiempo.

Caminó por la carretera, dirigiéndose hacia la calle principal. Había algunas tiendas aún abiertas, una de las cuales era un supermercado. Se dirigió hacia allí y, una vez dentro, fue al baño. Encontró un cubículo y se agachó, y luego abrió el grifo.

Se salpicó la cara con agua y examinó cuidadosamente el daño en sus ojos. Todavía sentía como si estuvieran en llamas, pero se sintió aliviado al ver que no se veían tan mal como se sentían. Se los enjuagó con agua, lavándolos con cuidado.

¿Lo habría visto aquel hombre? Estaba seguro de que el buen samaritano, el idiota entrometido, había notado su apariencia. Así que, al salir del baño, fue a la pequeña sección de ropa del mercado y compró una camisa de manga larga de color beige claro. Eso desviaría la atención de la prenda negra que la gente podría estar buscando, sin ser demasiado obvio. Se puso la camisa. Ahora sentía que podía respirar con más facilidad.

Ahora sentía que tenía algo de protección. Ya se ocuparía de su pelo más tarde. Como no iba a dejar de matar, no podía permitirse parecer el hombre que ese idiota había visto y del que le hablaría a la policía.

Salió de la tienda, sintiendo el fresco aire nocturno en su piel. Necesitaba salir de este pueblo ahora y tomar una ruta indirecta de vuelta a casa. Observando la zona, tenía un plan.

Había un joven al lado de la carretera, ocupado llamando a un taxi. Parecía un estudiante, lo que probablemente significaba que había estado bebiendo y ahora se dirigía fuera del pueblo y a casa, dondequiera que fuese. Así que, rápidamente, el hombre creó un escenario.

Se apresuró hacia allí cuando llegó el taxi y puso su mano en la puerta opuesta.

El estudiante, un hombre de aspecto deportivo de unos veintiún años, pareció primero alarmado y luego molesto.

—Oye, tío, este es mi taxi —dijo.

—Oh, no. Lo siento mucho —dijo él—. Tenía tanta prisa por llegar a casa de mi hermana. Llego tarde a cenar allí, y cuando vi llegar este taxi, ¡fue como una respuesta!

Viendo que el hombre ahora estaba menos enfadado, continuó:

—¿Adónde te diriges?

—Voy a Tucson.

El hombre se aseguró de parecer sorprendido.

—Voy casi hasta allí. ¿Te importaría compartir el coste? Te pagaré y me bajaré justo antes del pueblo.

—Vale —dijo el estudiante. El hombre vio cómo su mente calculaba y supo que estaba pensando en el dinero que ahorraría—. Vale, supongo que está bien.

El hombre se subió al taxi, manteniéndose en silencio, esforzándose por no estornudar. No debía hacer nada que llamara la atención ahora. Era un buen actor, y el estudiante se había convencido por su apariencia honesta y su voz suave.

Cuando el taxi arrancó, sintió un alivio. Había logrado salir del pueblo sin ser visto. Cada kilómetro que pasaba minimizaba su riesgo. Observó cómo el pueblo iba quedando atrás, hasta que llegaron a sus límites, y luego se quedó mirando el paisaje oscuro y desolado, con alguna luz ocasional que indicaba uno de los asentamientos dispersos entre los desiertos, las montañas y los bosques de pinos. Lo observó hasta que las luces de Tucson aparecieron a la vista.

Pero no miraba distraídamente. Su mente iba a toda velocidad. Repasaba cada momento de aquel trabajo chapucero, una y otra vez, en su cabeza.

La rabia era inevitable, por supuesto, porque la había tenido. Prácticamente la había tenido sometida, había saboreado el triunfo, había sentido la satisfacción de que por fin iba a acabar con ella. Y aquel cabrón lo había arruinado. Había sido pillado por un entrometido bienintencionado que había decidido hacerse el héroe.

Pero ahora también estaba pensando. Si había algo que siempre era capaz de hacer, era evaluar una situación con la mente abierta.

Estaba pensando en cómo podría hacerlo mejor. Pensaba en todos los errores que había cometido y cómo podría evitarlos la próxima vez, porque seguro que habría una próxima vez. Tenía que haberla. Estaba aún más decidido a continuar después de este pequeño contratiempo.

La ira no tenía cabida en sus planes. Interfería con el pensamiento y la planificación.

La próxima vez, pensó, necesitaba intentar caminar con su objetivo. Seguirla tan de cerca era lo que había llamado la atención. Se había levantado demasiado repentinamente y el otro hombre lo había notado. Así que una mejor preparación era clave, y no debía tener miedo de intentar acercarse a su objetivo, de conversar con ella. Entonces quizás incluso podría sugerir que fueran al bar o al vagón restaurante. Eso significaría que sería en el momento que él eligiera, lo que reduciría el riesgo.

Así que para hacer eso, necesitaría una buena historia, una que la hiciera sentir simpatía por él. Si ella sentía simpatía y lástima por él, estaría más dispuesta a cooperar. Entonces sería fácil.

Tendría que encontrar el momento y el lugar adecuados. Pero entonces, estaría preparado. Ya tenía el germen de una idea en mente que pensaba que funcionaría perfectamente.

Por supuesto, para entonces, tendría un aspecto diferente. Su complexión y su edad no se podían cambiar, pero todo lo demás sí. Necesitaba una apariencia completamente nueva, y sería divertido crearla.

La próxima vez, la atraparía y no fallaría. Ella sufriría durante horas, y luego la mataría.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Hay algún sitio donde podamos sentarnos mientras esperamos para ver a la paciente? —preguntó Caitlin a la recepcionista—. Necesitamos hablar con esta testigo. El médico dijo que podría despertar en unas horas.

Por fin, parecía que la recepcionista se estaba volviendo un poco más comprensiva con sus necesidades.

—Hay una sala de espera al final del pasillo —dijo—. Nadie la está usando en este momento.

—Gracias —dijo Caitlin. Ella y Nathan caminaron por el pasillo y encontraron la sala de espera. Se acomodaron, Caitlin sentándose en una de las duras sillas de plástico y Nathan paseando de un lado a otro de la habitación.

La sala de espera era pequeña y básica, pero tenía una máquina de café y había una máquina expendedora fuera.

—¿Comida? ¿Un bocadillo? —preguntó Nathan.

—Gracias —dijo Caitlin. Le sorprendió que se lo ofreciera. Las cosas habían estado tan tensas durante el día que no pensó que haría algo así. No tenía hambre. Su estómago estaba anudado por la tensión, pero sabía que necesitaba comer.

Mientras Nathan iba a por la comida, Caitlin abrió su portátil y empezó a revisar los últimos informes de la policía. Eran decepcionantemente escasos. Parecía que nadie había visto ningún rastro del sospechoso.

—Nada sobre la orden de búsqueda y captura —dijo cuando Nathan volvió—. No puede haber ido hacia la ciudad.

—No sé qué tiene planeado, pero si ha conseguido salir de la ciudad, está pensando unos pasos por delante —dijo Nathan, entregándole un bocadillo y un café—. Está a pie y desarmado. Creo que está atrapado aquí.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que ha conseguido escapar. Gracias por la comida.

Abrió el bocadillo y le dio un mordisco, y se bebió la mitad del café de un trago. Y entonces, el ordenador de Nathan emitió un pitido.

—Tenemos la lista de los pasajeros de ese tren —dijo.

Rápidamente, se la reenvió para que pudiera leerla en su propio portátil, y Caitlin la miró con avidez. Esta era una pista importante. En algún lugar

de esta lista estaba el asesino.

Por supuesto, podría estar usando un nombre falso. Y había mucha gente en el tren. Pero podía empezar a reducirla identificando a todas las personas que eran claramente hombres, y luego, uno por uno, usando los detalles que le habían dado para investigarlos más a fondo.

Como había cerca de doscientos nombres, iba a ser un trabajo largo. Pero, por otro lado, Caitlin razonó que no estaba haciendo nada más con su tiempo.

—Voy a empezar a reducir la lista y obtener detalles de cada persona —dijo.

—Buena idea. ¿Yo trabajo desde el final de la lista y tú desde el principio? —preguntó Nathan.

—Hagámoslo así —estuvo de acuerdo. Se repartieron la tarea y se pusieron manos a la obra.

Los dedos de Caitlin volaban sobre el teclado, mirando los nombres de los pasajeros que eran claramente hombres, y luego entrando en los detalles de cada uno para ver cuándo habían subido, cuándo habían bajado y cualquier otra información disponible sobre ellos.

Era un trabajo largo y minucioso. Pero por ahora, era todo lo que podía hacer. Tenía que esperar que su corazonada fuera correcta, que estuvieran en el buen camino y que pudieran resolver el caso antes de que alguien más fuera asesinado.

Pero estaba cansada, y mientras trabajaba, sintió que sus párpados empezaban a volverse pesados. Un enorme bostezo le partió la cara.

—Me pregunto si tendrán almohadas, una cama libre o algo —dijo Nathan con voz somnolienta.

Caitlin no tenía muchas esperanzas cuando Nathan se levantó y salió a buscar. Había visto lo ocupado que estaba el hospital.

Era más de la una de la madrugada. Por incómodo que fuera, podía aguantar aquí unas horas. Juntó dos de las sillas para formar una cama improvisada y estrecha, y se tumbó en ellas.

Se dio cuenta de que Nathan volvía con un suspiro resignado y hacía lo mismo, claramente sin haber conseguido nada en su misión. Y entonces, el sueño la envolvió y la sala de espera desapareció.

En su lugar, Caitlin se encontró en un tren.

Tenía dieciocho años otra vez, nerviosa pero emocionada por el viaje en tren que estaba haciendo. Entró en el vagón, se acomodó y el tren se puso

en marcha.

Era un viaje largo y había comprado un libro para leer, así que se recostó y se sumergió en él, pasando las páginas, arrullada por el traqueteo de las ruedas y el paso del paisaje exterior.

Y entonces, un hombre se sentó frente a ella. Levantó la vista y sintió un escalofrío.

Lo conocía. Era su tío. El tío Josh, con su sonrisa espeluznante y esos ojos que se escurrían de los suyos como si su mirada estuviera aceitada. El tío Josh, con una historia de violencia que acechaba oscuramente en su pasado y de la que nadie hablaba.

Estaba aquí, en el tren, con su uniforme de revisor.

—Vaya, hola —dijo con voz baja y de algún modo amenazante.

Caitlin intentó levantarse, alejarse de su mirada fría e intrusiva, pero no podía moverse. Era como si estuviera congelada en el sitio.

—Te he estado siguiendo, pequeña Caitlin —dijo el tío Josh—. He estado esperando a que vinieras a la estación. He estado esperando durante años.

—No quiero hablar contigo —dijo Caitlin—. Lárgate. No me siento segura a tu lado.

—Nunca quisiste hablar conmigo. Pero me quedaré contigo ahora y me aseguraré de que estés a salvo. Siempre me preocupo un poco cuando las mujeres jóvenes tienen que viajar solas en trayectos largos de tren.

—Quiero bajarme de este tren —dijo Caitlin, sintiendo una oleada fría de miedo.

—No, no quieres —insistió el tío Josh—. No puedes bajarte de este tren. Vas a quedarte en este tren por mí, por nosotros. Pero será el último viaje que harás. Eso, debería decírtelo ahora.

Caitlin intentó gritar, pero no salió nada.

Ni siquiera estaba respirando. Su cuerpo estaba paralizado, y lo único que podía hacer era observar cómo el tío Josh sacaba un cuchillo de su bolsillo.

Y entonces, pudo moverse. Se puso de pie y huyó por el tren, gritando. La gente estaba mirando ahora. La estaban observando. Pero nadie la ayudaba. Todos eran desconocidos. No había nadie que conociera.

No había escapatoria, y el tío Josh estaba detrás de ella, persiguiéndola con su cuchillo.

Tenía que escapar. Tenía que bajarse de este tren. De alguna manera, logró forzar la puerta del vagón y salir volando hacia la puerta de conexión que la llevaría a otro vagón.

Corrió por el vagón, por el siguiente, pero no había salida. No había puertas de emergencia. Atrapada en el tren, no tenía adónde ir. Unos pasos resonaban detrás de ella, y se acercaban cada vez más.

—¡Ayudadme! —gritó a los pasajeros, pero se dieron la vuelta, sin querer escuchar. Claramente, pensaban que solo era una chica histérica, armando escándalo.

Los pasos eran más fuertes y más claros ahora. El tío Josh se estaba acercando. Podía oír su voz, aguda y amenazante.

—Aquí estamos, Caitlin. Solos para una pequeña charla. Creo que deberíamos conocernos un poco mejor, ¿no crees? —El cuchillo brilló con la luz de la ventana mientras lo sacaba de su bolsillo.

Caitlin intentó gritar de nuevo, pero tenía la garganta congelada. Intentó moverse, pero sus extremidades se sentían pesadas y estaba atrapada. Solo había un curso de acción que podía tomar, y era atacarlo. Necesitaba defenderse. Su mano se lanzó para golpearlo, para intentar detenerlo.

Y se estrelló contra el respaldo duro de una silla de plástico. El dolor, el impacto, la sacó directamente de la pesadilla. Estaba en la luz dura e implacable de la sala de espera. Desorientada, respirando con dificultad, se incorporó, levantándose del asiento.

Su corazón latía con fuerza. Ese sueño había parecido tan real. Se había sentido tan indefensa, tan aterrorizada. Todavía se sentía desorientada por ello.

¿Habría estado su subconsciente intentando decirle algo sobre su tío? Caitlin estaba segura de ello. En este caso, cada vez más, su pasado la perseguía.

Oyó pasos detrás de ella y se medio levantó, girándose hacia la puerta.

—¿Caitlin? ¿Estás bien? —preguntó Nathan, entrando rápidamente—. Me he despertado hace cinco minutos. Te he oído gritar desde el pasillo.

No podía contarle lo que había pasado y por qué. De ninguna manera quería enredarlo en su pasado.

—Solo un sueño —dijo—. Estoy bien.

Su cara estaba cansada y su camisa arrugada, pero parecía entusiasmado.

—Acabo de subir a la planta donde está ingresada Jan. Dicen que está despierta. Y podemos hablar con ella, pero solo por un minuto.

A Caitlin le pareció bien. Un minuto podría ser todo lo que necesitaran.

Olvidando su sueño, cogió su bolsa del portátil, se apretó la coleta y se alisó la parte superior.

—Esperemos que ese minuto nos lleve a alguna parte —dijo, saliendo de la sala de espera detrás de él.

CAPÍTULO VEINTE

No resultó tan sencillo después de todo. Cuando llegaron a la entrada de la planta, Caitlin vio que había ocurrido una crisis. Los médicos entraban apresuradamente y se oía el pitido rápido y fuerte de una máquina desde el interior.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

—Lo siento —dijo una enfermera, plantada firmemente frente a la puerta—. Tendréis que esperar al menos unos minutos. Quizás más.

—¿Qué está pasando? —susurró Nathan.

Caitlin contuvo el "¿Cómo voy a saberlo?" que casi suelta en la tensa situación. Perder los estribos no le ayudaría ahora. Necesitaba ser una persona diferente. Necesitaba cooperar con su compañero, que en ese momento era la mejor persona. Se sintió brevemente avergonzada por haberse dejado llevar por el estrés.

En su lugar, con un tono razonable, dijo:

—Supongo que ha tenido un problema de salud y necesitan volver a examinarla, o quizás medicarla.

—Espero que no sea grave —Nathan sonaba preocupado.

—Lo sé. Es muy importante que se recupere. No se merece esto. Y necesitamos encontrarle —dijo Caitlin en voz baja.

Fue como si, por un extraño momento, se sintieran como verdaderos compañeros colaborando, en lugar de rivales con agendas diferentes, que habían empezado con mal pie y las cosas habían ido a peor desde entonces.

Entonces el médico se apresuró hacia la puerta.

—Podéis pasar, pero solo por un rato. Tiene dolor y está causando una mala reacción. Hemos tenido que medicarla intensamente y es probable que tenga un efecto sedante.

Eso significaba una pequeña ventana de tiempo. Podría significar que no hubiera ventana en absoluto. Caitlin sabía que para cuando los médicos accedieran a dejar entrar a la policía, el analgésico probablemente ya habría hecho efecto.

Aunque Jan no pudiera responder preguntas, Caitlin no iba a desaprovechar esta oportunidad de intentarlo.

Se apresuró a entrar, sintiéndose ansiosa y preocupada por el bienestar de la mujer, pero igualmente angustiada por el caso, mientras el médico les guiaba.

Jan Evans estaba tumbada en la cama de una habitación privada, rodeada de equipos y maquinaria. Parecía frágil, pálida, y claramente sufría dolor. Caitlin podía ver el estrés grabado en su rostro. Tenía la garganta terriblemente hinchada, y Caitlin vio que, como resultado de la hinchazón y el daño, habían tenido que hacerle una traqueotomía. Este procedimiento para salvarle la vida auguraba bien para su recuperación.

No auguraba tan bien para su capacidad de responder preguntas.

—¿Podría escribir algo? —murmuró Caitlin al médico, que negó con la cabeza.

—Tiene goteros en ambos brazos. No puedo dejar que los mueva, y está muy débil.

Se quedó cerca, vigilando las máquinas.

Caitlin sabía que tendría que hacer lo que pudiera e intentar leer los labios de esta mujer si era capaz de hablar en absoluto.

—Eres muy valiente —dijo Caitlin suavemente a Jan—. Me alegro mucho de que te estén cuidando bien. Sé que esto debe ser duro. Pero necesitamos tu ayuda. ¿Puedes contarme algo más sobre el hombre que te secuestró?

No sabía si Jan la había oído. Sus ojos estaban en blanco y vagos. Su respiración era suave y regular, pero ahora sonaba como si estuviera al borde de quedarse dormida. Caitlin estaba segura de que estaba profundamente sedada. Sabía que su salud tenía que ser lo primero, pero aun así, esperaba con todo su corazón que pudiera susurrar algo antes de que el sueño la venciera de nuevo.

—Cualquier cosa que puedas decirnos podría salvar otra vida —instó Nathan.

Caitlin no creía que fuera a reaccionar a Nathan. Pero entonces, para sorpresa de Caitlin, abrió los ojos más.

Estaba articulando una palabra. Nathan se inclinó hacia delante, escuchando. Caitlin miró sus labios.

—Está diciendo Jonathan —dijo—. Puedo verlo.

Pero Nathan negó con la cabeza.

—No puedo oírlo. No oigo nada parecido a Jonathan.

—Eso es porque le han hecho una traqueotomía —espetó Caitlin—. No puede hablar con claridad. Está haciendo todo lo posible y quizás confía en que nosotros la ayudemos.

—¿Has dicho Jonathan?

La joven asintió, pero ahora sus ojos se estaban nublando.

—Creo que es suficiente —dijo el médico, adelantándose.

¡Había sido tan poco! Solo habían conseguido obtener una palabra murmurada.

—Bueno, esto es lo que tenemos —dijo Caitlin, reconociendo la futilidad de esta interminable espera y noche incómoda—. Y dado que no tenemos otras pistas, deberíamos tomárnoslo en serio.

Enfatizó lo de "no tenemos otras pistas" con la esperanza de que su compañero, que ahora volvía a sacarla de quicio, recordara la presión bajo la que estaban.

Nathan todavía parecía incrédulo.

—¿Cómo sabemos que está diciendo el nombre de su atacante? —preguntó mientras salían de la planta—. Quizás sea solo una coincidencia. Quizás te equivocas.

Caitlin le lanzó una mirada fulminante.

—No me equivoco. Puedo decirlo; soy buena leyendo los labios.

—Vale, vale —dijo Nathan, levantando las manos como si se rindiera —. Digamos que es Jonathan. ¿Y ahora qué?

Caitlin ya se estaba moviendo.

—Necesitamos revisar la lista de nuevo.

—Ni siquiera hemos terminado de revisar la lista —argumentó Nathan.

—No necesitamos ver toda la lista —dijo ella entre dientes.

Saliendo de la planta, se apresuraron de vuelta a su sala de espera, un lugar del que no podía decir que le gustara demasiado.

—Ya tenemos un nombre. Eso nos ayudará a buscar más rápido.

Nathan prácticamente puso los ojos en blanco. Resistiendo el impulso de soltarle una bordería, Caitlin abrió su ordenador y se puso a buscar.

Los nombres pasaban volando ante sus ojos cansados. Seguía buscando, pero ahora con un sentimiento de desesperación.

—Jonathan —dijo, tocando la pantalla—. Jonathan algo.

—¿Cómo habría sabido ella su nombre? —dijo Nathan.

—Porque quizás hablaron. Quizás así es como llegó a conocerla.

—No veo ningún Jonathan aquí.

Ella tampoco. Pero entonces, mientras miraba, lo vio. Había solo un nombre, un Jonathan Eliot.

—Vale. Hay uno —reconoció Nathan—. Pero no podemos simplemente ir corriendo a hablar con él sin comprobar si es siquiera un sospechoso viable.

—No voy a precipitarme. Parece que piensas que estoy a punto de hacer eso —Caitlin sabía que incluso en este momento de presión, tenía que seguir los pasos correctos—. Veamos dónde se bajó y dónde se subió. Si parece que tuvo la oportunidad de matarla, entonces iremos a hablar con l.

Miró su reloj. Eran las cinco de la mañana. Temprano para presentarse en la puerta de alguien, pero quizás eso fuera bueno.

—Vive en Phoenix —dijo Nathan.

—Eso está a más de una hora en coche desde aquí —Para cuando llegaran a su puerta, era más probable que estuviera despierto, lo cual era bueno—. ¿Podemos ver si estuvo en los otros trenes en el momento adecuado?

—Podemos, pero llevará tiempo. Obtener esos registros tarda más debido a la confidencialidad del cliente, y ahora es fuera de horario —explicó Nathan.

Caitlin estaba decidida a no sacar conclusiones precipitadas hasta que hubiera acotado completamente los hechos.

—Averigüemos más sobre Jonathan Eliot —dijo—. Y como Phoenix está a cuarenta minutos, quizás deberíamos hacerlo mientras conducimos. Por si acaso.

Nathan seguía sin parecer contento, pero Caitlin estaba presionando en este asunto. Se sentía realmente desesperada. Justo ahora, Knight estara despertándose, revisando sus mensajes, buscando cualquier señal de progreso en el caso. Y no había ninguna. No habían avanzado nada. Eso no le iba a sentar bien. Podría decidir disolver esta unidad experimental allí mismo.

Eso sería un desastre.

Pero ese era un problema que afrontaría cuando llegara. Mientras tanto, iba a centrarse en el caso. Iba a estar al tanto de todo.

No iba a permitir que ocurriera lo peor.

Tan pronto como estuvo en el coche, con la lista de pasajeros aún en la mano, se puso a buscar más detalles, navegando por el sitio web y accediendo también a las bases de datos de la policía y el FBI. No era fácil

porque Nathan conducía de forma brusca. Estaba de mal humor. Este caso también le estaba afectando, pero Caitlin pensaba que su propio comportamiento se estaba interponiendo en su camino. Estaba cansado y harto y no quería cooperar con ella.

Su pérdida, decidió ferozmente, cuando finalmente aparecieron los resultados.

—Bueno, esto es interesante —dijo.

—¿Qué es? —respondió Nathan, con tono combativo.

—Jonathan Eliot tiene cuarenta y cinco años, y es un hombre grande. Mide un metro ochenta y ocho. Trabaja como entrenador de gimnasio. Sin duda es fuerte.

—Vale —dijo Nathan.

—Y hay algo más —añadió Caitlin, guardando lo mejor para el final—. He entrado en las otras bases de datos, los registros. Y tiene antecedentes penales por agresión. Hace tres años, tuvo una pelea con su novia e intentó estrangularla.

Nathan no respondió. Simplemente pisó el acelerador mientras se dirigían a toda velocidad hacia Phoenix.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Con un historial de agresiones, enfrentarse a este sospechoso iba a ser una empresa arriesgada.

Caitlin se sentía nerviosa, con la adrenalina a tope mientras se acercaban al suburbio de Phoenix donde vivía Jonathan Eliot. Cumplía con tantos de los requisitos que buscaban, y estaba segura de que Jan había susurrado su nombre de pila. No había otros Jonathan en la lista de pasajeros del tren.

Ahora bien, ¿estaría en casa? ¿Y estaría dispuesto a hablar?

De alguna manera, dudaba de lo segundo. Su casa estaba justo al final de la calle de un gran gimnasio, que presumiblemente era donde trabajaba, y se preguntó si no estaba en casa si ya estaría allí. Había algunos coches fuera del gran edificio.

Su casa, medio kilómetro más adelante, era un lugar pequeño de una sola planta. El garaje estaba cerrado. El jardín tenía un aspecto árido. Evidentemente, la jardinería no era una gran prioridad en su vida. Pero, por otro lado, quizás otras cosas sí lo eran, como acosar a mujeres en los trenes.

Estaba segura de que era su asesino. Un hombre como este, fuerte y en forma, un hombre con antecedentes penales, que parecía ser capaz de violencia, era un fuerte sospechoso. Y la violencia, ese estrangulamiento de su anterior novia, era idéntica al modus operandi del asesino.

Bajó del coche y se acercó a la puerta principal. De pie sobre el felpudo desgastado, llamó, esperó, sintiéndose ansiosa y expectante.

No hubo respuesta. Llamó de nuevo, con más fuerza. Seguía sin haber respuesta.

Debe de estar en el gimnasio, pensó. Esa iba a ser su próxima parada. Pero justo cuando tomaba la decisión de ir allí, oyó pasos que se acercaban desde la calle.

Al girarse, Caitlin vio al hombre que estaban buscando.

Jonathan Eliot obviamente había salido a correr. Ahora, con zapatillas en los pies, llevando una camiseta de tirantes que mostraba sus poderosos hombros, estaba reduciendo el paso a una caminata al ver a dos agentes en su puerta. Había una expresión de sorpresa en su rostro de facciones marcadas.

Inmediatamente su mente se dirigió a la descripción que les había dado el hombre del tren, y pensó que era bastante parecida. Encajaba con el informe del testigo sobre el asesino que había huido de la escena.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, mirando de Caitlin a Nathan y viceversa—. ¿Sois de la policía?

—Unidad especial de delitos ferroviarios —dijo Caitlin—. Necesitamos hacerte algunas preguntas.

Empezaba a parecer cada vez más nervioso.

—¿Me queréis decir de qué se trata? —exigió de nuevo.

—Es en relación con una investigación de asesinato. Crímenes en serie —dijo Caitlin con firmeza.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡No sé nada de eso! Y no voy a responder a vuestras preguntas.

—Entonces me temo que vamos a tener que pedirte que nos acompañes —dijo Caitlin.

Resopló con evidente desprecio.

—¿Adónde? No tenéis derecho a llevarme a ninguna parte.

—¿Entonces no estás dispuesto a cooperar? —preguntó Caitlin fríamente.

—¡No voy a ir a ningún sitio! —dijo, alzando la voz—. ¡No voy a responder a ninguna de vuestras preguntas, y no tengo por qué hacerlo! ¿En qué clase de país vivimos? ¡Voy a llamar a mi abogado, y podéis iros al infierno!

Intentó pasar empujando a Caitlin, y Nathan se interpuso en su camino.

—No tan rápido, por favor, señor —dijo Nathan—. Tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Apartaos de mi camino —dijo Eliot.

—Mira, solo estás complicando las cosas —empezó Caitlin, y él se volvió hacia ella furioso.

—No malgastes tu aliento, señora —le espetó—. Voy a llamar a mi abogado ahora mismo. Estoy ejerciendo mi derecho a guardar silencio, y voy a entrar en mi casa.

El tiempo iba a ser su enemigo aquí. Este hombre estaba poniendo las cosas difíciles desde el principio. No podían impedir que entrara en su casa, y una vez dentro, no tenía por qué salir. Había pasos que podían dar, pero todos esos pasos llevarían tiempo, y el tiempo sería su aliado, no el de ellos.

Estaba repasando sus opciones mentalmente, y parecía que no había muchas. Esto no estaba yendo como ella había pensado. Este hombre estaba desafiante de manera agresiva.

Y entonces, con un tono sutilmente insultante en su voz, Nathan se acercó más a Eliot.

—¿De verdad tienes tanto miedo de nosotros que no vas a responder a las preguntas? —dijo.

—¿Miedo de vosotros? —dijo el hombre, volviéndose hacia él—. ¿Miedo de vosotros? ¡Por supuesto que no! ¡Sois el gobierno! Sé lo que podéis hacer y lo que no podéis hacer. Conozco mis derechos. No eres más que un matón que quiere controlarme y no lo vas a conseguir.

Seguía resistiéndose. Pero también estaba enfadado. Su cara se estaba poniendo roja, y le temblaba un músculo en la mejilla. Parecía cada vez más peligroso.

—No voy a ir a ninguna parte con vosotros —dijo, con la voz sonando más profunda y amenazante—. Y no vais a entrar en mi casa.

—¿No estás dispuesto a cooperar? —replicó Nathan, con un tono de voz aún más cortante ahora. Se acercó aún más, de modo que su cara casi tocaba la del hombre—. Tal vez deberías pensar por qué.

Estaba presionando aún más. Caitlin entonces se dio cuenta de que ese era precisamente el objetivo de lo que Nathan estaba haciendo.

Estaba provocando deliberadamente a este hombre, y lo hacía de una manera que estaba totalmente dentro de sus derechos como agente de policía. Nada de lo que decía estaba fuera de lugar. Ahora tenía su número y había decidido qué era probable que le enfureciera.

Y ahora le estaba pinchando sutilmente con la esperanza de que este hombre violento hiciera exactamente lo que Caitlin temía. Era una jugada brillante, especialmente para un hombre que ella intuía que era reacio al riesgo, porque era arriesgado pero la recompensa sería enorme.

En el momento en que pusiera una mano encima a Nathan, podrían arrestarlo, y entonces podrían llevarlo a interrogatorio mucho más rápido y sin preocuparse de que los eludiera mientras tanto.

Caitlin tuvo que admitir que su mente daba vueltas mientras asimilaba esto. ¿Nathan se estaba saliendo del guion para atrapar a este asesino? ¿Igual que hacía ella?

No era algo que pensara que él haría. Quizás ni siquiera fuera intencionado, decidió. Tal vez estaba realmente tan enfadado que solo

buscaba que este hombre se quebrase.

Mientras Eliot procesaba las palabras de Nathan, su rostro cambió. Vio que las palabras estaban dando en el blanco y que estaba respondiendo a las provocaciones.

—¿Crees que te tengo miedo? —le dijo a ella—. ¿Crees que le tengo miedo a la policía? Os habéis equivocado de tío.

Antes de que pudiera decir nada, empujó a Nathan a un lado, con tanta violencia que casi lo hizo caer. Pasó bruscamente junto a ella y se dirigió a su puerta.

—¡No tan rápido! ¡Acabas de agredir a un agente! —dijo Caitlin, agarrándole del brazo.

—¿Crees que eso fue una agresión? ¡Te voy a enseñar lo que es eso!

Al momento siguiente se había girado hacia ella, con los puños en alto.

Instintivamente, se agachó. Pero el siguiente puñetazo llegó rápido, dirigiéndose directamente a su cabeza a toda velocidad.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Caitlin esquivó el puñetazo, sus reflejos rápidos como un rayo, pero apenas lo suficientemente veloces. Literalmente sintió cómo el puño de Eliot le rozaba la parte superior de la cabeza, y entonces Nathan volvió a entrar en la refriega, saltando en su defensa.

Nathan le agarró el brazo de nuevo y esta vez fue más rápido. Puso más fuerza en la acción. Le retorció el brazo a Eliot por detrás de la espalda y lo giró para que quedara de cara a su propia puerta, aún cerrada.

Caitlin oyó el impacto cuando el hombro de Eliot chocó contra la puerta, y entonces ella también se lanzó hacia adelante para contener a este hombre violento y extremadamente fuerte. Eliot gritaba de rabia y frustración, y luchaba por liberarse del agarre de Nathan. Pero Caitlin le agarró el otro brazo y se lo llevó a la espalda.

El clic de las esposas al cerrarse indicó que este sospechoso ya no suponía una amenaza directa para ellos. Pero lo había sido, y se preguntó si se había mostrado tan resistente y agresivo con ellos porque tenía todo que perder.

Caitlin estaba impaciente por interrogarle y profundizar en las razones de su falta de cooperación desde el momento en que los había visto.

No perdieron el tiempo. El sol apenas acababa de salir cuando ella y Nathan lo metieron en la parte trasera del coche, aún esposado. Luego condujeron la corta distancia hasta la comisaría más cercana.

Desde la parte trasera del coche, Eliot gritaba y amenazaba en una diatriba continua y ruidosa.

—¿Creéis que podéis detenerme? ¡No tenéis derecho! ¿Creéis que podéis intimidarme? ¿Creéis que podéis asustarme para que os diga lo que queréis oír? ¡Pues os equivocáis! No tenéis derecho a hacerme esto. Os demandaré hasta dejaros sin un céntimo, ¿me oís? Os habéis metido con la persona equivocada.

Cuando llegaron a la comisaría, sintiéndose aturdidos por las ondas sonoras, ella y Nathan lo escoltaron al interior, pasando por las oficinas acristaladas, por el largo pasillo, y hasta una de las salas de interrogatorios. Caitlin cerró la puerta tras ellos mientras Nathan hacía que Eliot se sentara a la mesa.

Finalmente, mientras miraba fijamente a los dos investigadores, cayó en un silencio hosco. Menos mal. A Caitlin aún le zumbaban los oídos por haber estado atrapada en un coche con este hombre gritando y vociferando.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó Caitlin. Ahora necesitaba establecer algún tipo de relación, o en todo caso, necesitaba hacerle hablar. Si solo despotricaba y exigía su abogado, esto iba a alargar el caso, y no obtendrían las respuestas que necesitaban.

Más importante aún, no obtendrían los resultados que eran tan críticos para el éxito de esta unidad completamente nueva. Si él era el asesino, esto necesitaba demostrarse. Y rápido.

Pero en respuesta a su pregunta, Eliot se encogió de hombros, apretando los labios.

—Empecemos por la razón más reciente. Has agredido a un agente —continuó Caitlin—. Es un delito grave.

—Me provocasteis.

Nathan negó con la cabeza.

—Tus reacciones fueron desproporcionadas. Nos atacaste. Todo lo que necesitábamos era que respondieras a unas preguntas. Sin embargo.

Hizo una pausa y esperó a que esa palabra calara. Cuando lo hizo, Eliot levantó la mirada, frunciendo el ceño.

—Sin embargo, estamos en una investigación de asesinato. Así que en este momento, podríamos considerar retirar los cargos por agresión... si, y solo si, respondes a nuestras preguntas y hablas con nosotros como una persona razonable.

Caitlin pudo ver que las palabras de Nathan habían tenido efecto. Ahora, Eliot parecía pensativo.

Sabía que Nathan había cruzado una línea al provocar a este hombre agresivo, debido a la presión del caso. Si era inocente y tenía una coartada, y cooperaba, no habría necesidad de presentar cargos.

Por supuesto, si realmente era el asesino, las cosas serían diferentes. Así que esperó para ver, sabiendo que si aceptaba el trato que se le ofrecía, podría ser bueno para este interrogatorio en particular, pero no necesariamente para el caso.

También pensó que, curiosamente, Eliot tenía mejor relación con Nathan que con ella. Era irracional, viendo que Nathan era quien le había provocado hasta la acción agresiva, pero Caitlin reconoció que podría ser simplemente porque estaba hablando con Nathan de hombre a hombre.

Un tipo como este, con un historial de agresiones a mujeres, podría tener un desprecio profundamente arraigado hacia ellas. No podía hacer nada al respecto, si ese era el caso. Todo lo que podía hacer era dejar que Nathan dirigiera el interrogatorio.

—¿No vais a detenerme? —preguntó Eliot, con una nota de sospecha en su voz, mirando directamente a Nathan.

—Todo depende de cómo respondas a nuestras preguntas. Coopera, y si te declaramos inocente, no habrá necesidad.

Caitlin sintió un destello de respeto porque Nathan ahora estaba siendo muy justo con él.

—Pero, ¿qué demonios queréis de mí?

—Empecemos por tu paradero y movimientos de ayer.

—¿Eso es todo?

Caitlin cerró la boca, deseando desesperadamente participar en el interrogatorio, pero viendo ahora que Eliot definitivamente tenía más respeto por los hombres, iba a tener que dejar que Nathan se encargara de esto.

—Sí, eso es todo.

—No te creo. Estáis intentando engañarme —Su agresividad volvía a aumentar.

—¿Qué te hace decir eso?

Escuchando a Nathan, Caitlin tuvo que admitir que tenía una forma muy relajada y natural de llevar el interrogatorio. Había algo en su manera de hablar y en su actitud que desactivaba la agresividad. En ese momento, era una cualidad muy útil.

—No te creo porque eres policía. Estás aquí para que confiese unos asesinatos que no he cometido. Vas a intentar que diga cosas que no he hecho.

Los labios de Eliot se apretaron en una fina línea.

—¿Así que realmente crees eso? —preguntó Nathan—. ¿No quieres hablar con nosotros ahora porque piensas que te arrestaremos por motivos imaginarios?

—No confío en la policía —gruñó Eliot—. Me arrestasteis una vez y os pusisteis de parte de mi novia.

Caitlin tenía unas ganas enormes de decir: "Bueno, intentaste estrangularla". Pero se mordió la lengua, porque solo empeoraría la

situación. Sin embargo, lo pensó para sus adentros, mientras mantenía una expresión imparcial.

—Mira —dijo Nathan—. Si quieres que retiremos los cargos por agresión, tendrás que responder a nuestras preguntas. Si lo haces, lo haremos. Si no, no. Así de simple. Recuerda, podemos retenerte aquí todo el tiempo que queramos. Podemos ficharte por el tiempo máximo. Podemos hacerte pasar una noche en el calabozo. Por cierto, llamar a tu abogado no te ayudará.

Nathan levantó la vista de su cuaderno, con los ojos fijos en Eliot. Esperó a que respondiera, y era evidente que Eliot lo estaba pensando.

—Vale, hablaré con vosotros. Pero si demuestro que soy inocente, quiero que dejéis de acosarme por estos asesinatos.

—Por supuesto que lo haremos. Si confirmamos que no pudiste cometerlos, te soltaremos.

Caitlin vio cómo se abrían los ojos de Eliot. Claramente, no se esperaba eso.

—No podré ayudarte si no cooperas —añadió Nathan—. Así que depende de ti. Esta podría ser una entrevista muy corta. Si realmente eres inocente, lo único que tienes que hacer es demostrarlo.

—De acuerdo —capituló Eliot.

Caitlin se sintió enormemente aliviada. Tenía que admitir que Nathan había manejado bien la situación. Había interpretado correctamente a este sospechoso agresivo y había sido capaz de desactivar su ira con lógica y una actitud tranquila, casi apologética. Al menos ahora parecía que iba a cooperar. Podría intentar mentir, pero ella estaba alerta. Fuera lo que fuera lo que dijera, iba a pedir pruebas concretas.

—¿Dónde estuviste ayer? Necesitamos que nos cuentes tus movimientos durante todo el día. ¿Estuviste cerca de algún tren? ¿Viajaste en tren en algún momento? —preguntó Nathan.

Ayer fue el día en que se había intentado el asesinato más reciente, así que era un buen punto de partida. Si daba cuenta de sus movimientos de ayer, quedaba descartado, pero si no podía, tendrían que retroceder más. Pensó que, en cualquier caso, Nathan también preguntaría por el viernes por la tarde.

Eliot movió inquieto las manos esposadas.

—Ayer pasé todo el día en el gimnasio.

—¿Entrenando? ¿O trabajando?

—Soy monitor de gimnasio —dijo Eliot con irritación—. Di clases particulares a clientes, al ser sábado, y tuve una agenda muy apretada. Empecé a las siete de la mañana. No salí del gimnasio hasta las cinco de la tarde.

—¿Puedes demostrarlo?

—Sí. Supongo que sí —Eliot parecía inseguro.

—¿Qué pruebas tienes?

—¿Necesitáis pruebas? —Eliot sonaba incrédulo, como si su palabra debiera ser suficiente. Pues no lo era, pensó Caitlin. Todavía no se fiaba de él.

—Sí, si las tienes, confirmarán lo que has dicho —explicó Nathan pacientemente, y Eliot suspiró.

—Tengo mi horario aquí, en mi móvil.

Nathan le pasó el teléfono y le quitó las esposas. Caitlin lo observó atentamente, pero ahora parecía estar en un estado de ánimo más razonable. Levantó una mano y se frotó los musculosos hombros por turnos, antes de desplazarse por el teléfono.

—Bastantes de mis clientes me enviaron mensajes después, para darme las gracias. Puedo enseñaros esos mensajes también.

Nathan se inclinó, leyendo cuidadosamente la información en el teléfono.

—¿Y el viernes por la tarde, ya entrada la noche? —Para estar seguro, Nathan comprobaba más atrás.

—Salgo del gimnasio a las cinco los viernes. A las seis estaba en el bar local. Quedé allí con unos amigos. Llegué a casa a las once. Tengo mensajes que lo confirman.

Desplazándose un poco más, Nathan asintió con decisión.

Caitlin sabía que su sospechoso no encajaba. Sin duda, la coartada de Eliot se había confirmado. Estaban de vuelta al punto de partida.

—Vale. Estoy satisfecho con eso.

—¡Bueno, quiero que me llevéis a casa! —exigió Eliot.

—Voy a pedir a la policía local que haga unas llamadas para confirmar esta coartada. Una vez que lo hayan hecho, pueden tramitar tu puesta en libertad y llevarte a casa —dijo Nathan—. No te enfrentarás a más cargos ya que has cooperado con nosotros.

Salió de la sala de interrogatorios, murmurando entre dientes:

—Bueno, esto ha sido una pérdida de tiempo.

Caitlin se sintió herida al ver que ahora la atacaba personalmente, cuando ella había hecho todo lo posible por identificar a otro sospechoso. Estaba a punto de decirle lo bien que creía que había manejado ese interrogatorio. Ahora, estaba escalando la pelea entre ellos y dejando claro que no quería trabajar con ella en absoluto.

—Al menos estoy intentando ser proactiva —espetó ella, sintiéndose de repente al borde de las lágrimas porque las cosas iban tan mal, cuando acababa de creer que iban mejor.

Vio el destello de ira en el rostro de Nathan.

—Me queda muy claro que quieres resolver este caso tú sola.

—Solo quiero que se cierre y que atrapen al asesino —insistió Caitlin enfadada—. ¡Tengo mucho en juego aquí!

Él la miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Yo también, por si no te das cuenta. Pero realmente no eres una jugadora de equipo, ¿verdad? No quieres trabajar conmigo. Es obvio.

—Eso es completamente injusto por tu parte —dijo ella, exasperada—. ¡Está muy claro que tú tampoco quieres trabajar conmigo! Quiero resolver este caso, más de lo que crees. Nunca sabotearía a ninguno de mis compañeros.

—¿Esto no es solo resentimiento por tu parte? ¿Por haber sido apartada de tu puesto anterior?

Se sintió como si le hubieran dado una bofetada. Tomó aire furiosa y le lanzó una mirada fulminante.

—No. No es resentimiento en absoluto. Quiero que esto salga bien, pero quiero trabajar con un compañero que me permita hacerlo.

—Quizás eres tú quien está poniendo las cosas difíciles —dijo él, elevando el tono.

En ese momento, el teléfono de Caitlin empezó a sonar. Con un nudo en el estómago, vio que era Hume quien llamaba.

¿Su jefe de la oficina del FBI la estaba llamando?

No creía que fuera solo para un informe de progreso. Caitlin se sintió de repente preocupada de que los mandamases ya hubieran tomado una decisión sobre esta unidad.

Temiendo que esta llamada fuera a ser la peor noticia, lo cogió rápidamente, alejándose de la sala de interrogatorios para hablar en privado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¿Caitlin? —Como esperaba, la voz de Hume sonaba tensa y formal. El tono de su voz le indicó que iba a ser una llamada difícil, y se le revolvió el estómago.

—Hume —respondió, intentando que la tensión no se notara en su voz.

—¿Cómo va todo por ahí? ¿Estáis avanzando?

Suspiró para sus adentros.

—Estamos haciendo algunos progresos. Hemos identificado ciertos parámetros importantes. Ahora tenemos que acotarlos para encontrar al asesino.

—Vale —hizo una pausa—. Quería ponerte al día sobre los acontecimientos de este lado.

—¿Qué acontecimientos? —El estómago de Caitlin se retorció.

—Hemos reestructurado la unidad —¿Había una nota de disculpa en el tono de Hume? Creyó detectarla.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, ahora seriamente preocupada.

—Hemos decidido que será mejor si otro agente asume tu papel —dijo Hume, con tono de pesar—. Teníamos dos nuevos agentes que fueron trasladados aquí recientemente de forma temporal. Hemos decidido que se convierta en permanente.

El cuchillo en su espalda se retorcía ahora, con fuerza.

—¿Hay alguna razón para esto?

—Es en parte petición de Fitch —dijo Hume, en un tono que le indicaba que era toda petición de Fitch.

Sabía que Fitch era el agente más veterano de esa oficina. Llevaba allí más tiempo mientras otros habían ido y venido. Era sin duda el mayor lameculos, aunque el más débil en cuanto a ideas e innovación. Pero era hábil diciendo lo que los jefes querían oír.

Por eso era el favorito de Hume. Lo había visto en el pasado y realmente no le había importado, porque ella estaba allí para hacer un trabajo y no para ganarse favores. Ahora, se daba cuenta de que esa decisión había sido poco acertada.

—Si la unidad de crímenes ferroviarios no es permanente, ¿cuál será mi papel? —preguntó, necesitando saber lo peor.

—Caitlin, ¿no eres consciente de lo que esto significa? —preguntó él.

—Solo seré consciente cuando se me comunique oficialmente —dijo, pero ahora su estómago se revolvía con fuerza.

—Quiero decir que no habrá ningún papel para ti en este momento. Nada en absoluto dentro de la oficina de Atlanta. Obviamente podemos considerar un traslado a otra oficina, pero no habrá un puesto para ti aquí. Ni ahora ni en un futuro previsible. Hemos tenido que prescindir de ti —Su voz era inexpresiva.

Sintió una oleada de frío en las venas. Su corazón pareció dejar de latir. Se le secó la garganta.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó.

—Lo siento. Es desafortunado. Como sabes, normalmente es un caso de demasiados crímenes, muy pocos agentes. Ahora tenemos el escenario opuesto, y parece que va a continuar así —Hume intentó reír. ¿Una risa, en este momento? Caitlin no podía creerlo. No había nada gracioso en esta situación y no era el momento de tomárselo a la ligera.

No la querían allí. Era así de crudo, así de insensible.

—Ya veo... —Caitlin sintió que la sangre se le iba de la cara. Puso una mano en la pared para estabilizarse. Sentía que estaba en una pesadilla.

—Lamentamos hacerte esto. Como he dicho, las circunstancias son desafortunadas. Has hecho un buen trabajo para esta unidad, pero en nuestra reunión de ayer, acordamos que ser parte de un equipo es lo primero, y esa va a ser nuestra prioridad a la hora de tomar decisiones de personal de ahora en adelante.

—Ya veo. Entonces, ¿esto fue culpa mía? —Se estaba enfadando cada vez más.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir —dijo Hume.

—Lo siento, siento como si me estuvieran dejando —dijo ella.

—Sé que te sientes desplazada, pero tenemos que hacer lo que es mejor para el equipo. No es un reflejo de ti. Sabes eso. Es solo que necesitamos hacer los cambios adecuados mientras tenemos el personal para hacerlo.

—Me has despedido, ¿no es así? —Miró fijamente el teléfono. No tenía sentido maquillar esto.

—No te he despedido. He reestructurado la unidad —dijo Hume—. Siento que no pudiéramos mantenerte en tu puesto actual. Fue bueno

trabajar contigo, Caitlin.

Caitlin negó con la cabeza. No estaba segura de qué decir. Esto era desesperadamente injusto. Entre Fitch y Hume, básicamente la habían forzado a salir. Desde el momento en que esos nuevos agentes habían puesto un pie en la oficina de Atlanta, ella no había tenido ninguna oportunidad.

Esta decisión era muy irregular. Pero sabía que Hume sería lo suficientemente hábil para crear el papeleo necesario para justificarlo.

Aun así, debería decirle que apelaría. No se le podía permitir salirse con la suya. Pero no podía hacerlo. Se sentía demasiado humillante.

De todos modos, iba a hacerle saber cómo se sentía, y que sabía que lo que había hecho estaba mal.

—Sabes que me has forzado a salir —dijo—. Tomaste la decisión de hacerlo a propósito. Creaste pruebas y un escenario para justificarlo porque Fitch quería trabajar con su antiguo colega. Si no me querías en el equipo, ¿por qué no me lo dijiste sin más? Creo que lo que has hecho está mal. Lo sé. Y estoy segura de que tú también lo sabes.

Sin nada más que decir, cortó la llamada.

Eso era todo. Las esperanzas, los sueños, su carrera en Atlanta, incluso su relación con Mike. Todo había terminado, gracias a las intrigas de oficina que no le habían dejado ninguna posibilidad de futuro allí.

Sentía que el corazón se le encogía en el pecho. Tenía ganas de llorar. Una sensación de absoluta desesperanza la invadía.

Esta nueva unidad ferroviaria no estaba funcionando. Su última pista, que resultaba ser también la única, no había dado resultado.

Sabía que lo que Hume había hecho era poco ético, pero ella era solo una persona y ellos eran un equipo, y habían dejado constancia de su supuesto comportamiento rebelde para justificar lo que habían hecho.

—¿Caitlin? —Escuchó la voz de Nathan detrás de ella.

No podía hablar con l ahora. Se sentía demasiado alterada y avergonzada. Sentía que había quemado todos sus puentes y ahora su vida estaba en ruinas. Era como si esta nueva unidad hubiera sido la excusa de Hume para forzar su salida, y ahora estaba fracasando y ella discutía con su compañero. Lo más probable es que ya no estuviera hecha para este trabajo.

Las lágrimas nublaron su visión, algo poco característico en ella. Odiaba mostrar debilidad y le aterrorizaba hacerlo.

—Dame cinco minutos —murmuró.

No podía enfrentarse a él ahora. Vio una salida lateral delante y se dirigió hacia ella, saliendo a paso ligero a la mañana, oyendo los sonidos del tráfico de la carretera principal a lo lejos.

Frotándose los ojos con la mano, se desvió de allí, dirigiéndose en la otra dirección, hacia el desierto, que estaba al final de la calle sin salida. Por un momento deseó poder seguir caminando para siempre, adentrándose en ese terreno árido y rocoso, entre las escarpadas mesetas y las montañas lejanas, en el paisaje brillante y deslumbrante, sin volver a hablar con nadie.

—¡Caitlin! —Oyó la voz de Nathan llamándola de nuevo, más urgente ahora.

Negó con la cabeza y siguió caminando. ¿Qué sentido tenía enfrentarse a él ahora? Todo estaba arruinado. No sabía cómo hablarle después de lo que había pasado.

Había fracasado. La habían reemplazado en la oficina de Atlanta, la habían despedido.

¿Cómo había permitido que la echaran de una manera tan abiertamente deshonesta? Debería haber luchado con uñas y dientes. No debería haberse dejado intimidar por la idea de una pelea fea y prolongada.

Pero todo era demasiado reciente, demasiado doloroso para pensar en ello. Ya no se sentía orgullosa de sí misma. No tenía ni idea de qué iba a hacer ahora. Sentía que iba a llorar. A derrumbarse.

Pero no lo haría. No dejaría que nadie la viera llorar.

Sin embargo, al oír pasos detrás de ella, corriendo tras ella, Caitlin se dio cuenta de que quizás no tendría elección.

Le gustara o no, Nathan estaba a punto de alcanzarla.

—¡Caitlin! —gritó de nuevo, y ella se detuvo sorprendida al oír el tono de su voz.

Y entonces, le oyó gritar las palabras que nunca, jamás, esperó oír de él. Especialmente en ese momento concreto.

—¡Caitlin, lo siento! —dijo Nathan, y ella se giró y le miró con asombro.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nathan estaba a un par de metros de ella, con el pelo rubio como si hubiera sido atrapado por un huracán, los ojos aún enrojecidos por la noche en vela en el hospital y una expresión de disculpa en el rostro.

—¿Qué? —dijo Caitlin, con la voz extrañamente entrecortada. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Lo siento —repitió Nathan—. No pretendía ser crítico. Desahogué mi propia frustración contigo. No debería haber dicho lo que dije. Fue completamente injusto por mi parte —tomó aire—. He estado... bueno, podría decirse que llegué a esta unidad en una posición difícil. No me sentía bien con mis perspectivas. Y creo que eso ha afectado a nuestra forma de trabajar juntos.

Caitlin se quedó atónita. No había sido consciente de eso. No sabía que su compañero estaba librando batallas por su cuenta.

—Yo también me he equivocado contigo —admitió—. He acabado en una situación desastrosa con mi trabajo anterior. No creo que el resultado sea justo, pero no hay nada que pueda hacer realmente. Me he sentido presionada y he intentado demostrar que puedo hacer esto sola, con la esperanza de que aún hubiera un futuro para mí en la oficina del FBI de Atlanta. Ahora, eso no va a ocurrir.

Ya está, lo había dicho. Había expresado sus peores temores en un momento de sinceridad del que ya se estaba arrepintiendo. Ahora quedaba ver si la situación se volvía en su contra otra vez o no.

—Veo que eres una buena investigadora. Me ha impresionado mucho lo que has hecho. También admito que me he sentido un poco intimidado.

Ahora caminaban por el desierto, uno al lado del otro y al mismo paso.

—Ahora mismo, eres el único que cree que soy buena —dijo Caitlin, arrepintiéndose al instante de sus palabras. No había querido revelar tanto. Pero Nathan asintió con simpatía.

—Me di cuenta de que había problemas con tu trabajo anterior —dijo —. ¿Puedo hablar con franqueza?

—¿En contraposición a...? —preguntó Caitlin. ¿No había estado hablando con franqueza hasta ahora? Desde luego, así había sonado.

Nathan resopló.

—Suelo decir lo que pienso. Solo quería decir que cuando estaba en esa reunión, mencionaron tu nombre. Luego hubo un retraso, así que rápidamente busqué información sobre ti. Vi de inmediato que eras una agente muy experimentada y que tu historial era excelente. Pensé que seguro que yo sería el miembro más joven del equipo y que nunca sería una colaboración justa.

—¿Pero? —Sonaba como si hubiera un "pero".

—Luego vi cómo hablaba de ti tu jefe, Hume, y había algunas insinuaciones que eran muy injustas contigo. Me pareció totalmente poco profesional la forma en que insinuaba que eras una completa rebelde que actuaba por tu cuenta y de una manera que no beneficiaba los intereses del equipo. Es decir, dijo algunas cosas buenas sobre tus habilidades, pero eso era secundario.

Caitlin se sintió horrorizada. ¿Delante de Knight?

—Pensé que él era el poco profesional. No tú —admitió Nathan.

—Supongo que no soy una jugadora de equipo —murmuró, y Nathan suspiró.

—Yo tampoco he jugado según las reglas. Normalmente lo hago, y la única vez que las rompí por el bien del caso, me causó grandes problemas.

—¿Lo hiciste? —Caitlin le miró sorprendida. Así que por eso no había querido contarle sobre su historial. No era que no hubiera tenido casos de asesinato a sus espaldas. Era que algo había salido mal, y de una manera muy parecida a su propia carrera reciente.

—Bueno, creo que actuaste de la manera correcta cuando provocaste a Eliot para que te agrediera —dijo ella.

Él pareció sorprendido.

—Pero acabé poniéndote en peligro. Casi se lanza contra ti.

—Si no hubieras hecho eso y no le hubieras empujado a atacar, todavía estaríamos en la puerta discutiendo con él. Quiero decir que aprecio esas acciones. Y puede que yo sea una rebelde que no encaja en el FBI, pero valoro mucho que mi compañero piense por sí mismo.

—Lo mismo digo —dijo él.

Se volvieron hacia el pueblo. Caitlin se sintió extrañamente reconfortada. Sentía como si se hubiera alcanzado un punto bajo que parecía el final del camino. Pero no lo era. No lo había sido.

Quizás era el comienzo de una base de cooperación entre ella y Nathan, aunque, ¿por cuánto tiempo? Tenían que llegar al fondo de este caso, y

rápido.

—Va a matar otra vez. Lo sé. ¿Cómo podemos detenerle? —dijo en voz alta.

—A mí también me corroe. Pensar que está en un tren, quizás incluso ahora, y que tiene a alguien, y que va a ser más rápido que nosotros.

Caitlin negó con la cabeza.

—Casi le descubren. Creo que ahora va a ser más cuidadoso. Creo que va a cambiar su modus operandi.

—¿Cómo crees que va a hacer eso?

—Creo que va a vigilar mejor su entorno, elegir a sus víctimas con más cuidado. Quizás entable una relación con ellas primero, en lugar de solo observarlas desde lejos. Le vieron cuando seguía a la víctima. Si yo fuera él, querría caminar con ellas la próxima vez.

—¿Así que se hará amigo de ellas, hablará con ellas y luego irá con ellas a donde planee matarlas?

—Sí, eso es lo que imagino que pasará. Y puede que le lleve más tiempo. Si es así, tal vez tengamos una oportunidad de detenerlo. Porque precipitarse con el crimen no le funcionó y no quiere que le pillen. No quiere que le pillen porque está obsesionado con hacer esto.

Mientras hablaba, Caitlin sintió que por fin estaba llegando a donde necesitaba estar: dentro de la mente de este asesino.

Era cauto y cuidadoso. Pero también tenía un mensaje contundente que transmitir. Se centraba en mujeres de cierta edad y apariencia. Y dejaba esos broches de mariquita en sus víctimas.

—No va a parar. No creo que pueda. Es una compulsión. Hay una razón por la que elige a estas víctimas una y otra vez. Y creo que se va a sentir muy enfadado. Va a querer matar de nuevo, pronto, pero va a ser más inteligente al respecto.

—Tenemos que detenerlo, pero ¿cómo? —Nathan suspiró, sonando tan frustrado como se sentía Caitlin.

Con las distancias recorridas y el retraso que estaban experimentando para llegar a las escenas, parecía como si estuvieran destinados al fracaso. Pero quizás, pensó Caitlin, solo estaba enfocando esto de la manera equivocada. Tal vez estaba demasiado centrada en esa persecución y ahora necesitaba volver a examinar las pruebas. Y había una pieza de evidencia, potencialmente crucial, que aún no habían explorado.

¡Los broches!

Eran parte de su obsesión. Eran algo que, hasta ahora, no habían investigado. Se habían centrado demasiado en él y en sus víctimas. Pero estos pequeños y alegres adornos que dejaba clavados en la ropa de cada una de sus víctimas podrían señalar el camino hacia quién era realmente.

—Ya sé dónde tenemos que buscar ahora —dijo, mientras se acercaban al departamento de policía. Podía oír la esperanza, audible en su propia voz, y Nathan también la percibió cuando se giró para mirarla con las cejas levantadas.

—¿Dónde? —dijo él—. ¿Parece que tienes algo?

—Eso espero. Son los broches.

—¿Las mariquitas? Porque son objetos bastante únicos, ¿no? —Ahora, podía oír los engranajes funcionando en la mente de Nathan también, mientras consideraba los parámetros.

—¿De dónde los está sacando? Debe tener un suministro. Tiene al menos tres, y presumiblemente más que eso. No parecen producidos en masa.

—Parecen hechos a mano. Podríamos hacer una búsqueda inversa de imágenes o buscarlos en internet.

Ahora con un nuevo propósito en su paso, se dirigieron de vuelta al departamento de policía. Por primera vez, Caitlin sintió como si fueran un equipo. Sentía que había un principio de camaradería entre ellos.

Entraron en la comisaría y fueron a la sala de atrás, donde Caitlin abrió su portátil.

Buscó algunas fotos de los broches de mariquita de la escena del crimen y luego hizo una búsqueda inversa de imágenes. Y mientras su ordenador estaba ocupado con eso, también introdujo una descripción de los broches para ver si podía encontrar dónde se vendían.

A su lado escuchó a Nathan, con las teclas repiqueteando bruscamente mientras hacía exactamente lo mismo. Ahora no se sentía competitivo, sino más bien colaborativo. Estaban trabajando juntos, y Caitlin esperaba que este cambio en su dinámica les ayudara a dar el siguiente paso.

Encontrar al comprador de los broches y encontrarían al asesino. Ahí es donde ahora se centraba su atención.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Sally Nicks estaba sentada en el tren, bostezando. No le gustaban las mañanas tempranas. En realidad, eran horribles. Pero había estado de vacaciones y se había perdido el último tren la noche anterior porque ella y su mejor amiga habían estado de fiesta.

Bueno, ese era el objetivo del viaje. Había ido a Tucson para el fin de semana de cumpleaños de su mejor amiga. Tracy cumplía veinticinco años, la misma edad que Sally, y había sido una pasada.

Sally volvió a bostezar, acurrucándose en su chaqueta, porque siempre tenía frío cuando estaba cansada. Sus ojos recorrieron el vagón para ver si alguien le prestaba atención. Vio a algunas personas leyendo, un par medio dormidas y un hombre mirándola, pero pronto apartó la vista.

Su padre se había enfadado mucho con ella. La había regañado por no haber cogido ese tren ayer.

—Sal, estaba preocupado por ti —le había gritado—. Sabes que estos crímenes en el ferrocarril han estado ocurriendo.

Al ser senador, su padre tenía la costumbre de actuar como si estuviera conectado al mundo de las noticias con un cable en directo.

—Papá, todo está bien. Siento haberte preocupado. Nos dejamos llevar un poco.

—No. No está bien. Estaba, y estoy, muy preocupado por ti. Ya deberías estar de vuelta en casa en Los Ángeles.

—Papá, lo siento. Lo siento muchísimo.

No había querido pelearse con él, así que le había dicho que vale, vale, que tendría más cuidado en el futuro.

Pero era difícil tener más cuidado cuando solo volvías a casa después de una fiesta, ¿no? Casi nunca salía de fiesta. La mayoría de las veces, trabajaba sin parar en su trabajo como enfermera de hospital y pasaba tranquilas veladas en casa. A veces sentía que vivía la vida de alguien con el doble de su edad. Era bueno soltarse de vez en cuando.

Se lo había pasado en grande en Tucson con Tracy y sus amigos. Habían ido a clubes e incluso había conocido a un chico guapo, que dijo que la llamaría. No había podido descansar mucho durante el fin de semana, así que no era de extrañar que se sintiera un poco aturdida mientras miraba por

la ventana del tren, viendo cómo las luces de la ciudad se alejaban y el paisaje pasaba rápidamente, teñido de rosa y hermoso bajo el sol naciente.

El paisaje era impresionante, pero no lograba captar su atención. Bostezaba compulsivamente.

—Disculpe —dijo una voz masculina, distrayéndola de otro enorme bostezo.

—Perdón —dijo Sally, volviéndose hacia él con una sonrisa de disculpa. El tipo probablemente pensaba que iba a ser tragado por ella, así de ampliamente había bostezado.

Era un hombre de aspecto respetable, con el pelo rubio platino y un rostro serio. Aunque alto, tenía un porte encorvado que le hacía parecer inofensivo. Calculó que tendría la edad de su padre, principios de los cincuenta.

—¿Le importa si me siento enfrente? —preguntó educadamente—. ¿O está ocupado ese asiento?

—Claro —dijo Sally—. Claro, por supuesto, puede sentarse ahí, no hay problema.

Llevaba una chaqueta elegante, una camisa roja y una corbata azul oscuro. Eso significaba que iba al trabajo, supuso. Trabajar un domingo debía significar que estaba en el comercio minorista o en la industria hotelera. Sus amigos del comercio minorista y la hostelería siempre se quejaban de sus turnos de fin de semana.

—¿Está un poco cansada? —preguntó él, mientras ella bostezaba de nuevo.

—Sí, lo estoy —dijo Sally con una sonrisa—. Estuve en Tucson el viernes y el sábado por la noche, y no dormí mucho.

—Es una pena. Pero seguro que lo pasó bien.

—Sí, así fue —admitió.

—Me encanta Tucson. Yo también estuve allí por negocios, pero hace años viví allí. Pensé que era una gran ciudad.

—Soy Sally —dijo ella, sintiendo que necesitaban presentarse—. ¿Cómo se llama?

—Oh, lo siento. Me llamo Carl —dijo, extendiendo su mano.

—Encantada de conocerle, Carl —dijo, estrechándole la mano.

En realidad, se sintió aliviada de estar sentada frente a un buen ciudadano. Al menos significaba que el asiento no podía ser ocupado por un bicho raro, o por el asesino del que su padre no dejaba de advertirle.

—¿Le importa si le pregunto adónde va? —preguntó él, como si después de la presentación estuviera listo para charlar.

—Oh, voy a mi casa en Lone Oaks —dijo ella—. Está a unos kilómetros de Los Ángeles.

—Ah, conozco el barrio. Yo también voy a Los Ángeles.

—Los Ángeles es lo mejor —dijo Sally.

Supuso que podría decirle que su padre era senador en California, pero había descubierto que eso no siempre caía bien a los desconocidos. Las opiniones políticas de la gente eran muy diferentes, y en el pasado, había hablado a desconocidos sobre el trabajo de su padre, sintiéndose orgullosa, solo para pasar la siguiente hora escuchando por qué estaba haciendo un trabajo tan malo. Así que había dejado de hablar de eso porque era más seguro.

—Sí, me encanta —dijo él—. Tiene una energía increíble. Voy allí para una reunión.

Sally sonrió, aunque realmente no tenía ganas de hablar. Se sentía somnolienta. Pero él estaba siendo amable y educado, así que sintió que al menos debía ser educada a cambio.

—Me pregunto si deberíamos ir a por un café —sugirió él—. Si te apetece dar un paseo, puedo invitarte a uno, si el servicio de catering ya está abierto. Podríamos ir a echar un vistazo.

Un café le pareció una idea estupenda, pensó ella. La animaría un poco. Sentía que necesitaba un chute de cafeína. Había bebido un poco durante el fin de semana, y normalmente no bebía nada. Por lo general, era la conductora designada en las fiestas y dejaba que sus amigos se lo pasaran bien mientras ella observaba. Pero en esta fiesta realmente se había divertido, e incluso había ganado el reto del tequila. Aunque no recordaba demasiado de ese evento en particular.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó ella, asimilando su petición y pensando que era un poco raro.

—Desafortunadamente, tengo un problema grave de visión —dijo él—. De hecho, de eso trata mi reunión. Me reúno con el cirujano en el hospital esta tarde, para ver si se puede corregir. Parece que creen que una operación puede solucionarlo.

Por eso parecía mirar cerca de ella y no directamente. Pobre hombre, pensó. Sí que parecía tener los ojos un poco rojos.

—Claro que iré contigo. No me di cuenta de que no podías ver bien —dijo ella, siendo amable. Nadie quería que le dijeran que parecía medio ciego, ¿verdad?

—Es un problema que ha ido empeorando con los años, y solo ahora he podido reunir el dinero para la operación. Menos mal, porque ha llegado a un punto en que está afectando mi vida —admitió él.

—Espero que puedan solucionarlo —dijo ella con simpatía.

—Yo también lo espero —dijo él, sonriendo.

Había algo en esa sonrisa que parecía un poco extraño, un poco forzado, pero luego desapareció. Supuso que debía haberlo imaginado, con el peligro de los desconocidos siendo una preocupación en estos tiempos. O quizás su condición también le causaba dolor y había tenido un momento de molestia. Iba a quedarse con eso y dejar de ser suspicaz. Su padre le estaba metiendo ideas en la cabeza; esa era la verdad. La estaba asustando cuando realmente no había razón para estarlo, especialmente ahora que tenía a este hombre de mediana edad y educado cuidando de ella.

Comprobó la hora. Las ocho y media de la mañana.

Era un poco pronto para llamar a su padre. Le había prometido llamarle antes de las nueve. Habría tiempo para hacerlo cuando tomara su café.

Por ahora, se levantó y caminó por el vagón, siguiendo al agradable hombre que acababa de conocer. Realmente esperaba que el quiosco de catering estuviera abierto porque necesitaba un café y un refresco, y quizás también un bollo. Estar cansada siempre le daba hambre. Ahora, estaba muerta de hambre.

Quizás podría ofrecerse a comprar los bollos, ya que él iba a comprar el café.

Le caía bien Carl. Había algo seguro y tranquilizador en él.

Sally incluso le tomó del brazo cuando se pusieron de pie. Quería asegurarse de que no chocara con nada y que estuviera seguro mientras hacían el trayecto hasta el vagón de catering.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La búsqueda inversa de imágenes no estaba ayudando. No encontraba nada sobre los broches de mariquita, y Caitlin miraba la pantalla con frustración.

Se había sentido tan esperanzada con este nuevo enfoque, especialmente con la mejor energía entre ella y Nathan. Pero cuando buscó algunas fotos de esos broches de mariquita de las escenas del crimen, sentada en la oficina trasera de la comisaría, no pudo encontrar ninguna coincidencia.

A su lado escuchaba a Nathan, sus dedos tecleando con fuerza mientras hacía exactamente lo mismo. Ahora no se sentía competitivo, sino más bien colaborativo. Al menos estaban trabajando juntos.

Caitlin esperaba que este cambio en su dinámica ayudara a resolver con éxito este desafiante caso. Sin embargo, hasta ahora, no había nada que encontrar. Quizás buscar una descripción de los broches ayudaría, para ver si podía encontrar dónde se vendían.

—Broches, broches de mariquita, broches decorativos, prendedores.

Supuso que probablemente se trataba de un pequeño proveedor. Estos eran broches hechos a mano y claramente no eran comunes. Obviamente tenían un significado importante para el asesino, y él sabía dónde comprarlos.

Se necesitaba paciencia, pero era un bien del que Caitlin se estaba quedando rápidamente sin existencias.

—Creo que he encontrado algo aquí —dijo Nathan pensativo—. Mira esto, Caitlin.

—¿Hechos a mano por Jen? —Las cejas de Caitlin se alzaron al ver el sitio web. Era el que necesitaban, sin duda. Al leerlo, vio que Jen era una artista que vivía en Nevada, y que hacía trabajos con cuentas y manualidades, creando una variedad de adornos y joyas. Incluyendo esos broches que estaban etiquetados como "Más vendidos" en su sitio.

—¡Lo has encontrado, seguro! —Se sintió motivada de nuevo por haber llegado tan lejos—. Estos son únicos y tienen marca registrada. Ella menciona esas patas de mariquita doradas, que en realidad están bañadas en oro.

Esta iba a ser una pista sólida, Caitlin estaba segura de ello. Ahora, necesitaba contactar con Jen y averiguar dónde había vendido los broches, y si alguien los había comprado al por mayor.

El sitio web de Handmade by Jen tenía una dirección y un número de teléfono. Sintiéndose esperanzada, Caitlin marcó el número.

Después de dos tonos, una mujer de voz alegre contestó.

—¿Jen al habla?

—Jen, soy la agente Dare, de la fuerza especial de crímenes ferroviarios.

—¿De dónde? —dijo Jen, sonando conmocionada—. ¿Está segura de que tiene el número correcto? Soy artesana.

—Estoy llamando por cierto artículo que usted fabrica. Se ha encontrado en varios escenarios de crímenes, y creemos que el asesino podría estar usándolo como firma.

Caitlin sintió una pena tremenda por Jen. Iba a ser duro para ella saber que sus artículos, hechos con intenciones tan positivas para ser usados como bonitos accesorios y regalos, estaban siendo utilizados por un asesino.

—Oh no, no puedo creerlo —dijo Jen, su voz ahora llena de miedo—. ¿Qué artículo es ese? ¿Está segura de que es uno de los míos?

—Son sus broches de mariquita —dijo Caitlin.

—¿Mis broches? ¿Usados en escenas de asesinatos?

Su voz temblaba ahora, y Caitlin sintió mucha lástima por ella.

—Lamento mucho tener que decirle esto, pero sí —dijo Caitlin.

—No puedo creerlo —dijo Jen—. Simplemente no puedo creerlo. He hecho tantos. Siempre han traído alegría a la gente. Esto es simplemente impensable. ¿Por qué ellos?

Esa era una buena pregunta y una a la que Caitlin deseaba tener respuesta. Le dio un momento. Parecía que lo necesitaba, para asimilar lo que había sucedido.

—Necesito hacerle algunas preguntas sobre sus ventas y clientes, ya que es posible que el asesino haya comprado los broches directamente de usted.

—De acuerdo —dijo Jen, su voz sonando apagada, como si estuviera al borde de las lágrimas—. Le ayudaré en todo lo que pueda. Esto es terrible.

—¿Alguien hizo pedidos al por mayor de estos broches? Digamos, ¿tres o más? —preguntó Caitlin.

—Bueno, tengo algunas tiendas a las que suministro —dijo la artesana, todavía sonando conmocionada—. Suelen hacer pedidos al por mayor, pero

no solo piden los broches. También hago adornos, decoraciones, otras joyas, y esos pedidos son bastante grandes.

Un asesino que planeaba con anticipación como lo hacía este monstruo, también podría haber ocultado los broches en un pedido más grande. O tal vez era uno de los clientes, y había decidido empezar a usar los broches simplemente porque estaban disponibles.

Caitlin tampoco podía descartar que hubiera hecho múltiples pedidos comprando un broche a la vez o incluso usando diferentes nombres. Eso sería fácil de hacer al hacer pedidos en línea. Todo dependía de cuánto preplaneaba estos crímenes.

—Me gustaría que me enviara los detalles de cada persona y cada punto de venta que haya pedido estos broches —dijo.

Hubo una pausa.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Jen, con un tono de duda.

—Estás legalmente obligada a cooperar en investigaciones criminales —dijo Caitlin con voz suave.

—No es que no quiera cooperar, pero la confidencialidad del cliente es un problema.

—Desafortunadamente, hay una conexión directa entre estos broches y el asesino —dijo Caitlin—. Los está usando, sin duda. Así es como encontramos tus datos. Por lo tanto, tenemos derecho a investigar el caso. Están matando a mujeres. Podemos conseguir una orden judicial y acudir a tus instalaciones más tarde hoy para incautar lo que necesitamos, o puedes proporcionárnoslo tú misma. De cualquier manera, nosotros mantendremos la información confidencial —prometió—. No haremos un mal uso de la información de ninguna manera, y solo contactaremos a las personas que sospechemos que puedan encajar en el perfil de nuestro asesino.

—Ya veo —reconoció Jen.

—Está matando rápido —añadió Caitlin—. Tenemos tres víctimas en el espacio de una semana. Aún no lo hemos atrapado. Puede que tenga una víctima en la mira ahora mismo. Si accedes a ayudarnos voluntariamente, estaremos extremadamente agradecidos y nos ayudarás a encontrar a un asesino en serie muy peligroso.

—¿Qué necesitáis exactamente? —preguntó Jen.

—Necesito los datos de contacto de todos los que pidieron los broches de mariquita en, digamos, los últimos dos años —dijo Caitlin—. Incluyendo los pedidos al por mayor a las tiendas de regalos. Y necesito esos datos

rápidamente. También, los detalles de pago de las ventas privadas. Solo los nombres, porque necesitamos ver si alguien hizo un pedido con un nombre y luego pagó con un nombre diferente.

Podía notar que Jen estaba pensando en esto. Ahora, estaba viendo el panorama más amplio, esperaba Caitlin.

—De acuerdo —dijo Jen—. Enviaré los detalles por correo electrónico de inmediato. Solo llevo haciéndolos un año y medio, así que ese es el alcance de los registros. Si alguno de mis clientes se queja, les diré por qué cooperé. Creo que todos deberían intentar ayudar en una situación como esta. Es una gran tragedia.

—Gracias, Jen —dijo Caitlin—. No puedo expresarte lo agradecidos que estamos por tu ayuda.

Cortaron la llamada después de que Caitlin le diera los detalles del correo electrónico que necesitaba.

—Así que, con suerte, lo que obtengamos de ella será una lista completa —le dijo a Nathan—. Si es así, entonces tenemos mucho trabajo por hacer.

—Estuve escuchando la llamada. Parece que hizo ventas directas, y también vendió a algunas tiendas de regalos, ¿no?

—Sí. Y necesitamos investigar ambas cosas, especialmente las ventas locales y las tiendas locales —enfatizó Caitlin—. Por local, me refiero al área en la que ha estado matando, que abarca Arizona, California y parte de Nevada. Seguramente debe vivir en algún lugar dentro de esa zona. Creo que ahora podemos averiguar dónde si buscamos con suficiente cuidado.

Garabateó a mano algunos de sus pensamientos que había tenido mientras hablaba con Jen.

"Posibilidad de múltiples pedidos en diferentes momentos - ¿diferentes nombres?"

"Cualquier tienda de regalos local será importante para hablar."

"Buscar cualquier pedido múltiple en línea - ¡gran bandera roja!"

Se alegró de que Jen cumpliera su palabra. Cuando Caitlin terminó de anotar sus pensamientos, hubo un pitido que indicaba que el correo electrónico había llegado.

Al abrirlo con entusiasmo, Caitlin se alegró de ver que Jen había hecho un trabajo minucioso. Cada venta de los broches durante el último año y medio estaba anotada en orden cronológico, con el número de broches pedidos, la fecha, el nombre y la dirección del comprador, y también el nombre del pagador.

A primera vista, se decepcionó al ver que nadie había pedido múltiples broches en un solo envío en línea, aparte de las tiendas de regalos. El asesino claramente había sido demasiado inteligente para hacer eso.

—Empezaré a revisar y ver si hay alguna discrepancia entre los compradores y los pagadores que signifique que alguien hizo un pedido bajo un nombre diferente —dijo Nathan—. También estaré atento a los pedidos repetidos.

—Voy a revisar las tiendas de regalos a las que suministró —decidió Caitlin.

Miró fijamente la lista, con los ojos entrecerrados, observando las diversas tiendas de regalos que eran clientes de Handmade by Jen.

No había muchas, pero las que tenía parecían ser buenos clientes, haciendo grandes pedidos cada mes o dos. Eso podría valer la pena investigar, decidió Caitlin. ¿Dónde estaban estas tiendas?

Echó un vistazo a sus ubicaciones y vio, para su sorpresa, que nueve de las diez tiendas listadas estaban fuera de su área de enfoque. Algunas estaban en la costa este, un par en Florida, e incluso una en Canadá.

Solo había una tienda en el área local más amplia, y esa era Lillie's Gifts, que estaba a unos kilómetros de Phoenix.

—Creo que valdría la pena ir a esa tienda —dijo Caitlin en voz alta—. Venden mucho de su trabajo allí. Podrían recordar a alguien que hubiera entrado y hecho un gran pedido al por mayor.

Sentía que era importante seguir esta pista.

—No quiero perder el tiempo —dijo Nathan, sonando ansioso—. Hay muchas ventas individuales, y comprobar los detalles de pago llevará tiempo.

—Iré a Tucson —decidió Caitlin—. Esa tienda no está lejos de aquí. Tú quédate aquí y revisa la lista, y yo iré a hablar directamente con el dueño de la tienda.

Cuando llegase a la tienda, serían las nueve de la mañana y estaba segura de que estaría abierta.

—Nos mantendremos en contacto —dijo Nathan, asintiendo.

Cogiendo las llaves del coche, Caitlin salió corriendo. Tenía la fuerte sensación de que por fin estaban acercándose al asesino.

Dado que debía estar establecido en la zona, se preguntó si se habría sentido más seguro y anónimo entrando en una tienda de regalos que

comprando en línea. Si era así, solo había una tienda local que podría haber utilizado.

—Te vamos a pillar —murmuró, subiéndose al coche.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Nathan estaba decidido a encontrar el vínculo entre estos pedidos en línea, si es que existía. Y sabía que cuando se trataba de este tipo de investigación, podía trabajar rápido.

Tan pronto como Caitlin se marchó, se puso manos a la obra. Como policía ferroviario, había hecho su parte de trabajo pesado y papeleo, que eran las tareas más tediosas e impopulares.

Nunca las había rehuido y, como resultado, había aprendido a hacerlas con rapidez. Por supuesto, eso significó que durante un tiempo le asignaron más de las que debería porque era bueno haciéndolas, pero afortunadamente había superado ese obstáculo y lo habían ascendido del trabajo de oficina al trabajo de campo.

Todavía no tenía claro si este nuevo puesto era un castigo o no. Esperaba que fuera más bien una oportunidad, y que ante la necesidad de crear este grupo de trabajo, sus superiores en la policía ferroviaria hubieran buscado a alguien con las cualidades para hacerlo triunfar.

Pero en este momento, no podía reprimir su temor de que cualquier cosa menos que un éxito rápido y completo en este caso significaría el fin de su carrera.

Sabía que Caitlin compartía esos temores.

No era una persona fácil de querer, decidió, y eso era porque ella no se hacía querer. Era cien por cien auténtica y cero por ciento falsa, y era quien era. No buscaba hacer amigos, pero ay de ti si eras su enemigo o uno de los malos. Podía ver cómo podría haber sido una amenaza para la gente de la oficina del FBI en Atlanta, que querían mantener su statu quo tal como estaba. Caitlin era alguien que parecía desafiar las cosas automáticamente. Pero al mismo tiempo, era amable. Eso lo había visto. Tenía un profundo deseo de ayudar a quienes no podían ayudarse a sí mismos.

Apreciaba esa cualidad en ella y había llegado a respetarla. Curiosamente, ahora mismo, si le hubieran dado la oportunidad de cambiarla por otra persona, no la habría aceptado. Le gustaba que pensara tan rápido, que fuera tan creativa en sus ideas y que estuviera tan empeñada en obtener resultados. Y, por supuesto, su amabilidad y calidez le habían sorprendido.

Ahora necesitaban resultados, y rápido.

En ese momento, sonó su teléfono y vio con un nudo en el estómago que era Knight quien llamaba.

Querría saber si habían logrado sus objetivos. Era una lástima porque ahora mismo no había nada que pudiera decir. Pero al menos tenían una pista que, en teoría, debería llevarlos hasta este asesino de una forma u otra.

Sintiendo un destello de temor, contestó.

—Nathan Bridges al habla —respondió profesionalmente.

—Bridges. Te llamo para un informe de progreso —dijo Knight, con voz tensa—. Seré sincero contigo, estoy recibiendo mucha presión de los gobiernos locales y los funcionarios ferroviarios en todos los estados afectados. Quieren resultados y están ansiosos por saber si esta unidad experimental está funcionando.

Enfatizó la palabra "experimental". Deliberadamente, pensó Nathan.

—Entonces permítame ser sincero con usted, señor —dijo, manteniendo un tono respetuoso—. El grupo de trabajo está colaborando bien. Tenemos varias pistas ahora, y estoy seguro de que atraparemos al asesino. Solo llevará algo de tiempo. Necesitamos trabajar metódicamente y no apresurarnos.

—Necesito saber que no estoy perdiendo el tiempo aquí.

—El mayor desafío ha sido las largas distancias en la investigación de los crímenes —explicó Nathan—. Con el asesino siendo tan móvil, nos ha llevado horas ponernos al día y examinar cada escena. Pero estamos aprendiendo a trabajar en torno a eso. El transporte aéreo podría ser útil en el futuro, como un helicóptero, aunque sé que es un factor de coste añadido.

—Los crímenes están costando dinero. Resolverlos es una prioridad —dijo Knight con firmeza.

—Estamos trabajando literalmente las veinticuatro horas del día —enfatizó Nathan.

—Déjame ser franco. Se os está acabando el tiempo. Necesitamos resultados, y rápido. Ya hay algunos críticos de la unidad que me han llamado para decir que creen que es innecesaria y que está ralentizando las cosas en lugar de lo contrario. Hay reuniones presupuestarias ocurriendo mientras hablamos, y si esto no se resuelve para mañana, entonces no creo que podamos justificar su existencia continua. Se negarán a financiarla.

—Entiendo eso —dijo Nathan, sintiendo un escalofrío. No le gustaba el tono de voz de Knight.

—Bien. Mientras sepas lo serio que es esto. Me pondré en contacto de nuevo pronto.

Knight colgó, dejando a Nathan sintiéndose sacudido por el hecho de que ya tuvieran críticos. Ya había gente que no quería que esta unidad estuviera en funcionamiento. La política era un juego complejo. La gente tenía tantas agendas diferentes.

No quería pensar en el hecho de que si no lograban esto, podría costarle su carrera. Y la de Caitlin también. Era algo terrible incluso de considerar.

Sabía que estaba trabajando rápido, pero necesitaba ser más rápido. Y necesitaba resultados para respaldarlo. Abrió de nuevo el correo electrónico de Jen y comenzó a buscar, sus ojos pasando de una pantalla a otra.

Repasó los pedidos y los pagos, tomando nota de cualquier discrepancia.

Ahora, necesitaba echar el resto, trabajar lo más rápido posible para ver si podía identificar algún factor común en los pedidos.

Empezó comprobando las direcciones. Con cuidado y metódicamente, fue revisando la lista, mirando cada una por turno, anotando el número de casa o apartado de correos para recordarlo si volvía a aparecer, y luego pasando a la siguiente.

Después, hizo lo mismo con los datos de pago.

No encontró ningún patrón común en los datos de pago o los nombres, pero mientras avanzaba por la lista, se dio cuenta de que estaba viendo un factor común en algunas de las direcciones.

—¿Qué es esto? —se preguntó, inclinándose hacia delante, concentrado en la pantalla. Su pulso se aceler. Por fin tenía algo.

—Es el mismo aquí, y aquí, y aquí —exhaló, sintiéndose satisfecho y emocionado a la vez. Esta pista estaba dando resultados. Perseguir al asesino no había tenido éxito, pero seguir sus huellas había sido el cambio de juego que necesitaban.

Había habido cinco pedidos de alfileres hasta ahora, uno de ellos doble, todos enviados a la misma dirección de apartado de correos en Tucson.

—Esto sí que es interesante —murmuró, con los dedos volando mientras cambiaba a otra base de datos.

La dirección parecía estar registrada a nombre de una empresa, Razzle Incorporated, pero cuando intentó buscarla, descubrió que la empresa estaba extinta, dada de baja, y no había información disponible, al menos no rápidamente. Eso no era nada útil, especialmente viendo que los pedidos

estaban todos a nombres diferentes, e incluso los pagos se habían realizado de formas distintas. Uno había sido a través de un vale, otro usando PayPal, y dos desde diferentes tarjetas de crédito.

Pero la dirección era la misma, y sintió que su determinación se afilaba mientras la miraba. Era local, y se habían enviado múltiples alfileres allí. Estaba seguro, sin ninguna duda, de que era la correcta. ¡Esta era la pista que necesitaban! Estaba mirando la dirección que había usado el asesino.

El problema era que no había suficiente información sobre este apartado de correos. Y dado lo apremiante del tiempo, tenían que trabajar rápido.

Quizás debería llamar a Caitlin ahora, decidió. Con sus contactos en el FBI, podría tener acceso a más bases de datos, más rápidamente, que él.

Cogió el teléfono e hizo la llamada.

El teléfono sonó cuatro veces, cinco. Empezaba a pensar que lo tenía en silencio y que estaba ocupada entrevistando al tendero, cuando finalmente contestó.

Sonaba sin aliento y emocionada.

—Estaba a punto de llamarte —dijo—. Hemos tenido un golpe de suerte aquí. Acabo de descubrir algo muy importante.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Caitlin aparcó frente a la tienda de regalos, que se encontraba en un centro comercial local en las afueras de Phoenix. Lillie's Gifts era un establecimiento bellamente decorado, con escaparates coloridos, puertas de cristal relucientes e incluso una mini cafetería, con dos pequeñas mesas y sillas en el exterior, con vistas a un parque.

Esperaba que Lillie fuese de ayuda y que la tienda llevara algún tipo de registro de clientes. Que lo hiciera o no podría determinar el éxito de esta pista. Especialmente porque estaba segura de que el asesino habría intentado mantenerse en el anonimato.

Empujó la puerta y entró en la fresca tienda con aire acondicionado que olía a velas aromáticas y un toque de incienso.

La tienda parecía vender de todo, desde ropa hasta velas, desde joyas hasta adornos, desde juegos hasta puzzles.

Había una mujer regordeta de pelo oscuro detrás del mostrador que le dedicó una sonrisa amistosa.

Caitlin se acercó rápidamente.

—¿Es usted la dueña de la tienda? —preguntó—. Soy la agente Dare y estoy buscando información sobre unos crímenes.

—¿Crímenes en esta zona? —La mujer parecía confundida.

—En un área más amplia —dijo Caitlin.

—Soy la dueña —dijo Lillie—. Pero no entiendo. ¿Puede decirme de qué se trata y cómo está involucrada mi tienda?

—No sabemos con certeza si está involucrada. Pero hemos encontrado broches de mariquita en las escenas de los crímenes. Estamos en contacto con la proveedora, Jen, pero nos preguntamos si el asesino podría haber obtenido los broches de esta tienda de regalos.

—¡Qué terrible! —Lillie parecía conmocionada—. No puedo creer que alguien haga algo así, pero supongo que así es el crimen —añadió en un tono más pragmático.

—Me gustaría preguntarle algo más sobre ellos —dijo Caitlin.

Pero Lillie se encogió de hombros.

—No sé qué decirle, aparte de que todos los artículos de Jen, incluidos los broches, se venden bien y son populares. Supongo que la gente piensa

que las mariquitas dan buena suerte.

No para las víctimas, pensó Caitlin con tristeza mientras Lillie continuaba.

—Quiero decir, son bonitos, de colores vivos y de muy buena calidad. Por eso se venden bien.

—¿Puedo echar un vistazo a sus registros de ventas? ¿Ver cuántos ha vendido en los últimos meses?

—No guardo esa información aquí —Lillie se encogió de hombros—. Hacemos muchas ventas en efectivo, hacemos inventarios una vez al mes, pero para más detalles tendría que consultarlo en el ordenador o en nuestros libros de facturas manuales. Usamos ambos, ya que tengo una ayudante que trabaja los fines de semana que no le gusta usar el ordenador.

—¿Tiene registros de clientes?

Lillie suspiró.

—No. Tenemos muchos turistas en la tienda, y como solo vienen una vez, no nos molestamos en guardar registros.

—Esto probablemente sería un local —dijo Caitlin—. Y esta persona, probablemente un hombre, habría comprado más de un broche. Al menos tres, y probablemente más.

Lillie frunció el ceño.

—Bueno, como he dicho, esos broches se venden bien. Se han vendido especialmente bien en los últimos meses, pero eso es obviamente como resultado de la tragedia. Sin embargo, no recuerdo que nadie haya comprado más de uno.

—¿Qué tragedia es esa? —A Caitlin se le aguzaron los oídos al mencionar lo que podría ser un evento relacionado, o incluso el primero de una serie de crímenes. Ahora estaba ansiosa por saber más.

—Oh, no creo que sea relevante para usted. No hubo ningún delito involucrado. No fue un asesinato ni nada parecido —dijo Lillie.

—Aun así me interesaría saberlo —dijo Caitlin—. A veces, la información de fondo puede ser sorprendentemente útil.

—¿De verdad? Fue un suceso muy triste, pero fue una de esas cosas que pasan. Era una mujer local, Gretchen Barlow, que viajaba en tren cuando sufrió una embolia.

Los ojos de Caitlin se abrieron de par en par. ¡Esto tenía que estar relacionado! Pero, ¿cómo?

—¿Qué pasó? ¿Quién es Gretchen?

—Era profesora en este pueblo y muy querida. Solo tenía treinta y pocos años, por eso fue tan trágico. La embolia pulmonar fue aparentemente el resultado de un coágulo de sangre que se le formó después de romperse el tobillo. Se movió y se alojó en su pulmón, y tuvo la mala suerte de estar en un tren en ese momento y no pudo llegar al hospital lo suficientemente rápido.

—¿Hace cuánto tiempo fue esto? —preguntó Caitlin.

—Fue... déjeme ver. Hubo un artículo sobre ello en el periódico local que guardé.

Abrió un archivo y pasó las páginas hacia atrás.

—¡Hace tres meses! Dios mío, cómo vuela el tiempo —dijo.

Giró el artículo hacia Caitlin, quien lo leyó, sintiéndose extremadamente convencida de que esto era un gran avance.

La querida profesora local Gretchen Barlow falleció trágicamente en un viaje en tren entre Phoenix y San Diego. Barlow, que había dado clases en el instituto de Phoenix durante diez años, tenía solo treinta y dos años cuando murió. La causa de la muerte se determinó posteriormente como una embolia pulmonar, y los médicos creen que una fractura de tobillo un mes antes había causado el coágulo de sangre fatal que finalmente migró a su pulmón.

—La trombosis venosa profunda puede ser un riesgo en cualquier fractura o rotura donde se inmoviliza una articulación de la pierna, o se ha operado —explicó el Dr. Pharr, un cirujano local—. Los pacientes siempre deben tener cuidado de mantener el miembro fracturado elevado tanto como sea posible, consultar con su médico sobre ejercicios seguros para reducir este riesgo, y usar una media de compresión si se recomienda después de una fractura grave o una rotura. Esto puede ayudar a prevenir la formación de coágulos sanguíneos y potencialmente causar una embolia fatal.

La muerte ocurrió demasiado rápido para que alguien pudiera intervenir, y cuando el tren llegó a una estación, ya era demasiado tarde para la Sra. Barlow.

—Simplemente se desplomó en el tren —dijo uno de los testigos, que llegó a la escena demasiado tarde para ayudar—. Pensé que estaba dormida, pero luego me di cuenta de que no respiraba, y entonces descubrí que estaba muerta.

Varios testigos también habían dicho que pensaron que la mujer estaba profundamente dormida.

—Me aparté para darle más espacio, porque estaba tosiendo —dijo un testigo—. Ahora me siento tan mal, al pensar que se estaba muriendo y podría haberla ayudado.

—Estamos simplemente conmocionados —dijo el director del Instituto Phoenix—. Era una profesora maravillosa, y todos los chicos la adoraban.

—Hablé con ella unas horas antes de que muriera. Debía volver a Phoenix en unos días; su tobillo había sanado bien, y estaba deseando volver al trabajo y ponerse al día con amigos y familia —dijo entre lágrimas una amiga, Karen Turner.

El trágico incidente fue declarado muerte por causas naturales.

Ahora, aquí estaba la parte importante, la pista que Caitlin pensaba que necesitaba.

A Gretchen le sobreviven sus padres, su hermano menor y su prometido, concluía el artículo.

Caitlin asintió para sí misma. Esto finalmente cuadraba, y podía ver hacia dónde se dirigían sus sospechas.

Estos familiares cercanos eran ahora los principales sospechosos, porque estaba segura de que los asesinatos estaban de alguna manera vinculados a este trágico evento. Uno de estos miembros de la familia podría haber sufrido un brote psicótico, matando a personas que creía responsables.

A Caitlin le interesó ver que la propia Gretchen no era similar en apariencia a las víctimas. Tenía el pelo oscuro, era mayor y tenía ojos marrones oscuros. Así que el asesino no había estado apuntando a personas que se parecieran a ella. Quizás estaba traumatizado porque uno de los transeúntes no había ayudado, o estaba matando a una enfermera o un médico que no había logrado salvarla en su mente trastornada.

—Gracias. Has sido de gran ayuda —dijo Caitlin a Lillie, cerrando la carpeta.

Lillie le dio a Caitlin una triste sonrisa.

—Espero que esto te ayude a encontrar al asesino. Es terrible pensar que el legado de Gretchen llevó a más asesinatos.

Caitlin asintió y rápidamente se dio la vuelta para salir de la tienda.

Mientras lo hacía, Nathan llamó. Justo a tiempo. Estaba a punto de llamarle, porque ahora la caza había comenzado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—Escucha, Nathan, ¡creo que tengo algo importante aquí! —Caitlin siguió con su primer comentario, soltando las palabras mientras subía al coche.

Solo entonces se dio cuenta de que Nathan también había sonado emocionado.

—Si tú tienes algo, yo también —dijo.

—¿Qué tienes? —Con dos pistas, esto podría avanzar al doble de velocidad. Las pistas incluso podrían apuntar en la misma dirección. Ya fuera por separado o juntas, podrían ser suficientes para encontrar al asesino.

—Tengo cuatro nombres diferentes de esos pedidos de alfileres, todos con la misma dirección utilizada —le contó Nathan emocionado—. No puedo sacar mucho de la dirección, ya que es un apartado de correos en Tucson, pero puedo confirmar que se usaron cuatro nombres diferentes y cuatro métodos de pago diferentes para esa misma dirección. El primer alfiler se compró hace un mes, y los otros en las dos semanas siguientes.

—Eso encaja con lo que encontré —dijo Caitlin poniendo el teléfono en altavoz mientras aceleraba por la carretera principal.

—¿Qué encontraste?

—Descubrí que una mujer que llevaba un alfiler de mariquita, Gretchen Barlow, murió en un tren hace poco más de un mes. Sufrió una embolia a los treinta y dos años, después de una fractura de tobillo. No fue culpa de nadie, pero me preguntaba si alguno de sus familiares podría haber sufrido un brote psicótico y, como resultado, culpado a alguien en el tren. Tal vez estaba enfadado porque los pasajeros del tren no hicieron lo suficiente para ayudar.

—Sí. Eso suena muy posible. Estoy comprobando los nombres en esos pedidos aquí —Nathan contuvo la respiración—. Uno de ellos es Carl Barlow. Compró uno de esos alfileres con su tarjeta de crédito personal. De hecho, esa fue la primera compra desde esta dirección. Las siguientes se hicieron usando nombres diferentes.

—¿Qué relación tiene? ¿Padre? —Ahora, Caitlin estaba dando palos de ciego y adivinando la edad aproximada.

—Estoy buscando esa información ahora. Sí. Leyendo aquí, veo que Carl Barlow es su padre. Veo que está divorciado, según este registro. Y es un gurú del fitness que trabajó como doble de acción en el pasado, que sería fuerte y en forma. ¿Así que ese es nuestro sujeto?

—Y esa es la razón. Su hija murió y siente que la está vengando. Está viajando en trenes en la zona y está buscando personas que coincidan con la descripción que lleva en su mente de la persona que no la ayudó, que no la salvó. Y los está matando.

—¡Necesitamos saber urgentemente dónde está! —Nathan sonaba estresado al máximo. Caitlin también lo estaba.

—Puede que haya comprado billetes de tren usando todos esos nombres falsos también. Probablemente los alterna. Al igual que compró los alfileres, está usando diferentes nombres y diferentes datos de pago cuando viaja en los trenes.

La carretera se extendía delante. Caitlin pisó el acelerador. Necesitaba llegar a Nathan lo antes posible, pero Nathan necesitaba obtener las respuestas correctas para cuando llegaran. Solo entonces sabrían adónde ir. Hasta entonces, solo eran conjeturas.

—Voy a buscar todos esos nombres que usa. Pediré ayuda a nuestra oficina administrativa principal para que vaya más rápido. Podemos ver dónde está ahora.

—Mientras tanto, piensa con antelación —instó Caitlin—. Es muy inteligente y astuto. Podría tener siempre un doble engaño preparado. Tenemos que tener eso en cuenta.

—Estoy mirando ahora.

—Te dejaré mirar, y yo conduciré. Debería estar de vuelta allí en cinco minutos.

Cuatro minutos, si pasaba el semáforo de delante antes de que cambiara. Con el pie a fondo, Caitlin pasó justo cuando cambiaba. Colgó y mantuvo la vista en la carretera. Tenía que llegar a Nathan lo antes posible.

Estaba convencida de que Carl Barlow ya estaba en un tren de nuevo. Por supuesto que lo estaba. Estaba recorriendo las líneas y buscando a su próxima víctima. Pero ¿dónde? Se sintió brevemente abrumada ante la idea de la red de ferrocarriles, la amplia red, la cantidad de trenes. En algún lugar dentro de eso, él estaba trabajando de nuevo. Estaba segura de ello, y con suerte las ventas de billetes lo confirmarían.

¿Qué más podía hacer, como FBI?

Podría rastrear su número de móvil. Esa podría ser una idea, pero era muy probable que si estaba cometiendo este tipo de crimen, mantuviera su teléfono apagado. No querría ningún registro digital de su paradero, y ella podía ver que era un hombre muy astuto y cauteloso.

¿Qué hay de los patrones?

¿Había algún patrón en los trenes que estaba tomando?, se preguntó Caitlin, mientras se desviaba de la carretera principal y tomaba la ruta que llevaba al departamento de policía. ¿Estaba usando algún tipo de método o sistema? A veces los asesinos hacían eso, ya fuera intencional o accidentalmente.

Por lo que sabía hasta ahora, parecía que había elegido tres rutas de tren completamente diferentes, aunque todas en la misma área general. Había matado en dos de esas rutas, y había fallado en matar en la tercera, porque había sido interrumpido.

Eso era todo lo que sabía y, visualizando el mapa en su mente, no podía ver un patrón.

Caitlin se acercaba ya a la comisaría, y redujo la velocidad de temeraria a más moderada. Giró hacia el aparcamiento que llevaba a la entrada y metió el coche de golpe en una plaza.

Se apresuró a entrar y, antes incluso de llegar al despacho del fondo, pudo oír el crepitar de las radios y la voz de Nathan, alta y urgente. Hablaba rápidamente por teléfono mientras ella entraba corriendo, y solo tuvo tiempo de mirarla antes de continuar su conversación mientras ella se movía impaciente de un pie a otro.

Finalmente, cortó la llamada con aire triunfante.

—Le tenemos —dijo.

—¿Le tenéis? —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—¿Esos cuatro nombres? El más reciente, el señor Symons, compró un billete esta mañana en el tren que va de Phoenix a Las Vegas. Lo hizo con la tarjeta de crédito de Carl Barlow, así que sabemos que es él. Ahí es donde se dirige.

—¿En serio? —Se quedó atónita.

—El tren ya está a dos paradas de Vegas, así que está demasiado lejos para que lleguemos. Ya he pedido a la policía local que los encuentre en la próxima estación y que hagan una parada y registro allí. Están de acuerdo conmigo en que los nombres y los datos de pago son pruebas suficientes para enviar un equipo.

Caitlin asintió. De hecho, eufórica, dio un puñetazo al aire. Era la respuesta que necesitaban. El historial de reservas había confirmado que era allí donde viajaba.

Aunque, de repente, se preguntó si debería estar tan emocionada, dado el nivel de astucia al que se enfrentaban.

Intentando disipar sus temores, se quedó mirando la lista de viajes en tren que Nathan había sacado. Había hecho un trabajo minucioso. También había una foto de identificación de él en la pantalla, mostrando sus rasgos.

Este hombre había comprado varios billetes con diferentes nombres, aunque no estaba segura de cuántos había utilizado realmente. Pero con los nombres que tenían hasta ahora, este era el único billete actual que podía ver.

¿Y si hubiera utilizado un nombre nuevo, un nombre diferente? Sobre todo después de que casi le pillaran en el viaje anterior. ¿Y si esa otra reserva fuera una pista falsa?

Volvió a mirar la lista, examinándola, intentando ver si había otros nombres que pudieran haberse repetido.

Y entonces, de golpe, Caitlin vio lo que estaba buscando. Un patrón.

Estaba ahí, claro como el día, y el problema era que no coincidía con el lugar donde la policía iba a hacer la redada ahora.

—¿Has visto algo? ¿Estás pensando algo diferente? —Nathan había visto su cara y sonaba tan preocupado como ella se sentía ahora.

—Sí. Nathan, mira aquí. Mira lo que ha hecho. Ahora lo veo.

Señaló las entradas en la lista de las reservas de billetes anteriores.

—Parece que viaja en una línea una y otra vez hasta que mata. De ida y vuelta. Mira esas reservas. Supongo que a veces tarda un tiempo en encontrar una víctima. No siempre lo consigue. Pero viaja una y otra vez. Mira, viajó en esa primera ruta tres veces, luego mató. Hubo un par de billetes aleatorios comprados en otros sitios, pero supongo que se quedó en ese tren. Quería encontrarla allí y matarla.

—¿Y cuando lo hizo, pasó a la siguiente?

—Exacto. No volvió a viajar en esa línea. Ahora, parece que fue directamente a la siguiente línea de tren que eligió, viajó dos veces, supongo que luego se fue a casa y se durmió, lo intentó de nuevo al día siguiente, y luego, al día siguiente, obtuvo resultados. Y entonces no volvió a usar esa línea. Luego, eligió una tercera ruta. Y esa es en la que le interrumpieron.

—Así que pretende matar a una mujer de aspecto similar en cada una de las rutas, como erradicarla, una ruta cada vez.

—Sí. Viendo su comportamiento, eso es lo que está haciendo. Y el problema es que no la mató en esta ruta. En este tren, el que va de Tucson a Los Ángeles. Así que, ¿y si está viajando en ese mismo tren, de vuelta?

Nathan parecía tenso de preocupación mientras la miraba fijamente.

—¿Intentándolo de nuevo?

—En ese mismo tren —confirmó Caitlin.

—Supongo que podríamos sacar todas las reservas y compararlas con los datos de pago, pero eso llevaría un par de horas más.

Caitlin temía ahora que esas horas fueran una pérdida de tiempo demasiado grande. El tren ya estaba en ruta. Habría salido de la estación de Tucson a las ocho de la mañana según este horario.

—No podemos hacer eso. Estoy de acuerdo en que llevaría demasiado tiempo —admitió Caitlin—. Pero lo que podríamos hacer es subir a ese tren y echar un vistazo. Podríamos cruzarnos con él en esa estación de ahí, dentro de unos cuarenta y cinco minutos —señaló el mapa—. Así al menos podremos comprobar físicamente si está ocupado completando ese patrón. ¿Qué me dices?

Se le quedó mirando desafiante, esperando saber si iba a arriesgarse con ella o no.

CAPÍTULO TREINTA

—Estoy dentro y de acuerdo. Vamos a coger ese tren.

Las palabras de Nathan aún resonaban en la mente de Caitlin mientras llegaban a la estación local, tres paradas después del punto de partida del tren en Tucson.

Se sentía aliviada y emocionada de que él la acompañara en esta persecución y hubiera asumido el riesgo.

Sabía que se estaban arriesgando y que se estaban entregando a lo que podría considerarse una acción innecesaria. Existía la posibilidad de que les llamaran la atención por actuar de forma irresponsable.

Habían mostrado sus identificaciones policiales en el torniquete en lugar de los billetes, y cuando el tren llegó, Caitlin esperó hasta el último momento antes de subir. No quería que el asesino se bajara antes que ella. Sabía que parecía tener un sexto sentido cuando se trataba de la policía y una habilidad asombrosa para evitarlos.

Subieron momentos antes de que el tren arrancara. Caitlin estaba satisfecha de que nadie que pudiera haber sido el asesino se hubiera bajado, al menos no en esta parada.

Mientras se dirigían al vagón, sonó el teléfono de Nathan.

—¿Knight? —preguntó, y Caitlin sintió que se le encogía el estómago. No podía evitarlo. Cada llamada de los superiores iba a disparar su ansiedad, hasta que atraparan a este hombre. Y no pudo evitar notar que su persona de contacto en el equipo parecía ser exclusivamente Nathan. Se preguntó si eso se debía a la sombra que Hume había arrojado sobre su desempeño laboral.

Caitlin estaba segura de que era así. Knight probablemente se sentía inseguro sobre esta agente 'impredecible' y por eso los estaba monitoreando tan de cerca.

De hecho, la razón era diferente.

Nathan colgó la llamada, con aspecto estresado.

—Caitlin, era un aviso para nosotros. Un mensaje urgente.

—¿Un mensaje que dice qué?

—El senador Nicks, de California, acaba de llamarle. Su hija, Sally, se supone que está en un tren que va de Tucson a Los Ángeles esta mañana.

No está seguro de qué tren cogió, pero probablemente fue este. Le prometió mantener su teléfono encendido, pero ahora no contesta y está apagado. Y encaja en la descripción de las víctimas.

—¿Lo hace? —Caitlin miró fijamente a Nathan, horrorizada por esta bomba.

—Es rubia, de ojos azules, tiene veinticinco años, al parecer. Es exactamente el tipo de persona que él buscaría. La elegiría como objetivo de inmediato. Y viajaba sola.

Caitlin sintió que la fatalidad le oprimía el estómago.

Al menos estaban en el tren, gracias a que ella había detectado el patrón del asesino. Pero, ¿era el tren correcto? ¿Y dónde estaba Sally Nicks?

Esta era una situación inesperada que nunca habría previsto, y ahora sentía que la presión pesaba sobre ella, plomiza e ineludible.

Luchando por mantener la calma, dijo:

—Empecemos por registrar este tren. Ahora tenemos que buscarle a él y a ella. Si la vemos, la ponemos bajo custodia protectora y nos aseguramos de que se quede con un miembro del personal en todo momento. Y mantenemos los ojos abiertos para encontrarle a él. Buscamos a un hombre que encaje con su descripción, pero ten en cuenta que podría haber cambiado ligeramente su apariencia, con una peluca, un nuevo color de pelo, cualquier cosa diferente.

—También tenemos que registrar los escondites, las salas traseras —dijo Nathan con seriedad, y el estómago de Caitlin se retorció con fuerza.

—Parece conocer muy bien todos los escondites. Supongo que ha explorado a fondo los trenes en todos esos viajes en los que no eligió una víctima. Así que tenemos que registrarlos minuciosamente.

—Entendido —dijo Nathan.

—¿Tú vas a la izquierda, yo a la derecha, y nos mantenemos en contacto?

Él asintió.

Cada uno se dirigió por su lado y se pusieron a buscar.

Recorriendo los vagones, Caitlin examinó el rostro de cada persona en este concurrido viaje matutino en tren. No quería perderse a nadie. Tenía grabada en la mente su apariencia básica, así como la foto de la identificación, aunque podría haber cambiado su aspecto desde ayer, con el objetivo de ser menos reconocible. Todos sus sentidos estaban en alerta máxima y la adrenalina le pulsaba.

Se encontró deteniéndose, mirando a un hombre que quizás tenía unos cuarenta y tantos años. Tenía bigote y una gorra de béisbol calada hasta los ojos, y estaba sentado solo. Le echó un vistazo detenido, pero no era el hombre adecuado. Era unos años demasiado joven.

Al pasar al siguiente vagón, vio a un hombre con el pelo rubio platino, pero estaba con una mujer mayor, removiéndole consideradamente la taza de café. Necesitaba a alguien que estuviera solo.

Caitlin ya había pasado de largo cuando se dio cuenta de que eso era exactamente lo que haría el asesino. Fingiría estar con alguien. Esa era exactamente la maniobra astuta que intentaría utilizar.

Había estado removiendo el café con la mano izquierda. Este asesino era zurdo.

Se dio la vuelta rápidamente y vio que el hombre estaba ignorando a su anciana acompañante y mirándola fijamente.

—Policía —dijo Caitlin, caminando hacia él—. Necesito comprobar su identificación, señor.

Pero el hombre se puso en pie de un salto, revelando lo alto que era y sus hombros anchos y poderosos que no habían sido tan evidentes mientras estaba encorvado. Miró a Caitlin con pánico. Y entonces, se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Policía! —gritó de nuevo—. ¡Alto!

Pero el hombre la ignoró. Era rápido y atlético. Ya corría por el pasillo con zancadas enormes y un semblante intenso.

Esquivó a un grupo que venía en sentido contrario, casi tirando a una mujer al suelo al abrirse paso a empujones. Irrumpió por la puerta que conducía al siguiente vagón y Caitlin le siguió, gritando una disculpa mientras ella también se abría paso entre el grupo.

El tren se sacudía y se balanceaba mientras corrían por un estrecho pasillo, pasando junto a algunas salas de servicio. Entonces, él se apartó y se dirigió a una habitación trasera.

—¡Alto! —gritó Caitlin—. ¿Eres Carl Barlow? ¿Dónde está Sally Nicks? ¿La has secuestrado? ¡Tírate al suelo!

Gritó cuando le vio intentando abrir la ventana. No estaba tratando de romper el cristal. Solo la empujaba para abrirla lo máximo posible. Contuvo la respiración cuando él se subió al marco. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era una locura. ¿Iba a intentar saltar? ¿Iba a ser el suicidio,

saltando del tren, su último movimiento después de haber matado a su última víctima?

Corrió hacia él, esperando agarrarle la pierna y tirar de él hacia atrás, pero antes de que pudiera hacerlo, él se impulsó desde la mesa y desapareció.

No hacia abajo. Hacia arriba.

Caitlin miró alrededor en pánico. ¿Qué posible razón podría tener para hacer esto? ¿Estaba intentando escapar? Se mataría si saltaba de un tren en marcha a esta velocidad. Pero quizás no. Era un ex especialista de cine. No era una maniobra tan descabellada. Podría haber hecho acrobacias en trenes antes.

Le vino a la mente como un escalofrío. No estaba intentando matarse ni escapar. Estaba tratando de evitarla, porque pensaba que ella no le seguiría y estaba intentando llegar a otro vagón del tren. Pero ella sabía adónde debía dirigirse.

Tenía a Sally en algún lugar. Iba al lugar donde la había dejado y estaba usando el techo del tren para llegar allí rápidamente. Estaba decidido a terminar el trabajo, costase lo que costase.

Tenía que seguirle la pista. Si desaparecía, si bajaba por otra ventana, mataría a Sally antes de que ella pudiera alcanzarle.

Caitlin necesitaba ayuda aquí, pero no había tiempo para ir a buscarla. Corrió hacia la puerta, mirando frenéticamente alrededor. Allí, a lo lejos, había una azafata llevando una bolsa de basura.

—¡Policía! —gritó Caitlin—. ¡Tire del cordón de comunicación! ¡Detenga el tren! ¡Dígale al conductor que hay un sospechoso peligroso en el techo!

No sabía si la mujer la creía, pero su cara parecía horrorizada mientras se alejaba apresuradamente.

Caitlin volvió corriendo a la ventana abierta, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza ante la enormidad de lo que estaba a punto de intentar.

Era lo más peligroso que jamás podría haber imaginado que el hombre pudiera hacer. Era una locura usar el techo como punto de acceso, saltando de vagón en vagón, mientras el tren avanzaba a toda velocidad por la vía.

Y si él lo había hecho, ella necesitaba seguirle, y rápido.

No quería pensar demasiado en esto. Era lo más aterrador que jamás había tenido que intentar. Tomando aire, Caitlin se subió a la mesa y se impulsó hacia arriba, sacando el torso por la ventana, dando un impulso

desde esa misma mesa. Ahora podía verle, en lo alto del tren, tambaleándose mientras avanzaba.

Caitlin se deslizó de lado y se impulsó desde la mesa, agarrándose al marco de la ventana, sintiendo cómo el viento la zarandeaba.

Ahora, se estaba subiendo a una posición agachada en lo alto del tren, viendo cómo el paisaje pasaba a toda velocidad. Su estómago se revolvió. El vértigo la mareó brevemente. Mantener el equilibrio parecía casi imposible, y sus brazos se agitaban. No confiaba en sus posibilidades de usar su pistola aquí arriba. Necesitaba sus manos y brazos solo para mantener el equilibrio y sobrevivir.

No mires abajo, se dijo a sí misma, forzándose a mirar hacia adelante, al techo.

Él estaba intentando llegar al techo del vagón de delante, y el corazón de Caitlin dio un vuelco. Claramente sabía adónde ir. Se movía hacia adelante lentamente, pero sin descanso, con determinación, balanceándose al ritmo del tren. De repente se preguntó si lo habría hecho antes. ¿Habría estado en techos de trenes en el pasado, estudiándolos como medio para un fin?

Caitlin nunca había sentido un miedo como este antes, ni siquiera cuando se enfrentaba a un hombre armado. Sintiendo el viento intentando arrancarla de su precario asiento, empezó a tambalearse hacia adelante para alcanzarle.

Seguramente el tren se ralentizaría pronto, ¿no? Esperaba que no demasiado repentinamente, porque una parada brusca la haría salir volando. Pero, por otro lado, tanta masa en movimiento no podía detenerse demasiado de repente, esperaba. Pero los sacudidas y balanceos mientras avanzaba a toda potencia eran suficientes para hacerla caer.

Estaba intentando observar al hombre delante de ella, mientras también vigilaba la vía, por si se acercaban a un túnel o un puente. Mirar hacia abajo era una muy mala idea. Le hacía dar vueltas la cabeza, viendo el suelo pasar a toda velocidad.

—¡Para! —gritó ella, pero dudaba que la hubiera oído porque iba por delante, y la velocidad de su movimiento se llevaba sus palabras. Caitlin notó cómo su corazón se aceleraba y el sudor brotaba en su frente.

Tenía que llegar al techo del siguiente vagón. Unos metros más y estaría allí. Con tenacidad, dio unos pasos más hacia adelante tambaleándose, pero

el viento empezaba a golpear su cuerpo, fuerte y duro. Al pesar menos que él, corría más riesgo.

Caitlin respiró hondo y saltó al techo del siguiente vagón. Su pie resbaló al aterrizar y luchó por mantener el equilibrio, por enderezarse.

Notó cómo el viento intentaba arrastrarla hacia un lado y sacarla del tren, así que dobló las rodillas, agachándose y avanzando con decisión.

Entonces, él se dio la vuelta y la vio. Su cara se torció de asombro.

Ahora huía de ella, presa del pánico, tropezando mientras el viento lo zarandeaba. Ella no sabía si aún pensaba en intentar entrar por la ventana o si solo trataba de escapar. Paso a paso, apretando los dientes, le seguía, esperando reducir la distancia a pesar del ritmo que él llevaba.

De repente, una situación mala empeoró. El horror la invadió al ver un puente ferroviario bajo y arqueado en la distancia. Su peor temor se hacía realidad. Este tren pasaría a toda velocidad por ese túnel bajo y ellos quedarían atrapados en su techo. Caitlin dudaba que el puente tuviera más de treinta centímetros de espacio libre.

Era una situación mortal, y el puente estaba a pocos segundos.

Tenía que volver al interior del tren o quedaría aplastada cuando llegara al puente.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Caitlin miró hacia atrás por donde había venido, y la acción hizo que su estómago se revolviera de nuevo de forma nauseabunda. Balanceándose precariamente en el techo trepidante y sacudido del tren, se dio cuenta de que no podía volver al lugar por donde había salido. No a tiempo. Había avanzado demasiado por el techo. Lo único que podía hacer era seguir adelante y esperar llegar al mismo sitio al que él se dirigía. Claramente él sabía adónde iba, y seguramente se dirigía a una ventana. Ahora estaba empeñado en llegar allí.

Dio un paso adelante y sintió que su pie resbalaba peligrosamente cuando el tren se balanceó de repente. Casi se cae, y notó cómo el viento intentaba arrastrarla el resto del camino, pero logró mantener el equilibrio, agachándose y aferrándose al techo tembloroso. Su corazón latía más fuerte de lo que creía posible, y su respiración era entrecortada.

Él también había visto el túnel que se acercaba, y sus brazos se agitaban mientras corría a medias por el techo, mirando hacia abajo, buscando cualquier señal que hubiera puesto allí para guiarlo hasta donde yacía su víctima.

¿Seguiría viva siquiera?

Caitlin no tenía ni idea, pero iba a hacer todo lo posible por sobrevivir ella misma y detenerlo.

El viento aullaba, la zarandeaba, obligándola a tambalearse como si estuviera en la cuerda floja. El tren se balanceaba y esta sección del techo era peligrosamente resbaladiza.

Y el túnel se cernía sobre ellos.

Alcanzarlo a esta velocidad significaría una muerte segura.

Y entonces, por fin, con un chirrido, el tren empezó a frenar. El cambio de velocidad casi la hizo perder el equilibrio, y rápidamente se dejó caer de rodillas, aferrándose al techo con las palmas de las manos extendidas y sudorosas. Sintió cómo la velocidad disminuía, una reducción vertiginosa del ritmo desbocado.

Más lento significaba más seguro. Aún no se había detenido, pero no había tiempo que perder.

Manteniéndose agachada, Caitlin se puso de pie y empezó a correr, saltando hacia delante en una posición encorvada, ahora ganando confianza a medida que el impulso desbocado disminuía.

Iba a intentar alcanzarlo. Ahora tenía que llegar hasta él. Con el tren frenando, él iba a aprovechar el hueco, a arriesgarse para llegar hasta ella.

El túnel seguía acercándose, y la parte delantera del tren ya estaba entrando en él. ¿Se detendría el tren a tiempo? Caitlin aún se sentía sin aliento, temiendo cada momento que pasaba.

Saltó al techo del siguiente vagón, esta vez de forma más ágil. Él estaba frenando, buscando su ventana, supuso.

Estaba a veinte metros del hombre que iba delante de ella, quince, diez, cinco.

Cuando el tren se detuvo por completo, con su vagón a pocos metros del túnel, Caitlin se sintió enferma de alivio. Pero no había tiempo ni siquiera para tomar aliento, porque el hombre que iba delante de ella vio su oportunidad. Se agachó, y ella vio que iba a saltar por la ventana, que iba a llegar hasta su víctima, que iba a correr el riesgo.

Y entonces ella estaba allí. Había llegado hasta él, le estaba retorciendo el brazo, haciéndole girar, tirando de su brazo con fuerza hacia atrás. Usando todo su peso, le dio una patada en el tobillo y se lanzó sobre él, utilizando una técnica de combate que había aprendido en la Academia del FBI, que era eficaz para dominar a un hombre mucho más grande y pesado.

Él se tambaleó y cayó de rodillas. Ella lo derribó, tirando dolorosamente de su brazo hacia atrás, esquivando las patadas que lanzaba en su dirección. Con un jadeo, lo estampó contra el techo del tren.

Rápidamente, Caitlin buscó a tientas las esposas. Jadeaba en busca de aire, el sudor le corría por la adrenalina. Sus manos estaban resbaladizas y también las muñecas de él. Consiguió ponerle una esposa en la muñeca, pero luego perdió el agarre del otro brazo mientras él luchaba por liberarse. Forcejeaba, le daba patadas, intentaba retorcer su cuerpo, intentaba quitársela de encima. Pero su entrenamiento la mantenía firme. Estaba utilizando todas las técnicas que conocía para sujetarlo. Sin embargo, no sabía si podría mantenerlo inmovilizado mucho más tiempo, así que era una carrera contra el tiempo para colocar la otra esposa.

Una carrera que estaba perdiendo. Él volvió a apartar la mano. Caitlin sabía que se enfrentaba a un adversario fuerte y coordinado. Había trabajado como especialista de acción y no le asustaba el peligro. Intentaba

golpearla de nuevo, intentaba zafarse de su agarre, y en este forcejeo a corta distancia, le resultaba difícil mantenerlo sujeto y a la vez defenderse.

Además, el hecho de que ambos estuvieran sudando hacía imposible sujetarlo con la fuerza necesaria.

Y entonces, desde detrás de ella, alguien se abalanzó hacia delante, agarrando el otro brazo del asesino.

Nathan.

Había subido al techo para ayudar, ahora estaba en esta pelea, con energía renovada, tirando del brazo de Carl hacia atrás hasta que gruñó de dolor, y dándole a Caitlin la oportunidad, por fin, de ponerle la otra esposa.

Con una oleada de alivio, escuchó el clic de las esposas al cerrarse y el fugitivo que huía finalmente fue sometido.

—Gracias —jadeó a Nathan.

Solo entonces Caitlin se percató de los gritos y exclamaciones que provenían de los laterales del tren. Los asistentes, el maquinista, los revisores e incluso algunos pasajeros ahora eran conscientes de esta pelea, asomándose por las ventanas porque el tren se había detenido en medio de las vías. Gritaban con preocupación. La gente estaba al teléfono, haciendo llamadas. De forma extraña, vio a un hombre filmando todo el alboroto.

Entre los dos, sujetándolo con firmeza, escoltaron a Carl hasta la escalera que el revisor había colocado, inclinada en un ángulo para que pudiera bajar con las manos detrás de la espalda, sujeto firmemente por Caitlin y Nathan. Carl jadeaba, con la cara pálida y el sudor brotando de su cuerpo.

—Creo que iba a buscarla —dijo sin aliento a Nathan mientras descendían. Puede que hubieran capturado al sospechoso, pero aún había una vida en riesgo—. No sé si llegaremos a tiempo. Estaba desesperado por alcanzarla. Intentaba ir por el techo del tren para llegar hasta ella y matarla.

—Está bien —dijo Nathan.

—¿Lo está? —jadeó Caitlin, sus pies casi resbalando de los peldaños por la sorpresa.

—Cuando me enteré de lo que había pasado y vi en qué dirección corría, empecé a buscar en esa zona del tren. La encontré en un almacén, justo al final, metida en un armario.

—¿Está bien? —preguntó Caitlin.

—Estaba en estado crítico, había dejado de respirar, pero le hice la reanimación cardiopulmonar y creo que sobrevivirá. Ahora respira bien por

sí misma y está bajo supervisión médica. El revisor pidió ayuda y había una enfermera en el tren que se ha hecho cargo hasta que podamos llegar a la próxima estación, donde nos estarán esperando los paramédicos.

Caitlin sintió que el alivio la invadía como una ola real, arrastrando parte de la tensión y la ansiedad de su cuerpo.

Lo habían conseguido, habían atrapado a un asesino letal. Y habían salvado a su última víctima de un destino horrible, a pesar del gran peligro y riesgo para ellos mismos.

Había demostrado que podía obtener resultados y atrapar a un asesino peligroso y escurridizo. Esto le daría la oportunidad de decidir su futuro, esperaba. Y lo más importante de todo, nadie más moriría en un tren a manos asesinas de este hombre.

EPÍLOGO

Caitlin miraba fijamente el titular del artículo en línea cuyo enlace Nathan acababa de enviarle, sintiendo orgullo y admiración.

—Grupo de élite ferroviario salva a la hija de un senador.

Estaba sentada en su apartamento, que se encontraba en proceso de empaquetar. No tenía muchas cosas, pero todo iba a ser guardado en cajas, listo para su mudanza.

Sally Nicks se recuperaría por completo en el hospital, y este rescate de alto perfil era exactamente lo que su nueva unidad necesitaba.

Si hubieran perdido a Sally Nicks, sabía el desastre que habría supuesto, y apenas lo habían conseguido. Había sido gracias a los esfuerzos e investigaciones de ambos que habían identificado dónde estaba el asesino, y luego con Caitlin siguiéndolo en el tren y Nathan buscando y practicando la reanimación cardiopulmonar, ambos habían desempeñado un papel vital en su rescate. Un papel equitativo.

El senador no podía elogiar lo suficiente al nuevo grupo de trabajo ferroviario. El grupo era "esencial, salvavidas y una gran adición a nuestro cuerpo policial" según este artículo. El vídeo de ella forcejeando con Barlow en el techo del tren se había vuelto viral, con cientos de miles de visualizaciones hasta ahora.

Quizás a veces saltarse las reglas y asumir riesgos por iniciativa propia era algo bueno, pensó, sintiendo una satisfacción socarrona al imaginar la cara de Hume viendo ese vídeo.

Y ahora, su teléfono estaba sonando; era Knight en la identificación de llamada.

Caitlin se dio cuenta de que era una buena señal que la llamara personalmente, en lugar de hablar solo con Nathan. Quizás significaba que los esfuerzos de Hume por sabotear su reputación se estaban desvaneciendo.

—Caitlin. Enhorabuena por tus esfuerzos de ayer —dijo Knight.

—Gracias, señor —dijo ella, sonriendo, sintiendo cómo el cálido orgullo la invadía.

—Acabo de salir de una reunión, donde el grupo de trabajo ferroviario ha sido elogiado por el FBI y la policía ferroviaria al más alto nivel.

Creemos que será una adición eficaz y muy necesaria a nuestros servicios policiales. Así que me gustaría ofrecerte un puesto a tiempo completo como codirectora de este grupo de trabajo, junto con Nathan Bridges.

—Estoy encantada de aceptar ese puesto, señor —dijo ella.

—Te enviaré una carta de confirmación en breve. Me gustaría que te ubicaras en un lugar céntrico, donde puedas llegar a un punto conflictivo lo más rápido posible.

—Sí, lo he hablado con Nathan. Planeamos mudarnos a Kansas City y establecernos allí. Es lo más céntrico que podemos estar, y podremos responder rápidamente a cualquier crisis —dijo ella.

—Excelente. Y una vez más, bien hecho. Habéis superado nuestras expectativas, y creemos que el grupo de trabajo tiene un futuro brillante.

—Gracias —dijo Caitlin. Cortó la llamada sintiéndose animada y motivada.

Estaba deseando mudarse y dejar atrás este lugar en Atlanta, para siempre. Lo mejor de todo era el hilo de mensajes que no podía dejar de mirar, entre ella y Mike.

Le había enviado un mensaje de texto en cuanto supo lo de la mudanza.

—Me voy a mudar. Parece que será un traslado más permanente. A Kansas City.

—¿¿¿Kansas City??? ¡Vaya!

—No estoy segura de lo que significará para nosotros. Lo que tenemos es importante para mí. ¿Considerarías mudarte también, en algún momento? —Los nervios se retorcían en su interior mientras hacía esa pregunta.

Y luego, la respuesta.

—¡Me encantaría intentarlo! ¡Déjame llamarte ahora!

La breve llamada telefónica había confirmado que su novio estaba dispuesto a mudarse. Eso significaba mucho para ella. Caitlin se había sentido conmovida y optimista de que estuviera listo para dar ese paso, empezar a planificarlo y buscar nuevos trabajos allí. Ella y Mike podrían avanzar hacia un compromiso más profundo. Iba a ser una nueva y emocionante fase de su vida.

Pero, antes de su gran mudanza a Kansas City, había otro lugar al que quería ir.

Su éxito en este caso, y el haber estado expuesta de nuevo al mundo de los viajes en tren, finalmente habían motivado a Caitlin a hacer lo que había estado deseando.

Esta tarde, iba a tomar un vuelo y hacerlo.

*

Eran las seis y media de la tarde de un día lluvioso en Indianápolis cuando Caitlin llegó a su destino. Se quedó mirando la puerta principal pintada de blanco de la sencilla casa de dos pisos, idéntica a las de sus vecinos, en un barrio tranquilo y respetable.

Las emociones surgían en su interior. Sentía que, finalmente, se estaba enfrentando a sus miedos más profundos. Y esta vez, iba a obtener respuestas. No iba a permitir que este hombre escurridizo siguiera escabulléndose. Ni que se escondiera detrás de sus muros y puertas. Su coche estaba en la entrada, él estaba en la casa, y ella estaba en su puerta.

Esperando la verdad.

Esto sería difícil, y haría que todos sus viejos fantasmas resurgieran de nuevo. Abriría heridas mal cicatrizadas. La pondría en contra de su familia otra vez, pero eso estaba bien, ya que apenas hablaba con ninguno de ellos de todos modos.

Por Ella, iba a hacer esto.

Levantó la mano y golpeó con fuerza la aldaba en la puerta principal del tío Josh.

VEN A ENCONTRARME
(Un thriller de suspenso del FBI de Caitlin Dare—Libro 2)

La agente especial del FBI BAU, Caitlin Dare, se une a la policía ferroviaria para enfrentar la ola de asesinos en serie que usan trenes en todo el país, pero cuando se encuentran cuerpos misteriosamente muertos en las vías del tren, no asesinados por los trenes, Caitlin queda perpleja. ¿Qué mensaje intenta enviar este asesino? ¿Y quién será el próximo?

"Molly Black ha escrito un tenso thriller que te mantendrá al borde de tu asiento... ¡Me encantó este libro y no puedo esperar a leer el próximo libro de la serie!"
—Reseña del lector de Girl One: Murder

VEN A ENCONTRARME es el libro número 2 de una nueva serie de la autora de suspenso y misterio aclamada por la crítica y número uno en ventas, Molly Black, cuyos libros han recibido más de 2000 reseñas y calificaciones de cinco estrellas.

El FBI está alarmado por la ola de asesinatos en trenes en todo el país y se da cuenta de que tiene que formar un grupo de trabajo conjunto para abordarlo. A través de una asociación con la policía ferroviaria, la agente especial del FBI Cailtin Dare es elegida para encabezar la nueva unidad diseñada para cazar asesinos que utilizan trenes en todo el país.

Pero Cailtin sigue atormentada por los recuerdos de su hermana desaparecida, su caso sin resolver, su tío conductor errático y un miedo desgarrador a los trenes.

La tensión con la nueva pareja de Caitlin tampoco ayuda.

¿Podrá Caitlin mantener a raya a sus propios demonios el tiempo suficiente para enfrentar su pasado y atrapar a un asesino?

La serie Caitlin Dare, un thriller policial desgarrador y que pasa páginas y que presenta a una brillante y torturada agente del FBI, es un misterio fascinante, repleto de acción ininterrumpida, suspenso, giros y vueltas, revelaciones, e impulsado por un ritmo vertiginoso que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche. Los fans de Rachel Caine, Teresa Driscoll y Robert Dugoni seguramente se enamorarán.

También están disponibles los libros futuros de la serie.

“Leí este libro en exceso. Me enganchó y no se detuvo hasta las últimas páginas... ¡Espero leer más!”
—Reseña del lector de Te encontré

“¡Me encantó este libro! Trama trepidante, personajes fantásticos y conocimientos interesantes sobre la investigación de casos sin resolver. ¡No puedo esperar a leer el próximo libro!
—Reseña del lector de Girl One: Murder

“Muy buen libro… ¡Sentirás que estás ahí buscando al secuestrador! ¡Sé que leeré más en esta serie!
—Reseña del lector de Girl One: Murder

"Este es un libro muy bien escrito y mantiene su interés desde la página 1... ¡Definitivamente espero con ansias leer el próximo de la serie y, con suerte, otros también!"
—Reseña del lector de Girl One: Murder

“Vaya, no puedo esperar a ver el siguiente de esta serie. Comienza con una explosión y continúa”.
—Reseña del lector de Girl One: Murder

“Un libro bien escrito con una gran trama que te mantendrá despierto por la noche. ¡Un pasapáginas!
—Reseña del lector de Girl One: Murder

“¡Muy bien! Hay algunos giros imprevistos... Leo esto en exceso como veo Netflix en exceso. Simplemente te absorbe”.
—Reseña del lector de Te encontré

VEN A ENCONTRARME
(Un thriller de suspenso del FBI de Caitlin Dare—Libro 2)

Molly Black

La exitosa autora Molly Black es autora de la serie de suspenso y suspenso del FBI MAYA GREY, que comprende nueve libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso del FBI RYLIE WOLF, que consta de seis libros; de la serie de suspenso y suspenso del FBI de TAYLOR SAGE, que consta de ocho libros; de la serie de suspenso y suspenso del FBI KATIE WINTER, que comprende once libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso del FBI RUBY HUNTER, que comprende cinco libros (y contando); de la serie de suspenso y suspenso CAITLIN DARE FBI, que comprende cinco libros (y contando); y de la serie de misterio REESE LINK, que comprende cinco libros (y contando).

A Molly, una ávida lectora y fanática de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.mollyblackauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.